

# El Socialismo del Siglo XXI

Heinz Dieterich Steffan

## Índice

---

<i>Prólogo a la edición mexicana</i>	3
<i>Agradecimientos</i>	8
<i>Introducción</i>	9
<i>1. Polémica por el nuevo socialismo</i>	11
<i>2. Fin de la civilización burguesa</i>	12
<b>2.1 Ciencia y nuevo socialismo</b>	12
<b>2.2 Agotamiento estructural de las instituciones burguesas</b>	15
2.2.1 La economía nacional de mercado	15
2.2.2 La democracia formal	21
2.2.3 El Estado clasista	24
2.2.4 El sujeto burgués	25
<b>2.3 El reino de la libertad se hace posible</b>	27
2.3.1 El conocimiento científico sobre el ser humano	27
2.3.2 La sociedad como Sistema Dinámico Complejo	28
2.3.3 La productividad del trabajo	30
<b>2.4 El “genoma” de la historia</b>	30
<i>3. El proyecto histórico de Marx: Democracia participativa (socialismo), siglo XIX</i>	32
<b>3.1 Los proyectos históricos: motor de la historia</b>	32
<b>3.2 Bases teóricas del proyecto de Marx</b>	33

<b>3.3 Imposibilidad histórica del proyecto</b>	<b>36</b>
<b>3.4 Estancamiento teórico del proyecto</b>	<b>37</b>
<b>4. El nuevo proyecto histórico: Democracia participativa (socialismo), siglo XXI</b>	<b>39</b>
<b>4.1 La economía planificada de equivalencias</b>	<b>39</b>
<b>4.2 Democracia directa</b>	<b>47</b>
<b>4.3 El sujeto racional-ético-estético</b>	<b>49</b>
<b>4.4 Institucionalidad burguesa versus participativa</b>	<b>50</b>
<b>5. La fase de transición al nuevo socialismo</b>	<b>51</b>
<b>5.1 El sistema global de dominación</b>	<b>51</b>
<b>5.2 El sistema global de emancipación</b>	<b>56</b>
<b>5.3 Los sujetos de cambio</b>	<b>58</b>
<b>5.4 El valor del trabajo</b>	<b>62</b>
<b>5.5 Trabajo complejo</b>	<b>64</b>
<b>6. Programa de transición latinoamericana al nuevo socialismo</b>	<b>66</b>
<b>6.1 Consideraciones generales</b>	<b>66</b>
<b>6.2 Estrategia del Bloque Regional de Poder (BRP)</b>	<b>71</b>
<b>7. ¿Cómo participar en el nuevo proyecto histórico?</b>	<b>74</b>

**Sólo en la edición impresa:**

- 8. Prólogos al Manifiesto del Partido Comunista
- 9. Manifiesto del Partido Comunista

Este material puede ser usado para trabajos de grupos, incluyendo la portada. No podrá ser impreso en forma de libro y con fines comerciales, sin la autorización por escrito del autor.

## Prólogo a la edición mexicana

### EL SOCIALISMO DEL SIGLO XXI

El Nuevo Proyecto Histórico (NPH) de las mayorías, comprendido como la *Democracia Participativa* o el *Socialismo del siglo XXI*, nace dentro del turbulento contexto de la primera recesión económica global desde 1945; de la guerra en Afganistán y del surgimiento del Tercer Orden Mundial (TOM). Mientras la guerra, la recesión y el nuevo orden mundial son fieles retratos del estado en que se encuentra la civilización burguesa y del futuro que ella significa para la humanidad, la democracia participativa es la respuesta de los pueblos y la esperanza de los movimientos sociales.

Ninguno de los tres flagelos de la humanidad —miseria, guerra y dominación— es casual o obra del azar. Todos son resultados inevitables de la institucionalidad que sostiene a la civilización del capital: la economía nacional de mercado, el Estado clasista y la democracia plutocrática-formal. Esta institucionalidad no es conducente a que el ser humano actúe de manera ética, crítica y estética, sino que fomenta sistemáticamente los anti-valores del egoísmo, del poder y de la explotación. Es la doble deficiencia estructural de la sociedad burguesa —ser anti-ética y, disfuncional para las necesidades de las mayorías— que la hace obsoleta y la condena a ser sustituida por el *Socialismo del siglo XXI* y su nueva institucionalidad: la democracia participativa, la economía democráticamente planificada de equivalencias, el Estado no-clasista y, como consecuencia, el ciudadano racional-ético-estético.

El renacimiento de una praxis liberadora que avanza hacia la sociedad postcapitalista se manifiesta en múltiples rebeliones y movimientos populares que abarcan desde el Zapatismo en México, el Movimiento de los Sin Tierra (MST) en Brasil, la revolución bolivariana en Venezuela, el levantamiento indígena-popular-militar en Ecuador y el “argentinazo” del 20 de diciembre, hasta las protestas de Seattle y Génova. Y esta ola de rebeldía empieza a impactar en las universidades, donde se observan los primeros rebrotes de la teoría crítica del futuro, mientras, desde otra trinchera, la heroica lucha de la Revolución Cubana se integra al socialismo del siglo XXI, practicando cada vez más elementos de la democracia participativa. No hay motivo, por lo tanto, de resignarse ante la trilogía horrorizante del capital —miseria, guerra y dominación— que desaparecerá con el fin definitivo de la burguesía que es, al mismo tiempo, el fin de la prehistoria humana.

Con la recesión global del capitalismo de posguerra, los sueños y mentiras de los intelectuales neoliberales sobre una “nueva economía de mercado”, sin crisis recurrentes ni convulsiones sociales, han desaparecido: la gran contrarrevolución del neoliberalismo se encuentra desnuda ante los ojos de la teoría y la ira de las mayorías. Existe, por supuesto, el intento de los mandarines de ocultar las raíces del nuevo desastre de la economía de mercado, alegando que los atentados de Nueva York y Washington causaron la crisis del sistema; sin embargo, esto es un burdo intento de manipulación. Los parámetros que expresan la salud de una economía ya habían indicado desde el año 2000 la tendencia hacia la recesión global. Los atentados sólo aceleraron un proceso que estaba en marcha y que era inevitable, porque nace periódicamente del sistema de acumulación de la economía nacional de mercado.

Con la recesión mundial, las consecuencias *económicas* del capitalismo actual para los países neocoloniales quedan aún más claras: sus economías se vuelven estructuralmente inviables y

desaparecen como sujetos nacionales de la historia mundial. Esto es válido no sólo para las pequeñas repúblicas, como las centroamericanas, sino también para economías grandes como las de Brasil y Argentina que, igualmente han perdido su capacidad para la reproducción ampliada del capital, dentro de los parámetros de la economía global neoliberal. Peor aún, ninguna medida de los gobiernos nacionales —ni el mayor endeudamiento externo e interno, ni las recurrentes reducciones de los presupuestos nacionales, las privatizaciones a ultranza o la ortodoxia monetaria-fiscal fondomonetarista— puede romper ya el ciclo de empobrecimiento y destrucción que el imperialismo y las elites criollas han impuesto. Dentro de la lógica de la economía nacional de mercado no hay mejoramiento económico posible para las mayorías neocoloniales.

El cambio de los ciclos de acumulación-desacumulación del capital mundial no puede lograrse desde los débiles subsistemas de la economía mundial, como son las naciones latinoamericanas. De ahí, lo quimérico de las desesperadas luchas electorales por el poder nacional que libran los partidos de centroizquierda. De hecho, ni siquiera las grandes potencias, como Japón o Estados Unidos tienen la fuerza para cambiar las dinámicas de la economía global. Para romper el ciclo destructivo (para las mayorías) de la acumulación de capital contemporánea, se requeriría una iniciativa concertada del grupo G-7 que cambiara los parámetros institucionales fundamentales del sistema actual, de tal manera que todos los países de la aldea global pudieran participar con igualdad en una reproducción *ampliada* del capital. Tal iniciativa presupondría, sin embargo, un cambio en la correlación de fuerzas dentro de la alta burguesía global económica para el cual no hay, ni probablemente habrá nunca, condiciones.

Para las fuerzas democratizadoras del sistema global, desde los sindicatos clasistas hasta los movimientos de base, las organizaciones político-militares, los partidos políticos y los Estados progresistas, es importante comprender que la lucha por la transformación del sistema se lleva a cabo en un entorno diferente, a partir del 11 de septiembre del 2001, en cuatro sentidos: 1. Los sujetos de cambio tienen que actuar en un Nuevo Orden Mundial; 2. Se enfrentan a una metodología imperialista diferente; 3. Deben lidiar temporalmente con la pérdida de la iniciativa estratégica y, 4. Disponen, con el Nuevo Proyecto Histórico, de una perspectiva de lucha no-sistémica.

El Nuevo Orden Mundial que vemos nacer es el tercer diseño estratégico que la burguesía atlántica —la europea y la estadounidense— ha impuesto a la sociedad global en los últimos cien años. La primera camisa de fuerza global elaborada por los amos del sistema durante el siglo XX, surgió de las negociaciones de Versailles (1919), al término de la Primera Guerra Mundial. Aquel sistema de repartición del mundo trató de alcanzar cuatro objetivos: a) la reducción del poder alemán, para garantizar la paz en Europa central mediante la hegemonía de Inglaterra y Francia; b) una nueva repartición de las colonias de los países vencidos durante la conflagración bélica y de aquellos que se habían vuelto secundarios (Bélgica, Portugal, etc.); c) la consolidación de la hegemonía estadounidense-británica en el Pacífico, frente al creciente poder de Japón y, d) la instalación de un organismo supranacional capaz de dirimir los conflictos entre los capitalismos nacionales, conocido como la Liga de las Naciones. Sin embargo, este primer sistema de regulación global capitalista del siglo XX —moldeado sobre el sistema regional europeo de equilibrio de fuerzas del siglo XVII (Paz de Westfalia)— no resistió las crecientes contradicciones entre las potencias rivales, y perdió toda vigencia práctica a menos de dos décadas de su concepción, para ser disuelto formalmente en 1946.

En las conferencias de Yalta (1943) y Potsdam (1945) se fraguó el segundo Orden Mundial. Basado en la bipolaridad de los sistemas capitalistas y socialistas, su estabilidad estructural radicaba en la capacidad nuclear de destrucción mutua entre la Unión Soviética y Estados Unidos, mientras que su dinamismo devenía del proyecto del *American Century*, por una parte, y de la lucha por la emancipación nacional y social antiimperialista, por otra. Este sistema de postguerra colapsó con la implosión de uno de sus dos polos, la Unión Soviética, en 1990, para dar lugar a una fase de transición (interregno) que duró hasta el 11 de septiembre del 2001. (Ver, Noam Chomsky, Heinz Dieterich, *Los Vencedores*, Ed. Planeta, 1996).

El carácter de esta etapa de transición estuvo determinado por el choque entre tres principios de estructuración del orden ecuménico: a) la pretensión imperial del “siglo de dominación estadounidense” (*American Century*) proclamado en 1941 por Henry Luce como axioma ordenador de la humanidad para el siglo XX; b) la evolución *de facto* del sistema global hacia la multipolaridad, sobre todo por la progresiva importancia de China y la Unión Europea y, c) la creciente lucha por la democratización de la tiranía neoliberal (Seattle, Génova).

Los atentados de septiembre han modificado la correlación de fuerzas entre esas tres tendencias evolutivas, privilegiando el desarrollo de unas sobre otras y provocando, de esta manera, un cambio cualitativo en el sistema global que amerita cualificarlo como algo *sui generis*, es decir, el Tercer Orden Mundial. Algunos de los rasgos más distintivos de este Tercer Orden Mundial (TOM), plasmados en los objetivos estratégicos de guerra de Washington, pueden resumirse de la siguiente manera.

1. La proclamación de un futuro Estado palestino por parte de George Bush II significa la consolidación definitiva del dominio estadounidense en Medio Oriente, basado en el control neocolonial de Israel, Egipto, Jordania y Palestina. Tel Aviv tendrá que aceptar la realidad del nuevo Estado palestino el que, convirtiéndose en una dependencia neocolonial económica de Israel y de Estados Unidos, aminorará las tensiones que hacen inestables a la principal cuenca petrolera del mundo. La realización de este objetivo encuentra la resistencia de ciertos movimientos palestinos y sectores sionistas de Israel, pero todo indica que en un tiempo no muy lejano ese proyecto de Washington (y de la Unión Europea) se impondrá.

2. Una segunda zona regional estratégica que caerá bajo el dominio de la elite estadounidense es Asia Central. Uzbekistán tiene, de hecho, desde 1995 una alianza militar *de facto* con el imperio, que ha entrenado desde aquella fecha a sus fuerzas armadas. El estacionamiento de tropas y de la fuerza aérea en esa república durante el último trimestre del 2001 se transformará, sin lugar a duda, en un acuerdo de colaboración mutua militar que le dará a Washington, junto con sus bases en Afganistán, la anhelada presencia bélica permanente en esa región de Asia Central que contiene la segunda mayor cuenca petrolera del mundo, así como una gran parte de las reservas globales de gas natural. Con los atentados, Washington ha recuperado la iniciativa mundial que había perdido, y esto significa para la región que la alianza estratégica concertada entre China, Rusia y las repúblicas de Asia Central (reunión de Shangai), prácticamente dejará de existir.

3. La tercera región importante que caerá víctima del *American Century* es Asia del Sur, donde las elites de Washington e India —y eventualmente, Pakistán— tienden hacia la formación de un bloque que sirva como dique de contención a China. Con el potencial demográfico de India, Pakistán y Estados Unidos que equivale a alrededor de 1.4 mil millones de seres humanos, una guerra convencional contra China deja de ser una utopía militar.

La incógnita en este momento consiste, por supuesto, en el conflicto entre Pakistán e India por el control de Cachemira. Sin embargo, parece razonable asumir que se logrará establecer algún *modus vivendi* entre ambos países, posiblemente después de un enfrentamiento bélico, que garantizará los intereses de Estados Unidos en esta región. En retribución a esta alianza, Washington ya ha cancelado las sanciones económicas a Pakistán por sus pruebas nucleares, ha preparado u otorgado, respectivamente, un paquete de ayuda económica multimillonario para ambos Estados y ha aceptado su *status* de potencias nucleares secundarias.

4. El futuro de Rusia se inclina hacia la integración en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), la Unión Europea (UE) y la Organización Mundial de Comercio (OMC), alejándose, en consecuencia, de un posible eje con China. El “matrimonio” entre Rusia y la UE es lógico: la UE puede proveer el capital y la tecnología que requiere la economía subdesarrollada de Rusia, por una parte; el potencial territorial, las materias primas y las armas estratégicas de Rusia, por otra, le agregarán al naciente Leviatán europeo un componente de poder imprescindible para una proyección imperialista mundial, comparable a la de Estados Unidos.

5. El aprovechamiento del conflicto de Afganistán para la imposición del Área de Libre Comercio (ALCA) y del Plan Colombia en América del Sur y Centroamérica, hasta el año 2005,

tiene la función de liquidar a la Patria Grande como sujeto de la historia y anexarla como cuarto botín regional al sistema geopolítico de Washington. La calificación de los grupos guerrilleros colombianos como organizaciones terroristas por parte de la Casa Blanca; la intensificada aplicación del esquema fascista de “limpieza política” por parte de los paramilitares; la liquidación de la zona de despeje de San Vicente del Caguán, por decisión de Washington; el golpe de Estado contra el gobierno bolivariano en Venezuela; la imposición electoral violenta de un “contra” neoliberal como presidente de Nicaragua y la autorización del *fast track* (vía rápida) a Bush II para avanzar con más rapidez en las negociaciones del ALCA, reflejan esa dinámica.

Mientras todos esos factores mejoraron las posibilidades de Washington y del ALCA, el levantamiento argentino del 20 de diciembre es un factor contraproducente. Fue el Departamento del Tesoro de Washington quien decidió el estallido de la crisis argentina al bloquear ayuda propia y la del FMI, obviamente sin prever que la crisis pudiera llevar a una mayor incidencia popular en la política argentina y con eso, fortalecer el movimiento contra la adhesión al ALCA y la sumisión a Washington.

6. Otro rasgo esencial del Tercer Orden Mundial consiste en la política concertada entre el imperialismo estadounidense y el europeo en el sentido de impedir la democratización estructural de la sociedad mundial mediante el uso de sus aparatos represivos y de terrorismo de Estado. Esto incluye tanto la neutralización de los movimientos nacionales de liberación (FARC/ELN) y Estados progresistas (Venezuela), como de movimientos anticoloniales retrógrados, como el régimen Talibán.

7. La guerra contra Afganistán que es la partera del Tercer Orden Mundial, amalgama la alianza entre la burguesía europea y la estadounidense, contra el Tercer Mundo. De hecho, la burguesía atlántica se perfila como el centro de gravitación del Tercer Orden Mundial que, diferencias tácticas aparte, defenderá sus intereses estratégicos frente a los “condenados de la tierra” mancomunadamente.

8. Otro elemento importante del *ordine novo* es la acelerada integración del imperialismo europeo, donde la derecha reciclada de los años treinta —los herederos contemporáneos de Mussolini y Franco, Berlusconi y Aznar— junto con la socialdemocracia alemana (Schroeder), los profetas de la Tercera Vía de Lord Palmerston (Blair y Giddens) y los camaleones verdes (Fischer), han formado el arco iris de la nueva superpotencia imperial. Ese proceso se potencia con la introducción práctica del Euro: crecerán juntos el Euro, la identidad y el imperialismo europeo.

9. En el Tercer Orden Mundial, las armas de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) sustituyen, de hecho, al derecho internacional de las Naciones Unidas, tal como la fuerza de las armas reemplazó a las instituciones de la Liga de las Naciones en los años treinta, durante el Primer Orden Mundial.

10. China y Japón se quedan peligrosamente fuera de los bloques en esta tercera gran escenografía secular del capitalismo atlántico, al igual que la humanidad y sus intereses de democratización. Es de suponer, sin embargo, que Japón entrará relativamente pronto como aliado subordinado en una alianza estratégica con la burguesía atlántica, antes que generar su propio bloque regional en Asia. Sobre este afianzamiento del poder de Occidente, la elite atlántica ejecutará su política de “contención” para convertir a China en neocolonia. Y al integrar a Rusia en la Unión Europea y la OTAN se quitará los dos únicos rivales serios encima que tiene en el planeta.

11. La conquista de los cuatro espacios regionales por parte de Washington consolidará su posición de líder mundial y dará sólidos fundamentos al sueño imperial de extender el “siglo estadounidense” otro *saeculum* más. El abandono de los acuerdos limitantes de armamento estratégico (SALT I y II) y la creación de un escudo antibalístico es el regreso a la doctrina militar de los años cincuenta, centrada en la noción de que es posible dominar militarmente a la sociedad global mediante la capacidad de una guerra nuclear preventiva.

12. El contenido político-económico del TOM consiste en la conversión de la aldea global en una Maquiladora Global Militarizada (MGM) o, para decirlo en términos latinoamericanos, en un Obraje Global Militarizado. Los antecedentes modernos de esa política de megaproyectos

capitalistas que conforman el TOM, fueron desarrollados por los planificadores estratégicos de los nazis en la llamada *Grossraum-Ordnungspolitik* de Adolf Hitler, que constituyó la base de su política anexionista en Europa y desató la Segunda Guerra Mundial.

Si el afán de la burguesía atlántica de perpetuar el sistema mundial de explotación, dominación y enajenación, establecido a partir de la invasión europea del 12 de octubre de 1492 al hemisferio occidental, es preocupante, no lo es menos la metodología que ha venido desarrollando en los últimos diez años, durante la fase de transición del segundo Orden Mundial a este nuevo, el tercero. La enorme facilidad con que Occidente ha obtenido sus sucesivos triunfos militares en Panamá, Irak, Kosovo y Afganistán ha restablecido el *modus operandi* de su fase de imperialismo clásico del siglo XIX: el binomio de ultimátum político, ataque militar, como instrumento fundamental de su política exterior. Desaparecida la Unión Soviética, cuya presencia impedía el uso de este instrumento tradicional contra los países socialistas y algunas naciones del Tercer Mundo, hoy día la humanidad entera vuelve a ser rehén de la lógica binaria imperial formulada por Bush II dentro de los moldes clásicos de la ideología del nacionalsocialismo alemán, conceptualizada por su más importante doctrinario, Carl Schmitt en los años treinta.

Antes de los atentados del 11 de septiembre, la situación política en la aldea global se caracterizaba por un ascenso de las luchas populares contra el régimen neoliberal. Las fuerzas democratizadoras globales (Seattle, Davos, Génova) y nacionales habían conquistado la iniciativa frente a la burguesía atlántica, tanto en el terreno político como ideológico. Sin embargo, esta correlación de fuerzas cambió a raíz de los atentados: la elite atlántica, que desde hace quinientos años determina dictatorialmente los destinos de la humanidad, logró recuperar transitoriamente la ofensiva.

Las implicaciones para la Patria Grande que se derivan del nuevo Orden Mundial, de la metodología binaria de ultimátum político-ataque militar, y de la pérdida transitoria de la iniciativa, agravada por la quiebra económica de la mayoría de los países del hemisferio, son obvias: los espacios para experimentos de desarrollo y democracia *nacional* se estrechan violentamente, porque el imperio exige el cumplimiento exacto de sus reglas de juego, bajo amenaza de neutralizar por la fuerza a todo sujeto disidente.

Ante este panorama es fundamental que las fuerzas democratizadoras definan adecuadamente la correlación de poder que debe orientar su praxis política. Un análisis realista de esta correlación no deja dudas: a nivel mundial los sectores democráticos están coyunturalmente a la defensiva y su tarea consiste en parar los avances del proyecto Bush-Blair. Para América Latina esto significa: a) concentrar todas las fuerzas en la defensa de la soberanía e integración autónoma, imposibilitando la concreción del ALCA; b) impedir el triunfo del Plan Colombia; c) evitar la destrucción del proceso bolivariano en Venezuela; d) aprovechar todos los foros sociales, políticos y culturales del año 2002, para estabilizar el frente de las fuerzas latinoamericanistas y, e) avanzar el Nuevo Proyecto Histórico de las mayorías. Sin embargo, es necesario ser realista y aceptar la posibilidad de que algunos de esos objetivos no se logren a corto plazo y que la lucha por la democracia y justicia social tendrá que seguir en otros escenarios, diferentes al actual.

La perspectiva de los años venideros es de lucha. Incapaz de resolver los grandes problemas de la humanidad, el capitalismo en su fase actual ya sólo agudiza el hambre, la miseria, la guerra y la represión. Las mayorías y sujetos democratizadores están obligados, por lo tanto, a decidir qué estrategia van a adoptar ante la nueva agresividad y las renacientes tendencias fascistoides de la elite global. Si esta estrategia será de índole defensiva, es decir, de las más amplias alianzas democráticas posibles, para defender al Estado de derecho o si se inclina hacia una estrategia ofensiva, haciendo avanzar el socialismo del siglo XXI o, acaso una combinación de las dos, es de trascendental importancia para el futuro del sistema global y de la humanidad. En cada una de las estrategias que los pueblos escojan, sin embargo, la esencia de su praxis debe ser el Nuevo Proyecto Histórico; porque sólo la lucha por la democracia participativa, la economía de equivalencias y la justicia social pueden coordinar y guiar la infinidad de esfuerzos individuales hacia el triunfo final.

## Agradecimientos

Este libro culmina un proceso de investigación de trece años sobre el sistema mundial; su punto de partida fue la constitución del *Foro por la Emancipación e Identidad de América Latina*, en 1988. Dicho foro se opuso a los cínicos festejos del V Centenario del “Descubrimiento de América” que la elite española, encabezada por el gobierno de Felipe González (PSOE), organizaba mancomunadamente con los sectores neocoloniales criollos. Al llegar la verbena a su punto culminante, en 1992, ya estaba claro que la invasión de 1492 al hemisferio occidental había sido la primera globalización neoliberal de la naciente superpotencia europea. Cuando pasó el 12 de octubre de 1992, el auge del neoliberalismo contemporáneo se presentó como continuación orgánica de los 500 años de explotación de las burguesías atlánticas.

La caída del socialismo “realmente existente” aclaró aún más la lógica de este proceso, haciendo evidente que la llamada “Guerra Fría” nunca fue más que un episodio en la larga guerra “norte-sur”, es decir, parte del secular problema del colonialismo e imperialismo occidental, en el que la URSS no cumplió más que el trágico papel de Espartaco.

Cuando Occidente retomó el control del sistema mundial, se paralizó la clase intelectual. Las diferentes ideologías burguesas penetraron profundamente en la cultura general de los intelectuales, ocasionando una esterilidad productiva generalizada. Hicieron falta, una vez más, las luchas populares para romper el estancamiento ideológico y rescatar a la teoría crítica. En esa recuperación del pensamiento crítico se inscribe la presente obra que tiene sus antecedentes sistemáticos en el libro interdisciplinario *Fin del capitalismo global. El Nuevo Proyecto Histórico*, que organicé a finales de los noventa.

Fueron las aportaciones de estos intelectuales comprometidos las que permitieron delinear científicamente los contornos de la civilización postcapitalista. Entre ellos merece especial mención el economista e historiador Arno Peters, de la República Federal Alemana, profesor *emeritus* y genio renacentista, quien descubrió el principio económico de la nueva sociedad socialista que es la clave de toda propuesta seria sobre un sistema no-capitalista. Carsten Stahmer, jefe de la División de Análisis Input-Output, de la Oficina de Estadística del Gobierno Federal de la RFA, y profesor de estadística de la Universidad de Heidelberg, ha aportado importantes conocimientos matemáticos sobre la operatividad de un sistema económico basado en la teoría del valor objetivo.

El filósofo Enrique Dussel, nacido en Argentina y desde hace muchos años profesor titular de la Universidad Autónoma Metropolitana en México, ha superado la ética abstracta axiológica, desarrollando una ética de la vida (material) que es de gran valor práctico para las luchas emancipadoras de este siglo. Nildo Ouriques, profesor de economía política de la Universidad Federal de Santa Catarina, Brasil, miembro de la corriente Fuerza Socialista del Partido de los Trabajadores (PT), aportó valiosos elementos políticos al Nuevo Proyecto Histórico. Pedro Sotolongo, investigador del Instituto de Filosofía, de Cuba, ha cooperado en las discusiones a partir de las experiencias de la Revolución Cubana; el filósofo chileno y exmilitante del Partido Socialista, Hugo Zemelman, quien trabaja en El Colegio de México, ha ayudado con sus reflexiones desde la filosofía del sujeto. Finalmente, Raimundo Franco, exdirector del Instituto de Cibernética, Matemática y Física (ICIMAF) de Cuba, ha sido un “cómplice” de primer nivel en esta obra. Sin las largas discusiones que sostuvimos sobre la dialéctica, la física avanzada, la matemática y sus implicaciones para la teoría revolucionaria, esta obra no sería lo que es.



Muchos otros amigos y compañeros de la Patria Grande me han acompañado durante todos esos años en el largo camino hacia el nuevo socialismo: entre ellos Enrique Gaucher, Alma Rosa Parra, Reynaldo Acebedo, Carlos, Miguel y Stella Calloni, quienes compartieron vinos, churrascos y debates conmigo, en ese hermoso lugar de la pampa húmeda que es Buenos Aires. En el otro extremo de Nuestra América, donde anda el caimán barbudo, estuvieron siempre mis fieles amigos Pedro Martínez, César Ramos, Gastón González, Jorge Risquet, Pedro Ross, Manuel Limonta y Julián Álvarez. Recientemente se han integrado Juan de Castro y Bibiana desde España, aportando un enorme caudal de conocimientos económicos y ética al Movimiento por la Democracia Participativa

No puedo dejar de mencionar a mi hermana Hilde, cuya pequeña librería alemana ha concedido oportunos préstamos de emergencia, que a veces fueron necesarios para superar cuellos de botella financieros. Mi agradecimiento especial para mi compañera Sandra Mirna, cuyos interrogatorios didácticos acerca de esta tesis de rebeldía me obligaron a pensar en un lenguaje que fuera accesible al lector común.

A todos aquellos que no he mencionado, pero que de una u otra forma contribuyeron a este libro, mi más fraternal agradecimiento.

*Heinz Dieterich Steffan*

## Introducción

El primer ciclo de vida de la sociedad moderna está llegando a su fin. Por más de doscientos años, desde la Revolución Francesa (1789) hasta la actualidad, el género humano ha transitado por las dos grandes vías de evolución que tenía a su disposición: el capitalismo y el socialismo histórico (realmente existente). Ninguno de los dos ha logrado resolver los apremiantes problemas de la humanidad, entre ellos: la pobreza, el hambre, la explotación y la opresión de tipo económico, sexista y racista; la destrucción de la naturaleza y la ausencia de la democracia real participativa. Lo que caracteriza nuestra época es, por lo tanto, el agotamiento de los proyectos sociales de la burguesía y del proletariado histórico, y la apertura de la sociedad global hacia una nueva civilización: la democracia participativa.

Cuando la burguesía plasmó su proyecto histórico —que le permitió fungir durante dos siglos como clase hegemónica de la sociedad global— lo hizo descansar sobre cuatro ejes teórico-prácticos: la economía nacional de mercado, basada en el valor de cambio; la democracia formal-plutocrática; el Estado clasista y el sujeto liberal. Los partidos obreros, en su variante más radical, configuraron su proyecto histórico también en torno a cuatro elementos constitutivos: la economía no-mercantil, basada en el valor de uso; la democracia real participativa; el Estado democrático y el sujeto racional-ético autodeterminado. A inicios del siglo XX, la corriente socialdemócrata del movimiento se adhirió al proyecto de la burguesía.

Sin embargo, en el plano de los hechos, las sociedades construidas por los respectivos protagonistas mostraron, posiblemente, tantas similitudes como diferencias; debido a que sus fuerzas formativas estuvieron sometidas a condiciones objetivas de desarrollo muy parecidas, tales como la acumulación de capital, la producción industrial a gran escala (Fordismo), la economía mercantil (el mercado) y el Estado vertical.

Hoy día, la arena de la historia donde ambos sujetos sociales se enfrentaron con sus respectivos planes y tropas de batalla, se encuentra despejada de nuevo, hecho que permite vislumbrar los grandes acontecimientos del futuro. Nadie, quien entienda esta primera etapa de la sociedad moderna, creará que el capitalismo pueda ser un sistema del futuro que dé a la humanidad las banderas que esta reclama: paz, democracia real y justicia social. Y nadie que sea realista, se atrevería a pensar que lo que fue el socialismo “realmente existente” sirva todavía para aglutinar una alternativa mundial, capaz de superar al capitalismo mediante un movimiento de masas.

Despejada la arena de los protagonistas del pasado —si bien, no de sus problemáticas originales— la historia ha dado luz verde a la *segunda etapa de la modernidad* que gira en torno a la solución de las tareas, que los protagonistas anteriores no pudieron resolver: la construcción de las cuatro instituciones constitutivas de la nueva civilización, que no nacen del pensamiento filantrópico, sino de las lecciones de la praxis social de los últimos siglos, de los nuevos conocimientos de la ciencia avanzada y del desarrollo de la tecnología productiva.

Publicar este libro con el título *El Socialismo del Siglo XXI*, a poco más de una década de la caída del muro de Berlín, no es, por lo tanto, un acto utópico o de nostalgia. No hay frivolidad ni utopismo ni falta de memoria histórica en su creación. Son los propios tiempos de la evolución social que marcan su aparición. El más poderoso indicador del agotamiento estructural de la civilización burguesa es la realidad creada a su imagen, en la cual la existencia humana carece cada vez más de un sentido de vivir.

Abrumado por la angustia existencial y cotidiana de su reproducción precaria, sin trascendencia espiritual más allá del consumismo trivializador, el enajenado sujeto no puede remediar su situación dentro de la sociedad burguesa, sino sólo en un tipo de convivencia cualitativamente diferente, como es la democracia participativa.

Los saltos cualitativos en la evolución de la humanidad se dan a través de los proyectos históricos que los grandes sujetos sociales desarrollan e implementan. La lucha de los contrarios a lo largo de la historia ha sido esto: el enfrentamiento de los futuros posibles visionados por las clases principales de la sociedad. La clase o el sujeto social que no tenga una visión sistematizada del futuro —su proyecto histórico— no será dueño de su porvenir, sino servidor de los triunfadores.

Esperamos que este pequeño esfuerzo ayude a que los de abajo se encuentren con la teoría y que los teóricos se encuentren con los de abajo, para construir entre todos el nuevo sujeto de la emancipación universal.

## 1. Polémica por el nuevo socialismo

En enero de 2001, se produjeron dos importantes reuniones internacionales: los amos del capital ecuménico se juntaron en su exclusivo concilio anual en Davos (Suiza), conocido como el Foro Económico Mundial (FEM); al mismo tiempo, los opositores y excluidos de la globalización neoliberal se congregaron en el Foro de Porto Alegre, en el sur de Brasil. Se estableció un puente telefónico entre ambos sujetos sociales, esperando que pudiera haber un diálogo fructífero entre los residentes del mundo y los habitantes del inframundo.

El experimento de ingeniería social fracasó. En lugar del deseado dialogo entre dos actores macrosociales, hubo sendos monólogos entre mundos irreconciliables: el universo de los cinco mil magnates del capital transnacional y de los políticos profesionales del grupo G-7, y el universo de los de abajo, representado por cientos de grupos, movimientos sociales y corrientes políticas de todo el globo. Como ha sucedido a través de toda la historia, el diálogo entre el patricio y el plebeyo, el señor feudal y el siervo, el esclavista y el esclavo, el capitalista y el trabajador, no rindió frutos. No puede rendir frutos porque la división de la humanidad y sus sociedades en una pequeña minoría acaudalada y una masa empobrecida, no es un problema de comprensión o compasión que puede resolverse mediante la comunicación y la pedagogía; sino un problema de intereses y de poder.

El conflicto entre los que tienen y acumulan y aquellos que no tienen y son empobrecidos, no se resolverá por teleconferencias y filantropismo de los ladrones globales, sino sólo por la conquista del poder. La *tesis* de Davos y las *antítesis* potenciales de Porto Alegre, de Seattle, del Movimiento de los Sin Tierra (MST), del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE), de los múltiples sujetos sociales de resistencia y dignidad en Argentina, de las luchas campesinas del Paraguay, de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), del Ejército de Liberación Nacional (ELN), del Movimiento Bolivariano en Venezuela y de la Revolución Cubana, no llevarán a la *síntesis* de la democracia participativa por medio de la empatía y del convencimiento del “otro”, sino por una acumulación de poder de los excluidos que logre ser superior a la de los explotadores.

La gran interrogante para los de abajo es, por lo tanto, ¿cómo acumular este poder necesario y suficiente, para voltear el mundo sobre la cabeza? ¿Cómo convertir las mayorías en amos de la sociedad global? La respuesta es obvia: mediante el Nuevo Proyecto Histórico (NPH) construido por ellas. Su contenido: la democracia participativa. Este es el tema de este libro.

La mera posibilidad de que aparezca en la arena del poder mundial una propuesta que demuestra el ocaso de la civilización burguesa, y que avanza, al mismo tiempo, las principales instituciones de convivencia y reproducción de la sociedad *postcapitalista*, activó de inmediato a los guardianes ideológicos del sistema. Despertando de su sueño infantil del “fin de la historia”, los intelectuales de la elite ven horrorizados que el relevo histórico de sus amos ya está presente. Si el fantasma que recorría el mundo feudal del siglo XVIII era la democracia formal, el fantasma que recorre el mundo burgués del siglo XXI, es la democracia participativa.

La prohibición Orwelliana de pensar cualquier alternativa al sistema dominante, sólo sirvió por una década como trinchera de defensa en la batalla de las ideas. Tentada en “misiones de reconocimiento” durante las escaramuzas de Seattle y Praga; socavada sublimemente en audaces avances de los movimientos sociales, fue penetrada, finalmente, en el Foro de Porto Alegre, cuando un intelectual de prestigio, Samir Amin, se atrevió a desafiar el dogma proclamando que la única alternativa al caos neoliberal es el socialismo.

Al día siguiente, el intelectual chileno Ariel Dorfman rechazó que en un foro “tan abierto” se planteara que el socialismo fuera la única opción. “Creo que no hay que entrar en ampulósidades *grandilocuentes*”, dijo Dorfman y recalcó que el Foro de Porto Alegre no era un foro para “un retorno al pasado”. “No puedo decir cuál es la opción viable y creo que ni aquí ni en Davos lo sabemos”, terminó el escritor, enfatizando que es demasiado pronto “para formular un programa único de acción”.<sup>1</sup>

La polémica entre ambos intelectuales plantea interrogantes que son centrales para el futuro de América Latina en particular y de la sociedad global, en general. Entre ellas: ¿Por qué en un “foro abierto”, organizado por la centro-izquierda del Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil y por el equipo directivo de la revista *Le Monde Diplomatique* de Francia, no se puede plantear que el socialismo es la única opción real frente al neoliberalismo? De la misma manera: ¿Por qué es una “ampulosidad *grandilocuente*”, tratar el socialismo como única alternativa frente al capitalismo actual? ¿Por qué plantear que el socialismo del tercer milenio es como un “retorno al pasado”? Y, finalmente, ¿Tiene razón Samir Amín cuando afirma que el socialismo es la única alternativa real al neoliberalismo?

Las primeras tres preguntas tendrá que contestarlas Dorfman. En rigor, más que contestarlas tendría que explicar su reacción, un tanto fóbica, ante la propuesta de Amín. La cuarta pregunta, sin embargo, es la que verdaderamente importa. Trataré de contestarla mediante la discusión de tres interrogantes: 1. ¿Ha llegado el momento histórico para construir e implementar un nuevo proyecto socialista, es decir, la democracia real participativa? 2. ¿Existe el socialismo ya como Nuevo Proyecto Histórico, no como “retorno al pasado”, sino como un cuerpo teórico consistente sobre la civilización del futuro, la que Marx llamaba, *el reino de la libertad*? 3. ¿Fuera del socialismo, existe otra alternativa real al neoliberalismo? La discusión de estas preguntas se desarrolla en los capítulos dos, cuatro y seis. Antes de iniciar esta discusión es necesario formular una advertencia semántica: utilizaré en este trabajo los términos *democracia participativa*, *nuevo socialismo* y *Nuevo Proyecto Histórico* como sinónimos.

## 2. Fin de la civilización burguesa

### 2.1 Ciencia y nuevo socialismo

El juicio sobre el fin de la sociedad burguesa no se basa en apreciaciones subjetivas del autor, sino en los conocimientos de la ciencia y de la ética (ciencia crítica) sobre lo que podría ser la convivencia humana en la actualidad y lo que es. Ante los “ojos de la razón” (la teoría), las mistificaciones de la burguesía quedan sin efecto y dejan clara su trayectoria histórica: desde su génesis en las acumulaciones originarias del capital y del poder en los siglos XVII y XVIII, su

período de “adolescencia” en el siglo XIX, de madurez en el siglo XX, hasta su fase clásica, que se inició al terminar la Segunda Guerra Mundial. Esta última fase, en la cual alcanza su configuración prototípica, marca, al mismo tiempo, su ocaso hacia la civilización postcapitalista.

Para entender este juicio de la ciencia crítica nos tenemos que detener un momento en las razones que lo fundamentan. La ciencia nos ha hecho entender los misterios del universo al darnos explicaciones sobre el por qué de las cosas. Por esas explicaciones sabemos que el ser humano utiliza diferentes sistemas simbólicos, para interpretar la realidad y orientarse en ella, como el sentido común, el pensamiento mágico, el estético y artístico, el filosófico y el religioso, entre otros.

Cada uno de estos sistemas cumple funciones específicas para la sobrevivencia humana, pero únicamente la ciencia tiene la capacidad de proporcionarnos un conocimiento objetivo sobre los fenómenos y, de esta manera, hacernos entender cómo son en realidad. Por ejemplo, si una persona detecta una mancha en su piel y quiere saber si es un melanoma (cáncer), sólo la ciencia (medicina) le puede dar la respuesta y con esta respuesta, posiblemente encontrará un método o remedio para curarse. Y lo que vale para la salud de una persona también vale para la “patología” de una sociedad: sólo la ciencia permite entenderla a fondo y desarrollar, sobre este diagnóstico, programas de cambio viables. Hagamos uso, por lo tanto, de lo que el filósofo Hegel denominaba “los ojos de la razón”, lo que en Marx y Engels aparece como la “filosofía de la praxis” y que nosotros llamamos, simplemente, la ciencia o la ciencia ética.

El avance de las ciencias modernas ha proporcionado un creciente número de conocimientos objetivos acerca de las leyes que determinan el comportamiento de todo lo que existe (universo), incluyendo a la sociedad humana y el individuo. De esos conocimientos, nos interesan para este trabajo, cinco.

1. El universo tiene sólo dos modos de existir: como sustancia (materia) y como energía. Esta propiedad o característica significa que todos los fenómenos, desde una piedra hasta el pensamiento humano, son materia y/o energía y pueden, en última instancia, ser explicados como tales.

2. Todo lo que existe se encuentra en incesante movimiento, es decir, en constante evolución o cambio, tal como observamos en el átomo, la célula, el organismo, las organizaciones humanas y el cosmos, entre otros fenómenos. Excepto la sustancia y la energía, todo lo que observamos en la naturaleza y en la sociedad, es, por consiguiente, pasajero o transitorio. La interrogante acerca de la sociedad burguesa y la economía nacional de mercado no es, por lo tanto, si son fenómenos transitorios o permanentes, sino simplemente: a) ¿Cuáles son sus tiempos de cambio? y, b) ¿Qué tipo de civilización los sustituirá? Suponer que las instituciones burguesas no son pasajeras, sino que representan el fin de la evolución humana (Fukuyama) significa caer en el absurdo de afirmar que la sociedad burguesa se encuentra exenta de las leyes ontológicas del universo. Es por esa característica de lo existente que Marx dice que el comunismo como tal no es el punto final de la evolución humana (*Ziel der menschlichen Entwicklung*), sino sólo la “necesaria figura” de su futuro cercano (después del capitalismo).

3. Los movimientos o comportamientos de la realidad pueden describirse con conceptos de la matemática. Utilizando tales conceptos podemos describir a la evolución con cinco dinámicas diferentes: a) la lineal, b) la no-lineal, c) la probabilística,<sup>1</sup> d) la caótica (imprevisible) o, e) una combinación de las cuatro. Las relaciones sociales entre humanos se desarrollan, por lo general, sobre una combinación de esas cuatro dinámicas de comportamiento o evolución. Es el inciso “d” el que explica lo que Marx y Engels entendieron y analizaron como procesos dialécticos y saltos cualitativos en la evolución de la sociedad o, en el plano político, como la dialéctica de reforma y revolución.

Debido a la característica “d” del universo, ciertos procesos de movimiento (evolución) de la naturaleza y de la sociedad pueden —en determinadas fases de su desarrollo o bajo ciertas circunstancias— cambiar la calidad de su comportamiento o su “estado”, es decir, asumir un comportamiento o estado diferente, como cuando el agua se congela y se convierte de un líquido en un sólido, o cuando se calienta y se convierte en un gas. En la filosofía tradicional se expresó este cambio de comportamiento mediante el concepto “salto cualitativo”; en las ciencias sociales y

políticas se solía calificar como “revolución” y, en la física moderna se expresa como salto cuántico, cambio de fase o cambio de estado del sistema.

Las implicaciones de este descubrimiento de la ciencia moderna son fundamentales para todo proyecto histórico postcapitalista porque significan: 1. Que el cambio de estado es una legalidad del universo y no sólo de los sistemas sociales humanos, tal como había asumido el concepto y la teoría de la “revolución”, anteriormente; 2. que los procesos revolucionarios o saltos cualitativos no son necesariamente irreversibles, tal como se observa en ciertos procesos de la naturaleza (agua-vapor-agua); 3. que, conociendo las condiciones de comportamiento del sistema, es decir, su evolución “normal”, las circunstancias que provocarán un salto cualitativo en su comportamiento son previsibles con cierta probabilidad; 4. que el cambio de estado del sistema (la revolución) puede tener diferentes grados de “ruptura” y, por lo tanto, diferentes grados de continuidad. Un ejemplo natural de este fenómeno es la conversión de agua en vapor, que desde el punto de vista de la física es considerada como un salto cualitativo del sistema (de un líquido a un gas), pero desde el punto de vista de la química, no.

Uno de los múltiples ejemplos sociales de este fenómeno es la revolución de la independencia en América Latina. El salto cualitativo se operó sólo en el subsistema político de la sociedad latinoamericana postcolonial, al desplazar la elite criolla a la elite española dentro la clase dominante, pero no hubo ningún cambio cualitativo en el sistema económico ni en el cultural. Es decir, el peso de la ruptura fue menor que el peso de las fuerzas de permanencia, lo que explica el estancamiento de la transformación y la persistencia del neocolonialismo en Nuestra América.

4. El universo está organizado en sistemas, conjuntos o redes. Esta propiedad significa que no existe nada en la realidad que no forme parte de un sistema mayor. No hay elementos aislados en el universo natural o social. Una persona pertenece a una familia, a una institución de trabajo, a una sociedad nacional, que, a su vez, es un subsistema regional de la economía global, etcétera. Este carácter sistémico del universo es fundamental para su comprensión y tiene que reflejarse adecuadamente en la teoría, tal como sucedió en las obras de los grandes pensadores como Hegel (“El todo es lo verdadero”), Marx, Engels y Lenin. El movimiento de la luna, por ejemplo, no puede explicarse racionalmente fuera del sistema solar; la evolución de una bacteria es inexplicable fuera del entorno en que se reproduce y el comportamiento humano —desligado de su contexto social— siempre será una incógnita.

5. Por último, todos los elementos que conforman el universo, tienen una identidad particular. Un átomo, por ejemplo, está definido en su particularidad por su masa, su carga eléctrica y su *spin*, entre otras propiedades. Un sistema biológico, como un perro, una planta o un ser humano, dispone de un genoma (configuración de genes) que es único en el universo; pero, el ser humano tiene, además de sus propiedades físicas y biológicas singulares, una identidad cultural (*software*) que le da una particularidad o identidad inconfundible frente a todos los demás humanos. Es esa identidad humana —históricamente analizada en la filosofía política como conciencia del sujeto— que es el pilar fundamental de toda praxis humana y de todo proyecto histórico.

Podemos diferenciar tres tipos de sistemas en el universo, según el grado de organización o complejidad de la materia que los forman: los prebiológicos, con propiedades meramente físicas o físico-químicas, por ejemplo, una piedra; los biológicos, como una planta, una bacteria o un animal que, además de las propiedades físico-químicas tienen una propiedad vital, y los sistemas sociales humanos, como una persona, una familia, una empresa o un Estado que tienen una cuarta propiedad que es la capacidad individual o colectiva de razonar. A estos últimos se llama también propositivos, porque la mente humana tiene la capacidad de planificar racionalmente el futuro del sistema.

La libertad del sujeto para cambiar un determinado sistema, está determinada por cuatro factores: a) la situación de estabilidad o inestabilidad estructural y coyuntural en que se encuentra el sistema en el momento del cambio planeado; b) la dirección de su evolución; c) la dinámica (velocidad) de su evolución; d) la fase del *ciclo de vida* en el que se encuentra en el momento del cambio.

Todo sistema tiene un *ciclo de vida* que depende de dos factores: a) de la complejidad de organización de la materia de los entes que lo conforman y, b) de su relación con el entorno. Esto explica, por qué son diferentes los ciclos de vida de un sistema prebiológico, biológico o social humano. Una piedra puede existir cientos de miles de años, un animal máximo alrededor de 180 años y una sociedad humana (como la china), algunos miles de años.

El *criterio* para determinar en qué fase del ciclo de vida se encuentra un sistema que se pretende cambiar es, para el caso de los elementos meramente físicos, la organización de la materia que los compone, y el entorno. En el caso de una piedra, si está hecha: a) de cantera, granito, mármol, etcétera y, b) si está expuesta al flujo de un río, al sol, al frío y al viento, entre otros factores. En los sistemas biológicos, el ciclo de vida depende de: a) la configuración genética (genoma) que determina los parámetros de existencia (edad) del sistema, por ejemplo, una planta, junto con, b) las condiciones favorables o desfavorables de su medio ambiente.

En las instituciones sociales humanas el ciclo de vida tiene que definirse de otra forma, dado que no se acaban por descomposición de la materia ni por predisposición genética, sino: a) en el caso de los subsistemas, por el agotamiento de su capacidad de contribuir a la manutención del sistema superior a que pertenecen; b) en el caso de los macrosistemas, como una sociedad entera, porque: bb) pierde el apoyo de sus ciudadanos o, bc) es disuelta por una intervención desde el exterior. En el caso “a”, el subsistema económico de una sociedad ha terminado su ciclo de vida cuando deja de satisfacer las necesidades básicas de los ciudadanos y, por lo tanto, se vuelve disfuncional para la manutención del sistema en su conjunto. Ejemplos para la pérdida de legitimidad de un sistema socio-político son la República Democrática Alemana (RDA) y para la invasión exterior la agresión de la OTAN contra Yugoslavia que terminó en la separación de Kosovo.

Dicho de otra manera: cuando se agota la viabilidad histórica (historicidad) de un sistema social establecido, por ejemplo, el esclavismo, el feudalismo, el capitalismo, el socialismo soviético, se abren las puertas a un cambio cualitativo en su comportamiento, es decir, a un “cambio de estado” o salto cuántico, ya sea por la vía de la implosión, como en el caso del socialismo soviético; por la vía de la evolución interna o por la destrucción desde el entorno global.

En cuanto a la praxis humana, el concepto de *ciclo de vida* de un sistema social es de gran importancia, porque decide si un sujeto de cambio aparece en la escena histórica como el Mío Cid o Don Quijote, es decir, como figura heroica o trágica.

## **2.2 Agotamiento estructural de las instituciones burguesas**

La conclusión sobre el fin de la civilización burguesa se deriva de tres discusiones: 1. El agotamiento estructural de las instituciones básicas del sistema burgués; 2. la aparición de las estructuras constitutivas en el seno de la nueva civilización postburguesa en la sociedad global contemporánea y, 3. la lógica de la evolución social de la humanidad.

### **2.2.1 La economía nacional de mercado**

Al científico Arno Peters pertenece el mérito de haber descubierto el principio de la futura economía socialista, partiendo de las deficiencias estructurales de la economía nacional de mercado. De su magistral exposición del tema en la obra, *Fin del Capitalismo Global. El Nuevo Proyecto Histórico*, reproducimos textualmente la siguiente parte.<sup>2</sup>

La economía, como cualquier otro fenómeno del presente, sólo puede comprenderse como resultado de su evolución. Se basa en el trabajo de todas las generaciones anteriores y es, por sí misma, base de la vida de las futuras. Con todo eso, igual que la técnica, la política, el derecho, la moral, la ciencia y el arte, la economía está relacionada de diversas maneras con la evolución histórica, e influenciada y creada por la misma. Por esta razón, a cada etapa de la evolución del hombre corresponde una determinada economía. Para contestar la pregunta, si hoy en día nuestra

economía está organizada razonablemente y si la gran cantidad de teorías económicas actuales y su aplicación son adecuadas para nuestra época, tendremos que contemplar el desarrollo de la humanidad bajo el aspecto particular de la economía.

Si entendemos “la economía” como el conjunto de todas las actividades e instituciones, dedicadas a satisfacer las necesidades generales, el inicio de nuestra economía data de aproximadamente ochocientos mil años atrás, cuando se fabricaron las primeras herramientas rudimentarias. Hasta esa fecha, los hombres vivieron como los animales de la naturaleza que los rodeaba. Después empezaron a transformar los objetos y materiales que encontraban para hacerlos servibles para sus fines. Con esta transformación de la naturaleza mediante el trabajo, empieza la historia de la economía. El don de observación, la energía y la habilidad manual capacitan al hombre para tener pronto una actividad ordenada. [...]

Con el perfeccionamiento de las herramientas se inicia un primer reparto de tareas dentro de la familia y la tribu. Al cuchillo, cincel y aguja de coser se unen el anzuelo, la lanza, el arpón, el arco y la flecha. Los hombres se convierten en cazadores, las mujeres recolectan bayas, nueces, tubérculos y frutas, y cuidan a los niños. Esta fase de la división de las actividades intrafamiliares empezó hace aproximadamente ochenta mil años, cuando el hombre dio los primeros pasos para protegerse de la inclemencia del tiempo, con ropa de piel de fabricación propia.

Hace aproximadamente doce mil años, la domesticación y cría de animales, así como el descubrimiento de la agricultura, condujeron a una nueva fase de la historia de la economía. El hombre empezó a producir sus propios alimentos. [...] Aunque la cantidad de su alimento varía de cosecha en cosecha, ya no varía de día en día. Su existencia se vuelve más segura. El hombre construye cabañas y casas para sus provisiones y para sí mismo: se establece. También las relaciones con su propia especie se vuelven más estables. Los alimentos sobrantes se canjean por otros productos (como pedernal, cobre, bronce, recipientes de barro). Surgen aldeas. Su economía se concentra en cubrir las necesidades de la familia y de la tribu. Las herramientas y las armas son propiedad personal, la tierra es propiedad común. El trueque de los bienes sigue realizándose por los productores mismos.

Con el aseguramiento de la alimentación y la construcción de aldeas estables aumenta la población. La producción y el consumo se vuelven más variados, la gente desea productos que se encuentran más lejos, mayores distancias se interponen entre productor y consumidor. Así resulta la necesidad del transporte, del almacenaje y de la distribución de los productos a intercambiar. [...] Como encargados de los productores, se llevan bienes a los consumidores, y reciben otros a cambio, los cuales regresan a los productores. Más adelante compran los productos a los productores y los entregan a los consumidores por cuenta propia, lo cual les rinde mayores beneficios que los que pudieron obtener por su servicio de transporte, almacenamiento y distribución. A cambio, ellos asumen el riesgo de que las mercancías se puedan echar a perder, ser robadas o encuentren un cliente sólo después de largos tiempos de espera. En las pocas comunidades que habían progresado hacia la agricultura y la ganadería, esta transición del trueque al comercio comenzó hace aproximadamente siete mil años. Al mismo tiempo empezó a surgir el oficio del guerrero, cuya tarea consistía en la subyugación y el expolio de otras tribus, así como la protección de los parientes y de las provisiones de la propia tribu contra los intentos de sumisión y expolio por parte de otros. Existen testimonios anteriores de combates entre tribus vecinas, también saqueos. Sin embargo, en esas acciones participaban todos los hombres de las tribus involucradas. El guerrero de oficio, sin embargo, igual que el comerciante ya no realiza ningún trabajo productivo para su propio sustento. Estos oficios surgen al convertirse las primeras aldeas en ciudades y ciudades-Estados.

Hace más de cinco mil años, este nuevo orden económico, creado por el comercio y la guerra, se impuso en una parte tan grande del mundo poblado en aquel entonces, que podemos hablar del inicio de una nueva época, de la economía nacional, la cual lentamente dejó a un lado a la economía local. En este contexto, entendemos por “nación” a un ente estatal que ha crecido históricamente con su propia tradición y con orientación hegemónica; incluimos aquí entonces todas las comunidades que rebasan el marco de la autosuficiencia local, tal como se han sostenido desde la



formación de las primeras ciudades-Estados hace cinco mil años, en su carácter y estructura, hasta la actualidad.

Esta nueva época, la economía nacional, comenzó alrededor del año 3000 antes de nuestra cronología, cuando en los valles de los ríos Nilo, Éufrates y Tigris, del Indos y del Huang-Ho se unió una mayor cantidad de gente para domar la fuerza de los ríos y usar el agua para sus fines. Mediante la construcción de diques, presas y canales convirtieron tierras áridas en campos fértiles y jardines florecientes. [...] La creciente división de tareas mejora la calidad de los productos y produce un mayor rendimiento del trabajo. Fueron creadas nuevas profesiones. Los hombres ponen nombre a todas las cosas y también a ellos mismos. La palanca y la rueda multiplican su fuerza. El intercambio de mercancías y el comercio conducen a un tráfico regulado. Se construyen barcos en perfectas condiciones para navegar. La humanidad ha realizado la transición de la acción instintiva a una conducta meditada, ha entrado a la última etapa de su evolución. La elaboración de los metales abre el paso al razonamiento y al procedimiento técnico. La escritura hace que la experiencia humana sea comunicable, sumable y heredable. La historia se vuelve transmisible y la obra creativa del hombre se vuelve inmortal. El comercio y la apropiación privada de la tierra conducen a una sumisión del hombre por el hombre. La orden y la obediencia entre patrón y subordinado ocupan el lugar de la vieja solidaridad entre hombres libres e iguales. Surge el Estado como un factor de orden estabilizante de una comunidad humana que se enfrenta de manera cada vez más hostil: poder y presión en el interior, guerra, robo, subyugación, explotación en las relaciones de las tribus y pueblos entre sí. La organización militar, también de la economía, reemplaza el crecimiento natural de la comunidad humana. Surgen la riqueza y la pobreza. La comprabilidad de todos los bienes y valores provoca la pérdida de la existencia integral del hombre: de esta manera, cada victoria por el camino del progreso se convierte en una derrota. La época de las máximas creaciones del hombre se convierte en la época de su más profunda humillación.

Cuando hoy, a fines del segundo e inicios del tercer milenio, miramos esa época de los cinco mil años que hemos dejado atrás, nos damos cuenta que ese tiempo, a través de todos los cambios de Estados, imperios, dinastías, religiones y sistemas sociales, lleva los mismos rasgos esenciales: el afán de obtener riquezas y poder, tal como lo trajo al mundo la aparición del comercio, la guerra y el despojo durante la transición de la economía local a la economía nacional. Esa transición, que se inició entre las pocas culturas desarrolladas de los grandes valles de los ríos, hace cinco mil años, tuvo lugar en el sur de Europa hace, aproximadamente, tres mil años; en el norte, mil quinientos años, y en la mayor parte de los países no-europeos apenas hace quinientos años, en el transcurso de la ocupación colonial por medio de las potencias europeas, y con los últimos, más retirados tribus y pueblos, apenas hace 100 ó 50 años. A pesar de que a través de toda la época de la economía nacional existieron islas de economía local, hoy día la inclusión de todas las familias, grupos étnicos, pueblos y Estados en la economía global de mercado, organizada por los ricos pueblos dominantes, ya es un hecho consumado.

¿La economía nacional ha dado buenos resultados? ¿Puede ser la base de la economía global que tenemos por delante? El siglo que está por terminar ha traído más avances científicos y técnicos que toda la historia mundial anterior. La producción en masa ha deparado productos, antes reservados para unos cuantos, a mucha gente. El tráfico y la comunicación han acercado más a los pueblos. Si hace cien años se necesitaban cuatro campesinos para alimentar a un habitante de la ciudad, ahora, la mecanización, el cultivo de plantas y la química han logrado que un campesino pueda alimentar a 25 personas. Aun así, en la Tierra prevalecen la carencia, la necesidad y la miseria. Mil millones de personas viven en prosperidad (una décima parte de ellas en la abundancia), tres mil millones en la pobreza, más de mil millones sufren hambre. Desde 1945, 600 millones de personas han muerto de hambre, esto es diez veces más que los muertos que causó la Segunda Guerra Mundial, y diariamente mueren 40 mil niños en el mundo por la misma razón, mientras nuestras bodegas rebosan y los Estados europeos pagan por la paralización de campos fértiles. Pero también en los países ricos existe la miseria: en los 12 Estados de la Unión Europea, 44 millones de personas viven en la pobreza, esto es el 14 por ciento de la población; en los Estados Unidos es el 10 por ciento de

los “blancos” y el 31 por ciento de los “negros”. Y también ahí, los ricos se vuelven cada año más ricos. Exactamente, en Estados Unidos el ingreso del 20 por ciento más rico aumentó un 62 por ciento en los últimos 10 años, mientras, el ingreso del 20 por ciento más pobre de la población descendió en 14 por ciento. Esto quiere decir que la polarización en los países industrializados avanza de igual manera como sucede en la relación entre los países industrializados y los países en desarrollo.

En todo el mundo se necesitan productos y servicios de todo tipo urgentemente, pero a pesar de ello, en Europa Occidental 35 millones de personas están sin empleo; en el mundo son 820 millones, casi un tercio de las personas en edad productiva. Y las corrientes globales de capital que se concentran crecientemente, no crean nuevos empleos ni valores materiales; ya no están enfocadas hacia la ganancia, sino únicamente a generar intereses. El volumen de los flujos de capital se ha multiplicado por diez en los últimos seis años. Ahora, más de un billón de dólares cambia de propietario diariamente en el mundo —sólo el uno por ciento de esta cantidad (diariamente diez mil millones) para las transacciones del comercio mundial— el noventa y nueve por ciento de las transacciones monetarias son netamente especulativas. Los activos de los bancos en el exterior se han cuadruplicado desde 1980: de 1.836 billones de dólares a más de ocho billones de dólares. [...] El porcentaje de los puros ingresos por intereses, comparados con las ganancias de los empresarios, aumentó del siete por ciento en el año 1960 a casi sesenta por ciento.

En los países más ricos, las personas consumen cuatrocientas veces más que la gente en los países más pobres, quiere decir, que los habitantes de Suiza consumen más en un solo día que los habitantes de Mozambique en todo un año. Todos estos son valores promedios. Los directores de las grandes empresas industriales en los países ricos, ganan tanto en un minuto como la gente en los países pobres en toda su vida. Y los ingresos de los propietarios son más altos aún: un propietario de minas en Sudáfrica gana dos mil millones de dólares al año, esto es tres veces el ingreso anual de los cinco millones de habitantes del Chad.

Si la misión de la economía consiste en satisfacer las necesidades generales mediante una organización razonable del trabajo, entonces tenemos que constatar que nuestro sistema económico no cumple con su tarea. Tampoco existe ninguna esperanza de que la pueda cumplir en el futuro, porque está basada en el sistema de la economía de mercado, que tiene una tendencia inherente a beneficiar a los ricos y empobrecer a los marginados. Y esta polarización se ha intensificado aún más desde el fin del colonialismo político en los años sesenta del siglo XX, cuando mucha gente esperaba un cambio positivo. La participación del 20 por ciento más pobre de la población mundial en los ingresos mundiales ha disminuido del 2.3 por ciento al 1.4 por ciento en los últimos 20 años, mientras que la participación de los 20 por ciento más ricos se ha incrementado del 74 por ciento (1970) al 83 por ciento (1990). La cantidad de muertos por hambre ha llegado a los 40 millones anuales, pese a que la cosecha mundial de granos, 964 gramos por cabeza y día en promedio, sería suficiente para saciar el hambre de todos los seres humanos (necesidad diaria 750 grs.). Pero en Europa el 57 por ciento de los granos se utilizan como forraje y en Estados Unidos es el 70 por ciento.

No es el crecimiento demográfico, ni tampoco la naturaleza o el hombre quien tiene la culpa de la creciente miseria y del hambre en los países pobres, sino nuestro sistema económico, la economía de mercado, en la cual los productos y servicios no se intercambian a su valor, sino al precio del mercado mundial, el cual, desde los años sesenta, sigue beneficiando cada vez más a los países ricos industrializados. De esta manera, por una locomotora que Brasil pagó con 15 mil sacos de café hace 20 años, hoy en día tiene que pagar tres veces más (46 mil sacos de café). El valor de esa locomotora no se ha triplicado en esos veinte años, y el valor del café no ha disminuido. Sólo cambió el precio en el mercado mundial, el cual determina la relación de intercambio entre los productos industriales, ofrecidos en su mayoría por los países ricos, y los productos naturales, ofrecidos preponderantemente por los países pobres.

A pesar de que la rápida racionalización en los países industrializados debería abaratar los productos industriales, en relación con los productos naturales, lo cual significaría que los precios

de los productos naturales en el mercado mundial deberían haber aumentado en comparación con los productos industriales, en 1990 los precios de los productos naturales (materias primas y productos agrícolas) habían bajado al 59 por ciento del precio que tenían en 1980. Consecuentemente, bajó la participación financiera de los países pobres en el comercio internacional del 43 por ciento (1980) al 26 por ciento (1990) —no cuantitativamente y no por su valor, sino por su precio en el mercado mundial, el cual se ha convertido en la palanca de explotación del mundo extraeuropeo desde el fin del colonialismo político.

Pero no sólo los tiempos del colonialismo político han terminado. La economía nacional que ha formado la economía del mundo durante cinco mil años, está llegando a su fin. El mundo está a punto de convertirse en un solo espacio vital. Estamos iniciando una nueva época de la historia de la economía, la época de la economía global. La transición que estamos presenciando en este momento fue preparada mediante los logros técnicos y científicos del último siglo y medio. El automóvil, el avión, una red de carreteras y vías ferroviarias que cubre todo el mundo, permiten que los hombres se acerquen más. También el intercambio de mercancías se vuelve más fácil y rápido. Con la electricidad, la energía se hace transportable. El petróleo, el gas natural, la fuerza nuclear, la fuerza hidráulica y solar abaratan la producción y el transporte mundial de las mercancías. Gracias al teléfono, la radio, la televisión que forman una red mundial, las personas se convierten en testigos simultáneos en todo el mundo. Un idioma llega a ser idioma mundial, varias monedas valen mundialmente. La racionalización y la automatización aumentan la productividad; la computarización con sistemas autoreproductores llega a una etapa que puede asegurar la base vital de todos los hombres con menos horas de trabajo. La precondition para lograr esa seguridad de vida general a escala mundial, es un sistema económico que pueda enfrentar esta tarea. La economía nacional vigente hasta nuestros días y la economía de mercado en la cual se basa, no es capaz de hacerlo. ¿Será posible modificar este sistema económico conforme a las necesidades de la economía global?

A continuación se mencionan los principios de la economía nacional, tal como se han concretado en los últimos siglos: 1) El objetivo de la economía es la prosperidad de la propia nación. 2) El Estado tiene la obligación de proteger los intereses de la economía hacia el exterior (derechos aduanales, impuestos, restricciones de importación), fomentarlos hacia el interior (disminución de impuestos, privilegios, subvenciones) y hacerlos valer vehementemente en todo el mundo (embargos, sanciones, guerra). 3) El Estado no debe limitar el libre desarrollo de la economía. 4) Los bienes raíces, los recursos naturales y los medios de producción son propiedad privada. 5) La estructura de la economía es jerárquica, todo poder de decisión está en manos de los propietarios de los medios de producción. 6) El tipo y la cantidad de producción, así como la distribución de las mercancías producidas, se regulan automáticamente mediante la oferta y la demanda (economía de mercado). 7) La economía de mercado basada en la libre competencia, conduce automáticamente a la armonía de los intereses individuales y sociales. 8) Por medio de la libre competencia, el precio de cada producto llega a su “nivel natural”, el cual, a largo plazo, equivale a su valor promedio. 9) El trabajo del ser humano es comprable, su precio se determina mediante la oferta y la demanda, igual que el precio de cualquier otro bien. 10) El afán individual de obtener ganancias es el último motor determinante de la economía. Estas teorías de la economía de mercado no coinciden con la realidad (6,7,8) o describen una situación sin cuyo cambio la economía global no puede lograr su verdadero objetivo: el abastecimiento a todos los hombres de la tierra de los productos y servicios vitales (1,2,3,4,5,9,10).

Voltaire describió la esencia de los principios de la economía nacional, resumidos en estas diez oraciones, en una sola frase: “Claro está que un país sólo puede ganar cuando otro pierde”, y en nuestro siglo, Pareto lo dijo de la siguiente manera: “Nadie puede mejorar su posición sin empeorar la de otro.” Pero en la economía global, un país o un individuo no tienen el derecho de ganar a cuenta de otro. Sin embargo, ¿existe un sistema económico que se distinga de la economía de mercado en este punto decisivo? ¿Existe una alternativa para la economía nacional? Si analizamos la economía y su historia con respecto a la totalidad de los principios que crearon su base,

encontramos sólo dos arquetipos: la economía equivalente, bajo cuyo régimen la humanidad ha vivido durante casi 800 mil años desde el inicio de su historia económica, y la economía no-equivalente, la cual hace aproximadamente 6 mil años empezó a poner la economía sobre una nueva base, y que sometió a todo el mundo a su sistema. [...] Ambos arquetipos de economía son incompatibles de principio. [...] La total equivalencia entre Input y Output (insumo y producción – H.D.) es la característica de la economía equivalente, así como su inequivalencia es la característica de la economía no-equivalente.

Si la economía equivalente, como la forma original de la economía, es la única alternativa para la economía no-equivalente, misma que se está acabando frente a nuestros ojos, entonces tenemos que preguntarnos: ¿cómo surgió realmente nuestra actual economía no-equivalente, que no cumple con el verdadero objetivo de la economía: la satisfacción de las necesidades generales? Regresemos entonces a los inicios de la teoría económica.

Aristóteles es el iniciador de la teoría científica de las categorías, como la lógica, que mediante los términos, decisiones y conclusiones correctos nos conduce a la esencia de las cosas. Independizó hace dos mil trescientos años las ciencias específicas, también la economía, y él es su primer teórico; teórico en el verdadero sentido de la palabra, el que encuentra y describe los principios de la realidad mediante la contemplación inteligente de la misma. Él ve la economía sobre el fondo de la política, la ética, el derecho y la historia. En la teoría económica del filósofo Aristóteles, “economía” es el nombre que se da al arte de la adquisición (*Erwerbskunst*) cuya sustancia es la creación de los medios que son necesarios para el sustento de la familia y el Estado, es decir, el cubrimiento de las necesidades. Por otra parte, Aristóteles describe un segundo tipo de arte de la adquisición, al contrario del primero, no es una pretensión de la naturaleza, sino que fue añadido artificialmente a ella. Este segundo tipo del arte de la adquisición no pertenece a la economía (*Ökonomie*), sino representa un fenómeno propio, la crematística (=enriquecimiento). “Como la crematística está relacionada con la economía”, dice el pensador griego, “muchas gente cree que son idénticas; pero no es así”.

En Grecia y en el Asia Menor, Aristóteles todavía llegó a conocer comunidades rurales, en donde las mercancías en su mayor parte o casi exclusivamente fueron trocadas directamente por sus productores sobre una base equivalente. Él dice al respecto: “Este trueque ni es contra la naturaleza, ni tampoco es una manera de conseguir dinero, ya que sirve solamente para complementar la independencia natural”. Después, el filósofo describe cómo con la aparición del dinero (las primeras monedas fueron acuñadas en el Asia Menor, trescientos años antes de Aristóteles) se inició el segundo tipo del arte de la adquisición, el comercio, el cual ya no está destinado al cubrimiento de las necesidades, sino sólo a obtener la mayor ganancia posible. Para Aristóteles, este enriquecimiento (crematística) es el uso antinatural de las habilidades humanas, un trastorno de la economía.

Luego, Aristóteles señala la insaciabilidad de la crematística: mientras que en la economía, la satisfacción de las necesidades tiene un límite natural, la crematística pretende incrementar su dinero hasta lo infinito: “Con razón es criticada”, dice el filósofo, “porque no se orienta en la naturaleza, sino sólo pretende la explotación. Se le junta el oficio de los usureros que es odiado por buenas razones porque obtiene su ganancia del dinero mismo y no de las cosas para cuya venta se inventó el dinero. Ya que éste sólo pretendía facilitar el intercambio, pero el interés provoca que éste se multiplique por sí solo. Por esta razón, tal tipo de adquisición es el que más atenta contra la naturaleza”. Finalmente rechaza el egoísmo, el cual culmina en la crematística, en forma general: “El hecho de que cada cual se ame a sí mismo, está en nuestra naturaleza. Por otra parte, el egoísmo se critica con toda razón, ya que este no consiste en el amor propio, sino en que uno se quiere más de lo debido”. Para Aristóteles la economía no es autónoma, quiere decir que no tiene leyes que sean propias de ella misma. Por naturaleza, el ser humano es un ser que forma comunidades, que no encuentra su realización por sí solo, sino en el Estado. De esa manera, la economía de Aristóteles no deja de ser una teoría sobre el Estado y el ser humano. Por esta razón, para el filósofo, la ciencia más importante superior a cualquier otra, es la política, de la cual depende la economía, igual que la

estrategia bélica o la retórica. Es por eso que Aristóteles no dedicó ningún estudio particular a la economía: ella forma parte de sus libros sobre ética y política.

En las teorías de Aristóteles se unieron y ordenaron los pensamientos de los filósofos griegos desde Pitágoras, en un todo. En consecuencia, su economía es la expresión resumida de la doctrina económica filosófica-política de esa época como de las respectivas escrituras sobre economía. También incluyen conocimientos y vistas de su maestro Platón y del maestro de éste, Sócrates, en sus teorías esenciales. Así la revelación de la insaciabilidad de la crematística como origen de la guerra: Platón describió las necesidades del hombre —alimento, albergue, ropa— y su satisfacción en la “ciudad con medida que a la vez es sana”. La comparó con la “ciudad de exceso”, donde se rebasan los límites de lo necesario y donde el afán de lucro conducen a la abundancia y el lujo. La tierra y el suelo que habían sido suficientes para las necesidades, ahora quedaron demasiado pequeños. “Entonces, tendremos que apropiarnos la tierra de los vecinos, y ellos también de la nuestra, y a partir de ahora tendremos que estar en guerra.” Y Platón concluye: “Hemos encontrado el origen de la guerra en aquello, cuya existencia para los Estados como para los ciudadanos en lo personal, es generalmente la causa de la desgracia”; la raíz de la crematística se ha apoderado de la economía. A partir de su principio de la prioridad del todo, la teoría de Platón de la economía sostiene que esta debe servir a la vida de todos y que nunca jamás debiera ser un instrumento para el Estado o para el individuo.

Sócrates, el maestro de Platón, ya había pronunciado el criterio determinante de la economía en su forma más general. “La mayor de las virtudes es la modestia”. Ese fue el rechazo de la desmesura, tal como había llegado a la economía por medio de la crematística. Todos esos conocimientos se integraron a las teorías económicas de Aristóteles, cuyas características más importantes quiero resumir de la siguiente manera: 1) Por naturaleza, el hombre es un ser que forma comunidades, se desenvuelve en el Estado y sus leyes. 2) La economía no tiene una función autónoma autodeterminada ante el Estado, sino sólo una función de servicio. 3) La función de la economía consiste en la satisfacción de las necesidades del ser humano. 4) Igual que las necesidades humanas, también el afán de ganancia de la economía tiene un límite natural. 5) Un complemento necesario de la producción de bienes dentro de la economía es el intercambio de los mismos, mediante el cual se intercambian productos diferentes del mismo valor (equivalentes) y sin ganancias. 6) Aparte de la economía existe la crematística (enriquecimiento), que se basa en el comercio y en los préstamos financieros, cuyo único objetivo es el lucro. La crematística trastorna la economía en su libre desarrollo, por lo cual impide el cumplimiento de su función. 7) El afán de lucro de la crematística no tiene límites. Su insaciabilidad es antinatural y ofende la vida en sí. 8) La crematística última es la causa del comercio, del robo y de la guerra. 9) La carencia y abundancia, la pobreza y la riqueza surgieron juntos y se producen conjuntamente. 10) La vida es actividad. Sólo una actividad que se realiza para su propio fin trae una satisfacción duradera. La vida que sólo sirve para adquirir dinero no vale la pena.

Hasta aquí los razonamientos de Arno Peters sobre la economía nacional.

### 2.2.2 La democracia formal

La democracia formal realmente existente comparte con el socialismo “realmente existente” una característica sustancial: la lejanía con los planteamientos originales de sus padres fundadores; lejanía que es comparable a la distancia que separaba, digamos, el socialismo soviético de la filosofía socialista de los *Manuscritos de París*, de Karl Marx.

La diferencia entre los fundamentos doctrinarios de la democracia formal y su realidad contemporánea, es manifiesta en toda su estructura política, comenzando por la pretensión de que se trata de una democracia representativa. El mito de la representatividad es el siguiente: La soberanía política de la democracia radica en el pueblo. Dado que las mayorías no la pueden ejercer directamente, la delegan mediante elecciones en representantes parlamentarios, quienes, a su vez,

constituyen los órganos estatales. Todas las ramas del poder estatal emanan, por lo tanto, directa o indirectamente, de la soberanía popular. Son, en otras palabras, poderes legítimos.

Esta apología de la democracia parlamentaria es coherente, pero nada tiene que ver con la realidad. En la realidad, los parlamentarios y senadores no *representan* a aquellos que les dieron el mandato, sino los *sustituyen*. Elegidos para servir al pueblo, sólo sirven a dos amos: a las elites y a sus propios intereses. Con frecuencia, la representatividad de los gobiernos ni siquiera cubre el aspecto formal. El presidente estadounidense, George W. Bush, por ejemplo, fue elegido en el año 2000 en elecciones fraudulentas, con la *minoría* de los votos efectivos y representando apenas una cuarta parte de la ciudadanía electoral del país. Y la representación de mujeres, indígenas, desempleados, etcétera, en los parlamentos burgueses, está siempre muy por debajo de la proporcionalidad requerida.

Una de las columnas de la democracia liberal radica en la noción de que las leyes nacen de la lucha de opiniones y argumentos, no de intereses. Pero entre los partidos del parlamento moderno, el lugar del argumento ha sido usurpado por el frío cálculo de intereses y oportunidades de poder, mientras que en el trato de las masas domina la manipulación mediante la “manufactura del consenso”. La “casa del pueblo”, el parlamento, no es el lugar de la verdad emergente, sino el mercado donde se negocia la repartición del poder y de la riqueza social entre las fracciones de la elite. Nociones fundamentales como el “gobierno por discusión”; la responsabilidad primaria del diputado y funcionario ante el pueblo —no ante su partido, ni ante *Wall Street*—, la ausencia de *arcana imperii* (secretos de Estado), etcétera, aparecen hoy día sólo como reminiscencias románticas y letra muerta del pasado; desligadas totalmente de la praxis de la *res publica*. En la democracia realmente existente rige, dentro del parlamento, la partidocracia y la corrupción y fuera, la fabricación del consenso por los oligopolios trasnacionales de la adoctrinación masiva.

La división de poderes constituye el eje del Estado de derecho burgués. Sin embargo, su situación es semejante a la del Parlamento, porque esta doctrina de Montesquieu —destinada al control del poder del Estado— sólo puede realizarse si los tres poderes están separados en dos dimensiones: la jurídica-organizativa y la social. La duda de Bentham frente a Montesquieu formulada en la pregunta de ¿cómo puede la división de poderes garantizar la libertad, si los tres poderes están controlados por un solo grupo social?, tiene una respuesta sencilla: no puede. El principio constitucional de la división de poderes requiere ser complementado con el principio sociológico del equilibrio de las fuerzas sociales, es decir, cada uno de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial tiene que representar a diferentes estratos y clases de la sociedad.

Montesquieu intuyó la problemática, al advertir que “cuando el poder legislativo y el poder ejecutivo se reúnen en la misma persona o el mismo cuerpo, no hay libertad”, sino un “despotismo espantoso”. Si consideramos la situación de la división de poderes en el mundo, es obvio que en la mayoría de los Estados existe un “despotismo espantoso” de la clase dominante, que poco tiene que ver con los designios originales del creador de la doctrina. Sólidamente bajo el control de la oligarquía, el principio es tratado con sabiduría colonial: se acata, pero no se cumple.

Otra pretensión doctrinaria de la democracia formal es que el sistema electoral sea el garante de la participación de las mayorías en los asuntos públicos. Es difícil imaginarse otra argucia tan grande. La razón de ser del sistema electoral consiste en garantizar el acceso equitativo y la rotación de las diferentes fracciones de la *elite*, al poder del Estado, no del pueblo. Si en determinadas circunstancias, las mayorías logran elegir un gobierno verdaderamente popular y democrático, la clase dominante desconoce sus propias reglas constitucionales y da un golpe de Estado. Este cínico mecanismo se conoce en las “ciencias políticas” como la paradoja de la democracia. Las instituciones democráticas sólo son para los amigos de la democracia, no para sus enemigos. Traducido a buen romance: la democracia formal sólo es para los amigos de la burguesía, no para el pueblo dispuesto a cambiar la sociedad estructural y pacíficamente: lección que Salvador Allende pagó caro.

La pérdida de soberanía de los Estados nacionales ante la globalización, reduce aún más la importancia limitada de la democracia formal. El Estado nacional sufre una doble subordinación en

el sistema mundial: en lo político, cultural y militar está sometido al Estado regional y al Estado global, y en lo económico depende de los mercados regionales y del mercado global. Aunque los funcionarios de esas estructuras superiores, como la Organización Mundial de Comercio y el Fondo Monetario Internacional, no son elegidos por ningún ciudadano, su poder de decisión sobre los asuntos nacionales es muy superior al de cualquier representante del pueblo, democráticamente elegido.

Hay un sexto fenómeno problemático en las democracias liberales, sobre todo del Tercer Mundo, que es el que John Locke llamó el “poder prerrogativo”. Este cuarto poder del sistema de dominación de la burguesía consiste en “actuar en favor del bien público siguiendo los dictados de la discreción, sin esperar los mandatos de la ley, e incluso en contra de ellos”. En la praxis de las democracias tercermundistas, el poder prerrogativo se expresa en el gobierno mediante decretos ejecutivos y estados de sitio, cuando las mayorías no aceptan las decisiones de la elite. Se trata de la marginación “legalizada” de los parlamentos.

Un último elemento constitutivo de la filosofía política burguesa merece ser tomado en cuenta: la eticidad de la sociedad política, tal como es analizada por Hegel. Aun los que no entienden nada de Hegel, piensan que el filósofo idolatraba al Estado. Pero Hegel no era idólatra ni reaccionario. Entendía que la polarización de la sociedad burguesa en ricos y pobres resultaba de sus insuperables antagonismos de clase y que sólo un Estado ético podía ser garante del bien público frente a los intereses particulares. Dentro del Estado clasista, esta idea es, por supuesto, una quimera, como Marx experimentó tempranamente en su deportación política de Alemania, por el delito de haber tomado partido junto a los pobres. Lejos de representar el bien común, el Estado es el botín de los intereses oligárquicos que lo usan como *Calibán* en sus políticas de saqueo de las mayorías.

El carácter oligárquico-plutocrático de las democracias liberales es tan evidente en el Primer como en el Tercer Mundo, donde el gobierno-Estado se ha convertido en el botín de las dos fracciones políticas principales en que se manifiesta la burguesía hoy día: los conservadores o demócrata-cristianos y los liberales o socialdemócratas. Los miembros de sus gabinetes y estructuras políticas conductoras son parte de una estrecha elite de hombres de negocios, políticos y militares que, dotados de considerables fortunas personales, rotan dentro de estas tres esferas de poder. Existe, sin embargo, una diferencia fundamental entre la democracia plutocrática del Primer Mundo y la del Tercer Mundo. La primera cuenta con el apoyo mayoritario de la población y su clase dominante ostenta, por ende, el carácter de clase dirigente. En el Tercer Mundo es clase dominante, y nada más.

La única aportación histórica trascendental de la burguesía para avanzar la convivencia política hacia una sociedad más justa, es el Estado de Derecho, en sus elementos claves: la constitución, la división de poderes y los derechos formales. Todas estas medidas son antiabsolutistas. Su intención es la reglamentación política de la relación de poder entre el Leviatán estatal y el ciudadano, mediante la delimitación negativa de las facultades del primero. Dado que el problema del excesivo poder del Estado existirá mientras haya sociedades de clase, la negación de la democracia formal sólo puede beneficiar al Estado y a las elites en el poder, no al ciudadano. Por lo tanto, la conclusión es lógica: los derechos democrático-formales son una condición imprescindible y necesaria, pero no suficiente, para la sociedad democrática del futuro; no deben sustituirse, sino ampliarse hacia los derechos sociales participativos.

De la misma manera como el absolutismo político-económico feudal sufrió su democratización a través de los derechos democráticos formales, así ha de sufrir su democratización el absolutismo económico-político del gran capital mediante la extensión de las decisiones mayoritarias hacia todas las esferas sociales. Sin embargo, la democratización del sistema burgués es equivalente a su negación, porque su carácter predominantemente plutocrático es incompatible con la democracia real en lo político, económico, cultural y militar. La democracia real es el fin de la civilización del capital.

La burguesía, al igual que todas las clases dominantes anteriores, nunca aceptó el principio esencial de la democracia que es el control del poder por parte de las mayorías. Contrajo nupcias en

contra de su verdadera voluntad con algunos procedimientos de la democracia formal, obligada por la necesidad de atraer a las masas para vencer a la elite feudal. Pero, en el alma siempre ha soñado con el paraíso perdido del feudalismo, donde el poder económico se traducía directamente en poder político. La intocabilidad de la propiedad privada a través del mayorazgo; la impunidad de los señoríos; la infeudación de poderes públicos y privilegios económicos mediante la privatización del poder patrimonial y político público; el control de las mentes mediante los inquisidores del pensamiento y la reducción del trabajador a un siervo del poder económico, son nostalgias imborrables del paraíso perdido al cual quisiera volver cuanto antes. Por eso la tendencia política que la caracteriza hoy día, no es la evolución, sino la involución.

### 2.2.3 El Estado clasista

Toda comunidad humana necesita organizar en forma conjunta tres grandes funciones que no pueden solucionarse de manera individual: el trabajo, la guerra y el orden público. La necesidad de transformar la naturaleza mediante el trabajo en bienes y servicios para el sustento humano, no la puede realizar una persona sola, ni siquiera en la rudimentaria actividad de la caza. Así mismo, la comunidad puede entrar en un enfrentamiento violento (guerra) con otras comunidades o se pueden dar conflictos entre los miembros de una misma comunidad.

Esas tres grandes interacciones con la naturaleza, con los colectivos humanos externos y con los ciudadanos de la misma comunidad, por lo tanto, son las causas que hacen imprescindible el establecimiento de algún tipo de coordinación y decisión colectiva dentro de la comunidad, es decir, la conformación de una autoridad política.

Los medios que esta instancia tiene a su disposición para implementar sus decisiones, son esencialmente, dos: a) la autoridad moral o legitimidad que consiste en el reconocimiento de su mandato “de gobierno” por parte de los gobernados y que lleva al acatamiento voluntario de sus decisiones y, b) el uso o la amenaza del uso de la coerción física. Fundamental en este sentido es que la autoridad pública que toma y ejecuta las decisiones no es una instancia separada del colectivo, sino que suele ser el colectivo mismo en su totalidad. A ese tipo de autoridad política coordinadora la llamamos el *proto-Estado*.

Las tres grandes interacciones sociales que generan la necesidad de una coordinación colectiva o supraindividual, permiten en ciertas circunstancias y a partir de un determinado nivel de la productividad del trabajo, la explotación y dominación de la naturaleza y del ser humano, causando, en consecuencia, la división de la sociedad en clases antagónicas y haciendo conflictiva la convivencia de los ciudadanos a raíz de problemas de clase, de patriarcado, de racismo y de destrucción ecológica.

Cuando sucede esto, el proto-Estado sufre un cambio cualitativo. Su razón de origen, ser administrador de las funciones comunes de la sociedad, se vuelve secundaria. Su nueva razón de ser, la primordial y determinante, consiste en la defensa de los intereses de la elite económica y la protección de los sistemas de explotación y dominación de esta elite. De un comité o instancia de interés público, de la representación de la voluntad general del pueblo, se convierte en un Estado al servicio de la voluntad particular de la clase dominante y, por lo tanto, en un *Estado de clase*.

Tiene que seguir atendiendo ciertas necesidades generales de la sociedad, como la salud y el orden público, pero todas sus funciones generales pasan por el filtro de su carácter y sus tareas de clase. Si el dinero no alcanza para cubrir la deuda externa y la educación al mismo tiempo, se paga primero a los banqueros. Si el presupuesto no es suficiente para atender la deuda interna y, al mismo tiempo, la salud pública, se gratifica primero a los banqueros. El interés particular de los amos del sistema determina y distorsiona todas las funciones generales del Estado.

Con la conversión de la autoridad pública democrática en una agencia privada de seguridad y represión al servicio de las elites económicas, la función de coerción física deja de ser una facultad de toda la comunidad; se separa de esta y de su control y se organiza en formaciones armadas



propias, como la policía y el ejército, bajo el mando del Estado que a su vez está bajo el mando de la clase dominante.

Este es el significado del Estado clasista que históricamente sustituyó al proto-Estado hace alrededor de seis mil años y que desaparecerá con la democracia participativa. En su lugar habrá una nueva autoridad pública que priorizará los intereses generales y que, al perder sus funciones de clase pierde su identidad represiva. La noción de representatividad de los gobernantes que en la plutocracia burguesa es esencialmente demagógica, recobrará entonces su auténtico sentido político, en las funciones públicas que requieren de la representación.

## 2.2.4 El sujeto burgués

La marcha triunfal del *valor de cambio* por la historia, dinamizada hace siete mil años con el paso del trueque al comercio, para después avanzar sobre hecatombes de víctimas del “progreso” de la civilización, se acerca a su fin. En su última etapa, desde hace doscientos años, el capitalismo moderno ha revolucionado incesantemente las fuerzas productivas y las relaciones sociales. Pero no paró ahí. Generó la correspondencia antropológica que requería su modo de producción: el ser humano, funcional a sus intereses, como productor de mercancías y realizador de la plusvalía.

El máspreciado don de la humanidad, la razón, está siendo despojado de todos los elementos críticos, para quedar en un estado puramente instrumental. Por más criminales y amorales que sean los fines, la razón instrumental está a su servicio, con la única función de aportar los medios: desde el robo cotidiano de la plusvalía del trabajador, hasta la matanza científica de los opositores en el inframundo de la aldea global. La ética de la convivencia cívica y solidaria ha sido desplazada por la moral del más fuerte, que justifica la agonía de la mitad del género humano, en aras de su “incapacidad” para competir en el moderno circo romano que es el mercado mundial. Se repite el *panem et circenses* (pan y circo) de los emperadores romanos, pero sólo a medias, porque a diferencia del proletariado urbano romano, el de la sociedad global carece del pan que el imperio supo proporcionarle a aquellos que hace dos mil años calificaba como ciudadanos sin ingresos ni profesión.

En el capitalismo, el mercado es la continuación de la guerra por otros medios y la competencia sin misericordia es la *laudatio* a la destrucción del otro, porque se dirige hacia la aniquilación de sus medios económicos de reproducción. Esta fundamentación de la sociedad capitalista sobre un principio eminentemente destructivo y antisolidario que amenaza permanentemente la misma existencia (el trabajo y la pequeña propiedad) de los ciudadanos, produce con férrea necesidad las relaciones sociales y el tipo de persona que describe Hobbes en su *Leviatán*.

La absolutización y mistificación del mercado, su verdadera transubstanciación en Malthus y sus correligionarios actuales, constituyen la base de una nueva y reaccionaria metafísica. *El contrato social* de Rousseau es sustituido por la nueva referencia metafísica, el mercado, investido con los atributos del dios *Jahvé* del Viejo Testamento, con su incomprensible brutalidad y omnipotencia. Cuando alguien pierde la base de su existencia “burguesa” —su trabajo o medios de subsistencia— la culpa es del mercado mundial. Si un joven no encuentra un empleo o un lugar en la educación superior, se debe a que no es “competitivo” en el mercado. Si un trabajador tiene cincuenta años y ya no es “productivo”, tiene que aceptar esta condena del mercado y convertirse en desempleado, a la manera de la sentencia de un dios agnóstico o una inquisición anónima que ha decidido en su contra, y que no le deja ninguna instancia de apelación. El ciego destino de la tragedia griega o de la ira del dios todopoderoso que convierte sujetos individuales como pueblos enteros (los del Tercer Mundo) en polvo, se llama hoy día “mercado”.

La oferta “socializadora” del capitalismo consiste en el retroceso incondicional del sujeto —única entidad del universo dotada de razón— y su postración ante la ley del valor, que impone sus intereses bajo la doble máscara ideológica de las “decisiones del mercado” y de la “filosofía” socialdarwinista. Se trata de la peor ofensiva contra el sujeto y la utopía —que han sido la esencia

de la dinámica del progreso histórico desde hace dos mil años— desde los regímenes totalitarios de los años treinta.

El mercado como sistema autorregulado y anónimo (cibernético) —como lo plantean los ideólogos del capital— es, por supuesto, un código propagandístico que sólo existe en la teología de los economistas burgueses. El nuevo dios, supuestamente incógnito y todopoderoso en sus decisiones, que ellos llaman “mercado mundial”, es tan identificable como el viejo Jahvé. No anda en huaraches ni con barba bíblica, sino en Mercedes Benz y con trajes de Armani. Su decálogo no tiene diez mandamientos, sino uno solo: la tasa de ganancia. Su casa sagrada es la bolsa de valores y su residencia terrenal son las mansiones de los barrios altos de la burguesía. Y sí, hay causantes y culpables concretos de los horrores que conjura contra la humanidad. Son los cinco mil multimillonarios y los políticos profesionales a su servicio, que son responsables del infierno dantesco que viven miles de millones de seres humanos. Es esa elite plutocrática global cuyas decisiones de inversión en búsqueda de la máxima ganancia, determinan las tasas de desempleo, de hambre, de destrucción ecológica, de deuda externa y de los conflictos bélicos. Nada de anónimo ni todopoderoso ni cibernético, tiene el mercado que pulveriza al individuo. En cambio, todo lo tiene de un régimen antidemocrático y antiético construido y operado por una oligarquía mundial.

La economía nacional de mercado capitalista reduce al *homo sapiens* a *homo oeconomicus*; al *status* de capital humano, como dicen acertadamente sus economistas. No es más que una forma de aparición del capital, que coexiste al lado de sus hermanos gemelos: el capital fijo (tecnología) y el capital monetario. De esta manera, el sistema y sus mandarines confirman lo que Marx expresó con diáfana claridad hace ciento cincuenta años: el ser humano es, y no puede ser otra cosa, para el burgués, que capital variable: una concreción pasajera en una perenne relación de explotación social.

La disolución definitiva de la solidaridad y la conciencia histórica —últimos baluartes de los pobres— es la condición necesaria para la implementación definitiva de la utopía del mercado total y el regreso de las mayorías tercermundistas al estado mental paleolítico de la evolución, donde la infancia de la razón condenaba al *homo sapiens* a una existencia doblemente esclava: la de las fuerzas objetivas y la de sus proyecciones subjetivistas, no comprendidas.

*Incipit vita nuova* (“empieza la vida nueva”) es la bandera y filosofía de los arquitectos que modelan el nuevo mundo según su imagen: inversionistas, ejecutivos, especuladores y políticos transnacionales quienes a semejanza de la génesis bíblica están construyendo la nueva casa del hombre mediante un proceso autocrático, a espaldas de todo control democrático de la población mundial. Pero, lo que está en juego es el futuro de la humanidad y este futuro no puede depender de mentes utilitaristas e intereses mezquinos que confunden sus éxitos de explotación, con la predestinación divina y la ley del valor con la esencia humana.

La destrucción del sujeto en la sociedad burguesa es inevitable. Lo que los filósofos de la Escuela de Frankfurt, Adorno, Horkheimer y otros, deploraron hace siete décadas, es la consecuencia lógica de la disfuncionalidad del ciudadano crítico frente al entorno institucional del sistema. Ante la creciente contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas, la riqueza social —que por primera vez hace posible la plena autodeterminación y realización racional, ética y estética del sujeto— y la camisa de fuerza de la democracia plutocrática-formal del sistema, la atrofia del sujeto como ente consciente es indispensable para impedir su rebelión masiva contra este sistema.

El sujeto prometético se vuelve obstáculo y peligro para el capitalismo global, porque entiende lo que es y lo que podría ser. Ve que el sistema le roba la vida y reacciona frente al robo. Y en la medida en que se agudiza la contradicción entre la abundancia material del nuevo milenio, las restricciones de la democracia formal y las necesidades y anhelos del sujeto, incrementa la disposición de la gente a luchar por un cambio cualitativo. Y al no poder democratizar la economía ni la democracia burguesa, la conclusión del sujeto será obvia: la necesidad de otra civilización.

La burguesía descansa sobre una bomba de tiempo. Cuando estalle, será sustituida por gobiernos que le devuelvan al ciudadano el futuro robado.

## 2.3 El reino de la libertad se hace posible

Tres factores han impedido una sociedad más democrática: 1. Los intereses de explotación de las elites; 2. la falta de tecnología productiva; 3. el desconocimiento de las variables que determinan la evolución de la sociedad. La superación del primer factor es un problema de poder; la del segundo es, básicamente, un problema del pasado, resuelto por el avance científico-tecnológico, y la del tercero se encuentra en vías de solución, al comprenderse cada vez más a la sociedad y a su elemento esencial, el ser humano.

### 2.3.1 El conocimiento científico sobre el ser humano

Los intentos históricos de construir sociedades más justas han sido, en cierto sentido, intentos contra el sentido común. Sin conocer científicamente el elemento constructivo principal, el ser humano, la voluntad de fundar una sociedad justa equivalía a querer construir el techo de un edificio (una superestructura), antes de tener sus fundamentos y paredes.

No hubo, por supuesto, otro camino posible. Ante la ignorancia sobre “la naturaleza humana”, los buenos deseos, las especulaciones metafísicas y religiosas y, en lo metodológico, los pasos del “ensayo y error” tuvieron que suplantar bases más firmes de la evolución consciente y planeada de la sociedad. Pese a este camino artesanal del progreso, limitado a la sabiduría de la experiencia empírica y a sólo un paso del pensamiento “salvaje”, los últimos milenios han visto avances considerables en muchos aspectos de la existencia humana. Hoy, sin embargo, puede abordarse la tarea con mayor eficiencia, realismo y optimismo que en cualquier otro momento del pasado, porque empezamos a entender sistemáticamente los dos elementos claves del enigma humano: su genoma y su sistema neuronal.

La decodificación del genoma proporciona la llave para conocer los potenciales biológicos de la evolución humana. Con este conocimiento se aclararán las posibilidades y límites de la influencia cultural sobre estos potenciales. El conocimiento objetivo de la interacción entre la naturaleza biológica del ser humano y su entorno social darán las bases epistemológicas para la nueva sociedad. Hasta ahora, la escala de interpretaciones de “lo que es el hombre” oscilaba entre la visión horrorífica del *homo homini lupus* de Hobbes y las ilusiones paternalistas del “buen salvaje” de Rousseau, sin posibilidad de fundamentar científicamente la condición humana.

Tal situación está cambiando a pasos acelerados. La biología molecular ha terminado ya el registro del mapa genético, identificando el lugar y la cantidad de genes en los cromosomas. Este avance es comparable al registro de un libro, con todas sus páginas (cromosomas) y todos los renglones (genes). Falta el segundo paso, que es la identificación del “significado” de cada frase en este “libro”, es decir, la decodificación de las funciones de cada gen dentro de las células humanas.

El segundo sistema constitutivo de la praxis humana es el sistema neuronal. En este sistema confluyen los efectos del ADN biológico y del “ADN” histórico, es decir, el conjunto de los efectos culturales que socializan y guían a un individuo dentro de una sociedad. El cerebro y, sobre todo, la identidad, es un sistema de realidad virtual, que analiza la información interna (de la persona) y la que procede del entorno, para diseñar estrategias de sobrevivencia para el sujeto. En la medida en que entendamos científicamente cómo funciona este sistema, su comprensión en términos nebulosos (cualitativos) —como humor, depresión, memoria, trauma, inteligencia, etcétera— cederá el lugar al conocimiento objetivo de sus potenciales y límites, proporcionando las bases para un planteamiento realista sobre las posibilidades de la sociedad futura.

### 2.3.2 La sociedad como Sistema Dinámico Complejo

Las fronteras entre las utopías como desiderata del futuro y como nuevos proyectos históricos *viabiles*, se están aclarando. Los avances de la ciencia permiten identificar de manera creciente, los potenciales y límites de evolución de las organizaciones sociales. La teoría de los Sistemas Dinámicos Complejos Humanos (SDCH) es uno de estos medios que acercan viejos e interminables debates sobre anarquía y centralismo, vanguardia y mayorías, hegemonía y dominación, al dominio de la discusión racional-científica.

La sociedad como Sistema Dinámico Complejo Humano o Sistema Adaptivo Humano (SAH) puede entenderse de la siguiente manera. Un sistema es un conjunto de partes que cumple con cuatro requisitos: 1. Las partes mantienen determinadas relaciones entre sí; 2. el sistema se distingue del medio circundante, aunque sus límites con este medio no estén bien definidos o sean difusos; en otras palabras, tiene identidad; 3. el sistema realiza determinadas funciones propias del conjunto que las partes por sí solas no pueden realizar; 4. la realización de dichas funciones permite al sistema alcanzar objetivos que son necesarios para su sobrevivencia.

Dinámico es un sistema cuando sus cambios se producen dentro de determinados tiempos. Esos tiempos son definidos por el investigador. La complejidad del sistema se define en función de la mayor o menor diversidad de movimientos que puede realizar. Siguiendo a Friedrich Engels en *La Dialéctica de la Naturaleza*, podemos distinguir en el universo cinco tipos de movimiento o cambio que en orden ascendente de complejidad son: el mecánico, el físico, el químico, el biológico y el social. Los movimientos o cambios más complejos abarcan en sí a los inferiores, pero no son reducibles a ellos. Esa es la razón, por la cual un análisis mecánico o biológico de la sociedad es necesariamente incapaz de entender la lógica del comportamiento social adecuadamente.

Las organizaciones humanas comparten un conjunto de características con los sistemas dinámicos complejos (SDC) de la física y biología. Enumeramos algunas de las más importantes. 1. Son sistemas *abiertos*, es decir, sus relaciones de interacción con el mundo circundante (entorno) son vitales para su sobrevivencia. 2. Tales sistemas *modifican el entorno* en el cual se desarrollan. 3. Todos los sistemas de este tipo cumplen siempre una *determinada función* o pretenden alcanzar determinados objetivos. 4. Para que el SDCH pueda realizar esos objetivos, dispone —cuando se trata de una macrororganización como una sociedad, un Estado, una universidad— de una propiedad, conocida como *autosimilaridad*, que es una similaridad estructural (verticalidad) entre los diferentes niveles de mando. 5. Son sistemas que realizan un intercambio continuo con su entorno a través de flujos de energía, información y sustancias que son transformadas o metabolizadas por el sistema. 6. Estos sistemas disponen de *mecanismos de retroalimentación (feedback)* —en el caso de los SDCH, encuestas de opinión, servicios de inteligencia, medios de comunicación— que informan al centro de control del sistema, por ejemplo, en un Estado al gobierno, si el comportamiento de este se acerca o se aleja de los objetivos propuestos o planeados. 7. Los SDCH tienen una capacidad de *aprendizaje* en la cual influyen determinados factores: a) la calidad de los subsistemas de detección (sensores) de cambios; b) la calidad de procesamiento de la información; c) la velocidad con que es capaz de reorganizarse frente a esos cambios, contra las inercias del *status quo*; d) el tamaño absoluto de la población que conforma el sistema; por ejemplo, la sobrevivencia de una población frente a una enfermedad o una guerra, depende de manera considerable de este tamaño absoluto; e) la existencia e incidencia de una memoria histórica o social o, también, identidad. 8. Los SDCH están formados por otros sistemas que podemos llamar subsistemas, que a su vez, están formados por otros subsistemas que generalmente forman una *jerarquía de sistemas*.

Para entender el desarrollo posible de una sociedad hay que tomar en cuenta, además de las características mencionadas, dos propiedades de su entorno. La primera se refiere a que el comportamiento del medio ambiente es en parte previsible, y en parte, imprevisible. La segunda se refiere a que el medio ambiente puede ser benéfico (tierra fértil), coexistible (tierra semi-árida), hostil (desierto) o antagónico (montaña por encima de los seis mil metros de altura), para la existencia y sobrevivencia del sistema. Esas características obligan al SDCH a organizarse de

manera que refleje en sí ambos elementos. Su estructura y sus funcionamientos internos deben contener por lo menos dos partes: una que refleje y responda a lo previsible, planificable, controlable del entorno; y otra que refleje y tenga la capacidad de elaborar respuestas adaptativas no previstas al comportamiento aleatorio del entorno.

A la parte que responde por lo previsible la podemos llamar *zona de dirección* (ZD); esa parte es la encargada de mantener la constancia en el alcance de los objetivos y en el cumplimiento de las funciones respectivas, entre ellas, el mantenimiento de su identidad. La zona de dirección garantiza la coordinación de todos los esfuerzos del sistema en aras de alcanzar los tres elementos mencionados. A la parte del sistema que refleja lo imprevisible, la llamamos *zona de creatividad o de permisibilidad*. En esta zona deben estarse probando (creando), de forma permanente, las posibles soluciones virtuales a los cambios aleatorios y caóticos del entorno. La zona de creatividad debe ser concebida de tal manera que las pruebas o experimentos de estrategias virtuales se realicen de forma no planificada ni organizada por la zona de dirección. Esta debe proporcionar sólo los insumos y la infraestructura básica de la zona de creatividad. En la zona de creatividad, la libertad para la reflexión tiene que ser lo más amplia posible. Un sistema empírico que se asemeja a este modelo, son las áreas de investigación básica dentro del sistema general de la ciencia. A Albert Einstein nadie le ordenó, ni controló, ni podría haberle prescrito las investigaciones que lo llevaron a la revolucionaria teoría de la relatividad. La sistemática, pero libre creación y selección investigativa es una condición esencial de esta zona sistémica.

La relación entre las dos zonas y en su interacción con el entorno, y la mayor o menor fuerza relativa de cada zona, dependen al menos de cuatro factores. 1. De la naturaleza del propio sistema (de sus objetivos y funciones). Una entidad militar, comparada con un instituto de investigación científica, muestra una preeminencia marcada de la zona de dirección sobre la de creatividad. 2. Del momento concreto de desarrollo del sistema. Cualquiera de estos sistemas pasa por diferentes etapas de evolución, incluyendo crisis, reestructuraciones, colapsos parciales, etc., que inciden sobre las proporciones y dinámicas entre la *zona de dirección* y la de *creatividad*. Por ejemplo, el sufragio en la democracia burguesa ha ido pasando por diferentes etapas históricas, ampliándose lentamente desde 1776-1789, hasta llegar después de 1945, en la mayoría de los países, al sufragio universal. 3. De la relación que, en el momento en cuestión, tienen en el entorno lo previsible y lo imprevisible. Se puede suponer que cualquiera de los SDCH organice su estructura según el estado en que se encuentre su entorno: de guerra o paz, revolución social, coyuntura o depresión económica, etcétera. Mientras más rápido e inesperadamente cambia el entorno, tanto más flexible y creativa tiene que ser la organización sociopolítica. 4. De las cuatro características del entorno ya mencionados.

Existe, sin embargo, una diferencia fundamental entre los sistemas sociales humanos y los SDC: su elemento básico, el ser humano, le proporciona a la sociedad un elemento de cambio y evolución que no se encuentra en otros sistemas conocidos. Debido a la capacidad racional y autonomía del *homo sapiens*, este puede tener intereses, objetivos y valores propios que no coincidan con los de la organización a la que pertenece; un fenómeno que sería impensable en una sociedad animal como un hormiguero o una colmena. La cohesión y viabilidad de una organización social humana depende, por lo tanto, a mediano plazo, de la colaboración y aceptación de una parte sustancial de los ciudadanos. Esta, a su vez, es esencialmente una función de la calidad de vida que el sistema logra proporcionar a sus miembros, es decir, del cumplimiento de la “tarea de producción y distribución” de la clase dominante. En la actualidad, el incumplimiento de esta tarea es el problema fundamental de gobernabilidad de la burguesía global.

### 2.3.3 La productividad del trabajo

La línea divisoria entre un proyecto histórico utópico y un proyecto histórico viable, es trazada por las condiciones objetivas; en particular, el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. La base tecnológica alcanzada determina no sólo las relaciones económicas posibles, sino también el tipo de régimen político y el grado de cultura que son factibles para una sociedad. Hay una sinergia o simultaneidad en este fenómeno que une a las tres esferas: cuando la tecnología productiva alcanza su punto de viraje libertador en la evolución económica del género —reduciendo el trabajo necesario (para la reproducción humana) a una jornada mínima— entonces ha desarrollado también ya las tecnologías necesarias para la democracia participativa y la cultura generalizada. El *reino de la libertad* sólo puede iniciarse simultáneamente, no de manera fraccionada. No puede haber reino de la libertad en la política o cultura, mientras *el reino de la necesidad* impere en la economía. Hoy día, esa condición objetiva, se ha cumplido.

Las tecnologías productivas desarrolladas a raíz de las últimas revoluciones científicas —sobre todo en la microelectrónica, donde se ha construido la primera computadora cuántica basada en la manipulación de átomos singulares; en la microbiología donde la cada vez mayor capacidad de diseño molecular hace retocer las fronteras naturales limitantes de los sistemas biológicos y en la nanotecnología— han aumentado a tal grado la productividad del trabajo humano que se puede: a) garantizar la satisfacción de las necesidades básicas humanas para todos los miembros de la sociedad global y, b) reducir, simultáneamente, la jornada de trabajo necesario a un nivel que hace posible que todos los ciudadanos participen en los asuntos públicos de sus sociedades respectivas.

Durante toda su historia, el ser humano ha vivido en extrema dependencia de la naturaleza. Por primera vez, la escasez y precariedad de esta relación ha sido superada. La liberación del hambre es ya, en el nivel de las fuerzas productivas, un hecho. Pero, mientras este hecho no se traduzca en el nivel de las relaciones de producción y del poder político, el ciudadano del pueblo no se beneficiará de él. La burguesía realizó el primer paso de la emancipación objetiva con el desarrollo de la tecnología productiva; el segundo se hará sin ella.

## 2.4 El “genoma” de la historia

Un análisis científico de la historia humana deja claro sus principales líneas de evolución: de lo sencillo hacia lo complejo; de lo aislado hacia lo integrado; de la dependencia natural al relativo control de la naturaleza y, en lo social, de la libertad restringida hacia la autodeterminación.

En el plano económico observamos un vertiginoso aumento de la productividad laboral, causado por el avance de la tecnología. Desde la existencia arcaica de recolectores y cazadores paleolíticos, vía las primeras culturas sedentarias con herramientas primitivas, hasta la revolución agraria-industrial y la producción robotizada contemporánea, este proceso ha reducido el trabajo necesario de tal magnitud, que la jornada laboral en varios países ya es de sólo 37 horas semanales, con un estándar de vida adecuado. Esta tendencia seguirá vigente por el desarrollo científico-técnico, y con una organización racional del trabajo en una economía de equivalencias democráticamente planificada, se podría disminuir ya la jornada necesaria a alrededor de 25 horas de trabajo.

El desarrollo político muestra la misma dinámica hacia mayores grados de libertad, que notamos en la tecnología productiva. De la coexistencia de múltiples formas de convivencia política nacieron las primeras sociedades de clase, dirigidas por Estados despóticos, alrededor de cinco mil años antes de nuestra era, en distintas regiones de la Tierra. Cerca del siglo XV aparecieron en Europa las monarquías absolutas. Estas se convirtieron en monarquías relativas o constitucionales que, a su vez, con la toma del poder de las burguesías, a partir del siglo XVIII, se transformaron en democracias formales. Al coincidir este desarrollo político (e industrial) regional con la

uropeización del mundo, la democracia formal se volvió el tipo de Estado dominante en el mundo. En la actualidad, este paradigma está en transición hacia la democracia participativa.

La evolución de la ciencia muestra el mismo rumbo: de muy modestos inicios en la astronomía y en la geometría hace varios miles de años, dio el salto cualitativo hacia la ciencia moderna con Newton, hace apenas tres siglos. Desde entonces ha multiplicado su poder explicativo al grado de ser capaz de resolver los grandes problemas de la humanidad y liberar al sujeto de los fantasmas de la superstición, del pensamiento mágico y de las falacias del sentido común.

Con la constitución de la física cuántica la ciencia dio un nuevo paso hacia la liberación del ser humano. La certeza de la geometría griega, que en cierto sentido se prolongó en el determinismo de la física clásica, “evoluciona” hacia las relaciones de probabilidad y causalidad estadística, y la lógica bivalente de Aristóteles se ve reducida a un caso particular de la lógica polivalente o dialéctica. Estos desarrollos tienden a sustituir la visión binaria (bueno-malo) del mundo por una cosmovisión plural que se ve reforzada por los nuevos conocimientos de la biología molecular que demuestran que no hay diferencias genéticas significativas entre los miembros de la especie humana. Es decir, que las desigualdades entre el veinte por ciento privilegiado de la sociedad global y el restante ochenta por ciento, no son resultado de sustratos genéticos desiguales entre europeos, africanos, asiáticos y latinoamericanos, sino de las estructuras explotativas impuestas a la humanidad.

Los derechos humanos son otro ejemplo de la dirección evolutiva del género. Durante miles de años no representaron papel alguno en las sociedades de clase. Cuando entraron en la escena histórica, aparecieron como derechos formales individuales que limitaron el poder del Estado. Después se extendieron hacia los derechos colectivos y, hoy día, abarcan una tercera dimensión: los derechos sociales. De un carácter negativo, limitante del poder dominante, han metamorfoseado hacia un carácter positivo y participativo frente a todos los aspectos de la sociedad.

Podríamos seguir este análisis sobre las tendencias objetivas del sistema global, en el derecho; en la ética donde la evolución avanza desde la ética formal de valores hacia la ética material; en el socialismo que ha evolucionado desde el socialismo utópico hacia el socialismo temprano, el socialismo científico, el socialismo “realmente existente”, y en la actualidad hasta el socialismo de la democracia participativa; pero el resultado sería igual al que Immanuel Kant descubrió en su reflexión sobre la sociedad mundial “con intención ciudadana”, hace doscientos cincuenta años; que Hegel sistematizó hace doscientos años en su filosofía de la historia universal; y que Marx y Engels fundamentaron científicamente hace ciento cincuenta años: el “genoma” de la historia está programado para el *reino de la libertad*.

### 3. El proyecto histórico de Marx: Democracia participativa (socialismo), siglo XIX

#### 3.1 Los proyectos históricos: motor de la historia

El concepto más importante de este trabajo es el concepto *Proyecto Histórico*. Es una categoría no utilizada en las ciencias sociales ni tampoco por Marx y Engels, pero útil para describir el modelo de explotación, dominación y enajenación que caracteriza la praxis de una clase dominante. Abarca las cuatro relaciones sociales básicas del ser humano: la económica, la política, la cultural y la militar o, expresado en términos del socialismo histórico, las fuerzas productivas, las relaciones de producción y las superestructuras políticas y no-políticas.

No puede haber clase dominante sin Proyecto Histórico (PH) y, en este sentido, podemos hablar de los Proyectos Históricos de los esclavistas romanos, de los señores feudales, de los capitalistas y de los socialistas. El concepto es semejante al de “formación socioeconómica” de Marx, pero expresa con mayor énfasis el hecho de que la historia se hace en configuraciones concretas promovidas por los sujetos sociales dominantes, ante las cuales los actores sociales dominados reaccionan.

La razón de ser de un Proyecto Histórico es la lucha por la apropiación del plusproducto. Esta lucha se lleva a cabo no sólo entre dos clases, sino entre Bloques Históricos (BH) de distintas fuerzas sociales, nucleadas en torno a los principales protagonistas de ambos lados.

Generalmente, un PH engloba cuatro elementos centrales, que se dan a conocer en uno o varios documentos o manifiestos constitutivos: 1. El programa o contenido del cambio. 2. Los sujetos de cambio. 3. Los tiempos de transformación. 4. Las formas o métodos de lucha. La sociedad global ha agregado, además, un aspecto transversal a los cuatro elementos, en el sentido de que todos tienen que concebirse en su dimensión nacional, regional y global.

El carácter de clase o grado de humanismo democrático de esos proyectos puede medirse por su posición frente a los tres grandes obstáculos estructurales de la democracia participativa: la explotación, la dominación y la enajenación entre las grandes interacciones del ser humano: 1. Con el otro, como ser económico (problema de clase); 2. Con la naturaleza (problema ecológico); 3. Con la mujer (problema de sexismo) y, 4. Con otros grupos étnicos (problema de racismo).

Para conocer las posibilidades que tiene el Nuevo Proyecto Histórico de posicionarse ante esos obstáculos estructurales, usamos una matriz y a cada una de ellas asignamos los valores “sí” o “no”.

Los resultados son evidentes. De ocho combinaciones posibles, sólo tres lo son en términos reales. De esas tres, la del capitalismo no requiere discusión porque sería incompatible con una democracia real participativa. El capitalismo funciona en muchos tipos de sociedades represivas, pero es antagónico a la democracia real. El socialismo realmente existente redujo considerablemente la explotación económica, mas no la dominación (verticalidad) sociopolítica ni la alienación, lo que disminuyó enormemente su atractivo democrático para las sociedades avanzadas.



Los tres obstáculos estructurales de la sociedad democrática mundial			
Explotación	Dominación	Enajenación	
Sí	Sí	Sí	Capitalismo
No	Sí	Sí	Socialismo
No	No	Sí	Irreal
Sí	Sí	No	Irreal
Sí	No	No	Irreal
Sí	No	Sí	Irreal
No	Sí	No	Irreal
No	No	No	Democracia real

La última opción, *democracia real*, representa los contenidos que definen al Nuevo Proyecto Histórico en sus objetivos estratégicos y le dan su identidad propia: una sociedad sin capitalismo ni mercado, sin Estado como instrumento de represión y sin enajenación. Decir que estos son los objetivos estratégicos, significa que su *plena* realización se alcanzará con la superación definitiva de la sociedad de clase.

Los documentos constitutivos de los Proyectos Históricos tienen la función política (ideológica) de dar a conocer a las diferentes clases y actores sociales la nueva concepción del mundo; en este caso, la concepción de la sociedad global postburguesa. Un Nuevo Proyecto Histórico es, por lo tanto, un medio de concientización que genera claridad de pensamiento frente a los mitos dominantes y permite la constitución del sujeto de cambio. De ahí que cada cambio de época en la historia moderna fue precedido (necesariamente) por documentos o manifiestos programáticos que unificaron las diversas fuerzas sociales en pos de objetivos comunes: las tesis de Lutero en 1517, las declaraciones sobre Derechos Humanos en Estados Unidos (1776) y Francia (1789), fueron documentos programáticos de la burguesía; el *Manifiesto Comunista* fue la bandera del movimiento socialista histórico. Los documentos constitutivos del Nuevo Proyecto Histórico cumplirán con la misma función.

### 3.2 Bases teóricas del proyecto de Marx

El problema de toda teoría científica sobre las sociedades consiste en entender (y, si es posible, medir) la dinámica de interacción entre la lógica del sistema y la lógica de los sujetos sociales, porque la dialéctica entre ambos elementos y su relativa fuerza determina la evolución concreta de una sociedad: sus posibilidades objetivas de desarrollo y las posibilidades de la praxis consciente del ser humano. Esa dialéctica y correlación de fuerzas tienen que entenderse hoy día nacional, regional y globalmente.

La primera teoría científica de la sociedad, que parte de esas premisas teóricas, es la de Marx y Engels. Con anterioridad, Adam Smith había elaborado una teoría sistemática sobre la dinámica de la sociedad capitalista, basada en la economía nacional de mercado y la democracia formal: un modelo cibernético —el mercado como *invisible hand*— propulsado por el egoísmo de los agentes económicos. La deficiencia principal de esta primera aproximación a la lógica del

desarrollo burgués radica, en que la mediación entre la lógica del sistema y de la actividad humana es trunca. De hecho, el sujeto económico individual no es más —ni debe serlo— que una función dependiente de la lógica del mercado. La praxis humana, como capacidad consciente de construcción de un orden social justo no existe, como tampoco existe hoy día en el neoliberalismo.

Marx y Engels son los primeros en lograr un enfoque metodológico que resuelve el problema. Es este uno de tantos aspectos, en los cuales la teoría de Marx-Engels es superior a cualquier otra teoría desarrollada posteriormente en las ciencias sociales, que por lo general, siguen siendo unilaterales. O sobredeterminan la influencia del sistema (la lógica sistémica), terminando en el mecanicismo o estructuralismo; o sobredeterminan la capacidad de incidencia del sujeto (lógica individual) y quedan en el voluntarismo o psicologismo. Por esa razón, el Nuevo Proyecto Histórico parte de la primera teoría explicativa de la sociedad.

La filosofía de la praxis de Marx y Engels inicia con el análisis del comportamiento social en la sociedad burguesa. Pretenden entender la miseria de las mayorías del capitalismo temprano, y sus formas de lucha, con el fin práctico de acabar con el sistema. Engels explica tal motivación en *La Situación de la clase obrera en Inglaterra* (1844-1845), diciendo que el conocimiento de las condiciones del proletariado es “una necesidad indispensable, para dar a las teorías socialistas [...], y a los juicios sobre su legitimidad [...], una base estable, para poner fin a todos los sueños y fantasías *pro et contra*”. Se trataba de una necesidad teórica-política porque el socialismo y comunismo alemán habían nacido, más que nada, de “hipótesis teóricas” a través de la “disolución de la especulación hegeliana”, cumplida por el filósofo alemán Feuerbach.

Marx, a su vez, avanza en los *Manuscritos filosóficos-económicos* (París, 1844) hacia lo que llamaría después, “la sociedad con carácter humano” o la “humanidad social” (10ª tesis sobre Feuerbach). La filosofía hegeliana proporciona el concepto teórico clave: “enajenación” o “alienación”. Se refiere a la diferencia entre lo que debería ser el sujeto social según la filosofía política burguesa —un ente consciente, ético y racional— y lo que es. La causa estructural de la enajenación son las relaciones mercantiles que dominan la sociedad burguesa (su carácter de fetiche), pero existe también un componente deliberado: la manipulación mediante las religiones, por la ignorancia, por la falta de participación democrática y cultural, por los aparatos ideológicos del sistema, etcétera.

Los sujetos sociales, tanto individuales como colectivos (clases, sindicatos, partidos, etc.), muestran diferentes grados de enajenación o deformación frente a lo que —según su situación objetiva— debería ser su identidad o conciencia. La praxis, como medio libertador, tiene que romper las camisas de fuerza de la enajenación y permitir que cada persona se realice según sus potencialidades. Esa praxis emancipadora requiere, por una parte, de la construcción de una conciencia histórica y de clase adecuada, guiada por un programa histórico y, por otra, de un sujeto colectivo, porque es obvio que, ante el poder de la sociedad y el Estado, las personas individuales no pueden remediar las causas de su enajenación. Ambas tareas se cumplen en febrero de 1848 con la aparición del *Manifiesto del Partido Comunista* que da a conocer el Nuevo Proyecto Histórico de las mayorías industriales, con su núcleo transformador, el proletariado. Considerar al proletariado como única clase capaz de llevar a cabo la emancipación, no es resultado de un dogmatismo o romanticismo de Marx y Engels, sino la conclusión correcta de un análisis científico sobre la estructura de clase de la sociedad burguesa, en su tiempo.

Si interpretamos ese sujeto de cambio como lo hicieron Marx y Engels, su determinación sigue vigente. Sólo una clase con “cadenas radicales”, una clase que “es la disolución de todas las clases, una esfera de la sociedad que tiene un carácter universal”, podía lograr la emancipación. La universalidad del sufrimiento del proletariado —que abarca dentro de sí el sufrimiento de todos los demás actores sociales oprimidos— genera la universalidad de su proyecto histórico de emancipación.

El análisis detallado de la lógica del sistema que enajena y destruye a los ciudadanos, se desarrolla con profundidad en *El Capital*, una década después del *Manifiesto*, en el exilio en Londres. En esos trabajos, los autores entienden que la dinámica decisiva del sistema burgués puede

entenderse adecuadamente a través del concepto de valor. El valor es para la sociedad burguesa lo que es el genoma para el ser humano: la variable estratégica que determina las posibilidades de actuación y de evolución del sistema. Diferenciado primero en valor de uso y valor de cambio, después en valor y plusvalor, Marx y Engels descubren el secreto de la explotación burguesa. El capitalista compra la fuerza de trabajo para jornadas fijas, digamos ocho horas; pero el valor que necesita generar para “amortizar” el salario de esa jornada, lo produce en una fracción de la jornada, supongamos, en seis horas. Las dos horas restantes generan el plusvalor —es decir, el excedente sobre el salario— con el que se queda el capitalista.

Con este descubrimiento, los dos científicos revelan no sólo el misterio de la explotación capitalista —negada por los científicos de su tiempo con el argumento, de que el salario se acordaba de mutuo consentimiento, sin coacción, entre trabajador y empresario— sino de todas las sociedades de clase: el plustrabajo, que se puede expresar con términos de tiempo, como plusvalor; en términos materiales como plusproducto o en términos monetarios, y guardando las diferencias, como ganancia. La dinámica de evolución de la sociedad humana está determinada por la lucha social en torno a la apropiación del plustrabajo, o su manifestación como plusproducto o plusvalor. Mientras que los trabajadores directos, cuyo único medio de producción es su fuerza de trabajo, procuran expandir su participación en el plusproducto, es decir, aumentar su calidad de vida con mejores remuneraciones u otras formas de participación, si es necesario mediante huelgas y otras formas de lucha; los dueños del poder económico (señores feudales, esclavistas, capitalistas) tratan de reducir la participación de los trabajadores directos en el excedente económico; si es necesario, mediante la represión militar.

Este descubrimiento trascendental de Marx y Engels que los pone a la altura de los grandes científicos universales, como Newton y Darwin, se produjo apenas en los años cincuenta del siglo XIX. Eso explica, por qué el *Manifiesto* inicia con la celebre frase, “La historia (escrita - F. Engels) de toda sociedad hasta el presente ha sido una historia de lucha de clases”. Esta es una *descripción* correcta de la dinámica social de la humanidad durante los últimos cinco mil años. Los actores de esta lucha épica son revelados, no así el objeto o botín de sus luchas que es el plustrabajo, plusproducto o plusvalor. Esa ulterior *explicación* de causa-efecto la proporcionan Marx y Engels después de entender a fondo la lógica de la evolución humana durante los últimos cinco milenios.

Para el capitalista concreto, la fuerza determinante del plusvalor se revela a través de la ley del valor y de la tasa de ganancia. La ley del valor y la tasa de ganancia media son los parámetros que definen la actuación de los capitalistas y, en última instancia, la de todas las clases. Esos parámetros son fuerzas objetivas para cada agente individual de la economía. Quién no se somete a ellos es destruido por ellos. Su acatamiento es, semejante al caso de las leyes de la naturaleza, precondition de la sobrevivencia del individuo. Pero a diferencia de la lógica de la naturaleza, la lógica del sistema puede ser negada por un colectivo lo suficientemente fuerte para sustituirla con la de otro sistema, tal como sucedió en 1917 en la URSS.

La diferencia fundamental entre los sistemas sociales y naturales es que los primeros son más accesibles a la intervención humana. Es decir, la lógica del sistema sobre sus miembros no se realiza de manera absoluta, como, por ejemplo, en el sistema solar o un hormiguero, sino en forma mediada, a través del software cultural o la identidad de los sujetos sociales. La lógica del sistema es *interpretada* por los sujetos y la calidad de esta interpretación, junto con otras condiciones concretas, deciden si ejecutan la lógica sistémica por completo, en parte o si actúan en su contra. Su praxis es, por lo tanto, el resultado de ambos factores: lógica sistémica y lógica de la personalidad propia.

Querer cambiar la lógica del sistema presupone, por lo tanto, que el sujeto tenga o adquiera un *software* cultural (conciencia) que le permite: a) entender claramente la lógica del sistema en sus aspectos principales; b) su propia identidad y, c) las perspectivas de cambio que son objetivamente viables.

Marx y Engels dedicaron toda su vida a la creación de esta conciencia de clase y a la organización política-sindical de los actores de cambio. Explicaron y combatieron el efecto de

socialización enajenante del trabajo fabril, por una parte, y el impacto de la deformación ideológica deliberada a través de los aparatos ideológicos del sistema, como la iglesia, la escuela, los medios de comunicación, por otra. La superación de ambos tipos de enajenación en los sujetos era un medio; el fin consistía en la acumulación de fuerzas, capaces de producir el cambio radical deseado.

### 3.3 Imposibilidad histórica del proyecto

Sin embargo, no pudieron hacer lo mismo con el segundo polo del problema: la lógica de la economía de mercado. No dejaron un programa concreto de una economía socialista, por la simple razón, de que ni el conocimiento científico ni el avance de las fuerzas productivas lo permitieron. La teoría del valor, que es la esencia de la economía política de Marx y Engels, había determinado correctamente, siguiendo a Ricardo, el valor objetivo del producto en la cantidad promedia de trabajo abstracto, invertido en la producción de una mercancía. Pero no existieron las computadoras ni la matemática avanzada para calcular en la práctica el valor de un producto. El teorema vital de una economía cualitativamente diferente a la del mercado, no se pudo convertir en la base operativa de una economía real. Es por eso, que todas las economías de los países socialistas se han basado en cálculos de unidades monetarias —generalmente orientados en los precios del mercado mundial— y no en unidades de cantidades de trabajo abstracto. Y, por lo tanto, el intercambio de productos tampoco pudo realizarse en términos de *equi-valencias* —equidad de valores—, sino en términos de *equi-precios* —equidad de precios.

Esa incapacidad objetiva de fundamentar la economía de la nueva sociedad sobre una base cualitativamente diferente a la de la economía nacional de mercado, hizo imposible el salto cuántico del sistema y permitió la involución de la Unión Soviética. Apenas hoy, el problema matemático-operativo se resuelve a través del genio de Arno Peters que tendrá el mérito histórico-científico de haber aportado el eslabón faltante (*missing link*) en la cadena de evolución hacia la sociedad sin clases.

A continuación las reflexiones de Peters sobre esta problemática:

¿Existía una economía equivalente en los países comunistas? [...] Mediante la socialización de los medios de producción fue posible que, como economía dirigida, lograra cubrir las necesidades básicas de la gente. El derecho al trabajo fue garantizado como derecho constitucional. La moderación ocupó el lugar de la insaciabilidad de la economía de mercado. La ganancia perdió su fundamento con la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. La vida de cada individuo alcanzó la garantía existencial y una perspectiva para el futuro. La diferencia de ingresos se redujo de una proporción, de uno a más de un millón, a una proporción de menos de uno a diez. [...] Todos estos fueron enormes avances históricos. ¿Pero será que por eso la economía dirigida comunista ya era equivalente?

Ahí, los precios de los productos no eran equivalentes a su valor; por lo tanto, no estaban fijados por el tiempo laborado, contenido en ellos. Los salarios no equivalían a los valores que los trabajadores habían agregado a los productos. Quiere decir, que la economía en los países comunistas no era equivalente. De este modo, la explotación de los hombres a través de sus prójimos [...], sólo se había erradicado según las categorías de Marx, pero no en la realidad. Para Marx, explotación era “la apropiación gratuita del producto de trabajo ajeno (trabajo excedente) sobre la base de la propiedad privada de los medios de producción”. Pero: si la explotación estuviera sujeta a la propiedad de los medios de producción, entonces, los managers, los médicos-jefes y los directores de banco (como no-propietarios de medios de producción, que sólo viven a base de la venta de su fuerza laboral), formarían parte de los explotados; por el contrario, los campesinos y albañiles, como propietarios de sus medios de producción, no serían explotados, y si empleaban a un ayudante o peón por salario, serían explotadores. En los países comunistas, la explotación de los hombres por sus prójimos se había reducido a la diferencia en su nivel de

sueldos. Cabe preguntarse entonces, ¿cuál es la relación entre el salario y el valor proporcionado por el trabajador, es decir, el tiempo laborado?

Ocho años después de la muerte de Ricardo, John Gray amplió la *Doctrina sobre el salario-dinero como realización del derecho al producto íntegro del trabajo*, creada por Robert Owen, hacia un sistema coherente: después de haberse asegurado del tiempo de trabajo empleado, un banco central entrega certificados que se refieren a una hora laborada, un día laborado o una semana laborada, y los cuales tienen validez como orden de pago de un producto que requirió el mismo tiempo de trabajo. Esta equiparación consecuente del valor del producto con el tiempo laborado, contenido en cada producto, deduce de la teoría sobre el valor del trabajo la medida absoluta que Ricardo buscaba. Y también concuerda con la teoría de Smith, quien dijo en su obra principal: “De iguales cantidades de trabajo se puede decir que en todos los tiempos y todos los lugares, siempre son del mismo valor para el trabajador.”

Sin embargo, 28 años después de Gray, Marx rechazó la absolutización del tiempo laborado como medida del valor, porque no convierte el producto del trabajo en mercancía en el sentido de la economía de mercado. Al principio, Marx comparó el tiempo de trabajo individual con el tiempo de trabajo socialmente necesario, quiere decir, el tiempo “para producir algún valor útil dentro de las condiciones de producción sociales existentes y con el promedio social de habilidad e intensidad del trabajo”. Sólo esto ya incluye una relativización del tiempo real laborado, la cual ahora ya no es la medida de valor directa objetiva. Para Marx, el trabajo humano es el “gasto de una fuerza de trabajo simple..., que en promedio posee todo hombre común..., en su organismo físico. [...] Un trabajo más complicado, sólo es considerado como un trabajo sencillo elevado a una potencia o, más bien, multiplicado, de manera que una cantidad menor de trabajo complicado equivale a una cantidad grande de un trabajo sencillo. La experiencia demuestra que esta reducción sucede constantemente... Las proporciones en las cuales diferentes tipos de trabajo están reducidos a trabajo sencillo como su unidad de medida, son determinadas por un proceso social a espaldas de los productores, por lo cual les parecen ser un resultado de la tradición”.

De esta manera, Marx regresa a Ricardo quien dijo al respecto: “Si yo..., me refiero al trabajo como la base de todo valor, y a la cantidad relativa del trabajo como base determinante del valor relativo de las mercancías, entonces, no se debe suponer que no haya notado que es necesario comparar las diferentes calidades del trabajo y la dificultad entre el trabajo de una hora o de un día en determinada ocupación, y el trabajo de la misma duración en otra. La valoración que se les da a las diferentes calidades de trabajo, pronto se producirá en el mercado con una precisión satisfactoria para todos los fines prácticos. En esto, mucho depende de la habilidad del trabajador y de la intensidad del trabajo realizado. Una vez creada la escala, sólo sufrirá cambios mínimos.”

Sin embargo, esta *escala* (como el resultado determinado mediante un proceso social, según Marx) no es otra cosa que el “salario natural” que se ha formado “en el mercado”. Esto quiere decir que Smith, Ricardo y Marx no determinaron el precio de mercado de los bienes conforme a su valor expresado en tiempo laborado (o, ni siquiera lo midieron con él), sino señalaron el valor de los bienes como un resultado del tiempo laborado, en relación con los salarios vigentes en el mercado, y presentaron el resto que sobraba con este método, como renta y ganancia. De este modo, se había llegado a la más alta dimensión de la consecuencia teórica sobre el valor del trabajo, la cual era compatible con la continuación práctica de la economía de mercado no-equivalente y que también seguía practicándose en forma menos rigurosa en la economía planificada comunista.

### **3.4 Estancamiento teórico del proyecto**

Si se analiza el destino del socialismo teórico clásico de Marx y Engels con relación a otros grandes paradigmas de la ciencia, llama la atención que el primero no tuvo un desarrollo científico comparable al de los paradigmas de la física o la biología.

El socialismo teórico clásico (Marx/Engels), la biología teórica clásica (Darwin) y la física teórica clásica (Newton), tienen orígenes comunes en la epistemología científica de los siglos XVIII y XIX; sin embargo, su evolución posterior es muy diferente. Mientras los modelos de Darwin y Newton se convierten en fundamentos de una física y biología teórica constantemente renovada – que se profundiza y potencia cualitativamente en el siglo XX con el desarrollo de la teoría de la relatividad, la física cuántica y la biología molecular, entre otros– no sucede lo mismo con la obra de Marx y Engels.

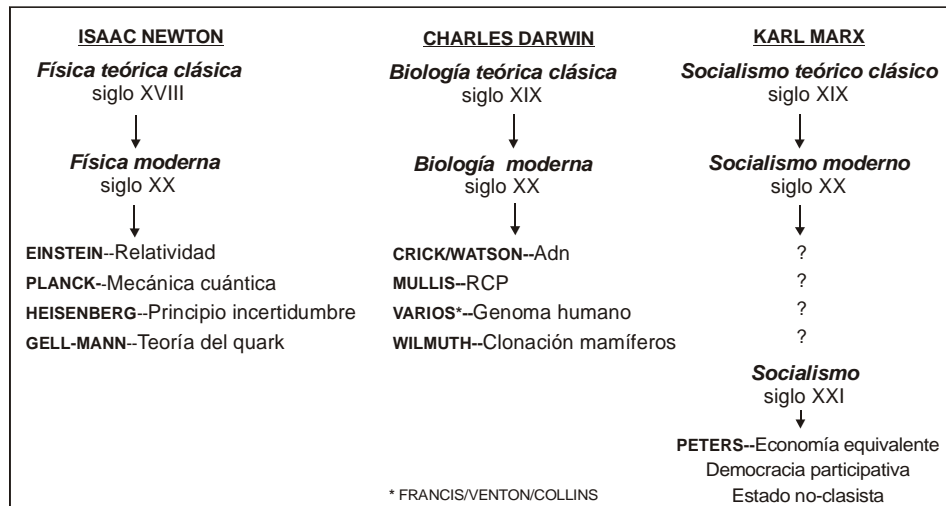
Ilustraremos este hecho con la evolución de la física. Las leyes encontradas por Newton explican, en esencia, determinados movimientos mecánicos de los sistemas naturales. Cuando se trata de interpretar movimientos o realidades más complejos, por ejemplo, los termodinámicos o electrodinámicos, se requieren nuevos paradigmas de interpretación. Algunos de esos paradigmas o teorías fueron desarrollados por Albert Einstein en las teorías de la relatividad; por Werner Heisenberg y Max Planck en la física cuántica y Murray Gell-Mann en la teoría de los quarks.

Si se busca una explicación para este extraordinario avance de la física teórica –que abrió nuevas dimensiones de la realidad al conocimiento objetivo y al dominio humano– la respuesta es sorprendente: se debe a una interacción dialéctica (influencia mutua) entre: la física experimental, la física teórica, la matemática pura y la lógica. Es la constante interacción entre el conocimiento empírico (experimental), el razonamiento sintético (teórica) y los sistemas abstractos de la matemática pura y la lógica que ha permitido la vertiginosa evolución de la física, desde Newton hasta la actualidad.

Lamentablemente, no se produjo la misma evolución en el paradigma de Marx y Engels. Vladimir I. Lenin, Rosa Luxemburgo, Antonio Gramsci y otros próceres dedicaron su vida a la implementación de la teoría clásica del socialismo en la práctica, haciendo la revolución contra el capital y defendiéndola. En esa lucha aportaron aspectos importantes que enriquecieron al socialismo teórico clásico: por una parte, porque se enfrentan a realidades determinantes que no existían aún en tiempos de Marx (por ejemplo, el capitalismo monopolístico) y, por otra, porque la misma realización práctica del paradigma genera realidades que exigen nuevos planteamientos teóricos.

Sin embargo, esas aportaciones inspiradas y forzadas por las necesidades de la práctica, no le proporcionan a la teoría del socialismo revolucionario nuevas fuerzas teóricas, que fuesen comparables a las de los nuevos paradigmas de la física. Tenemos, en consecuencia, una especie de socialismo experimental o aplicado, pero no el socialismo teórico ni su “matemática” y lógica pura. En consecuencia, carecemos de una teoría socialista para el siglo XXI que pueda guiar las luchas de transición hacia el triunfo de las mayorías.

¿Quiere decir esto, que lo que Marx, Engels, Lenin y otros socialistas desarrollaron, es obsoleto para la actualidad? ¿Que ya no puede aportar nada su obra? No, por supuesto que no. Sería como afirmar que Newton es obsoleto, porque existe Einstein. Para determinadas tareas de la realidad, las enseñanzas de estos próceres revolucionarios siguen siendo vigentes; pero, para otras nos faltan los Einstein, Planck, Heisenberg y Gell-Mann del socialismo teórico.



## 4. El nuevo proyecto histórico: Democracia participativa (socialismo), siglo XXI

### 4.1 La economía planificada de equivalencias

La economía de mercado (crematística) no es capaz de satisfacer adecuadamente las necesidades socioeconómicas y ecológicas de un conjunto mundial de casi siete mil millones de personas, debido a cinco limitaciones *sistémicas*. En primer lugar, se trata de un sistema *inestable*, porque carece de un mecanismo macrosocial de coordinación de sus variables estratégicas (inversión y consumo). Esa “anarquía de la producción capitalista” (Marx), que resulta de la contradicción entre el carácter social de la producción y su apropiación privada, hace inevitable las recurrentes crisis del sistema. En segundo lugar, se trata de un sistema *asimétrico*, es decir, la crematística produce inevitablemente la concentración y centralización del capital y de la riqueza social, en pocas manos; y los correctivos de la democracia política burguesa no tienen la fuerza necesaria para corregirla. En tercer lugar, la lógica de evolución de la economía global es mercantil-*nacionalista*. Los elementos dinámicos en ella son las empresas transnacionales que se encuentran, por lo general, en propiedad

de las elites económicas de su país de origen y que requieren de la protección política-militar de sus Estados nacionales para llevar a cabo sus funciones globales. En cuarto lugar, las transnacionales son excluyentes, no sólo frente a otras empresas, sino sobre todo, frente a los ciudadanos de la sociedad global que no tienen ninguna incidencia sobre sus decisiones. Ese carácter antidemocrático explica, por qué los resultados de la economía mundial no están en concordancia con las necesidades de la población mundial. Por último, la universalización del actual modelo y nivel de consumo del Primer Mundo es ecológicamente imposible. Sin embargo, las elites globales no disponen de una alternativa más racional para las mayorías; no pueden dejar la crematística para regresar a la economía.

Resumiendo, en un lenguaje clásico, la inviabilidad estructural de la economía nacional de mercado, podemos decir que la ley del valor, implementada a través de las elites nacionales dominantes, es incompatible con una sociedad global democrática, equitativa y sustentable.

Este tipo de economía, coordinada de manera inestable, antidemocrática y depredadora por “el mercado”, será sustituida por la economía democráticamente planificada. Que la nueva economía de equivalencias sea planificada, no debe asustar a nadie. No ha habido en la historia una economía no-planificada. El hombre no tiene la opción entre planificación o no-planificación de su sistema material de reproducción, sino solamente entre diferentes tipos y colectivos humanos de planificación. En el socialismo realmente existente, la planificación fue tarea de algunos miles de funcionarios y especialistas del Estado y del partido en el poder; en el capitalismo global son algunos miles de grandes capitalistas transnacionales y funcionarios políticos profesionales. En ambos casos, no hay incidencia democrática real de la población sobre las decisiones que afectan el sustrato material de su vida: ni de los trabajadores directos ni de los ciudadanos en general. Los planes de inversión de la empresa, al igual que los presupuestos del Estado, están fuera de la soberanía del pueblo. Esto es un anacronismo, porque las redes de información y comunicación electrónica, permiten extender ya la democracia participativa a la esfera económica.

Arno Peters es quién más ha ampliado nuestro conocimiento sobre el regreso a la economía equivalente basada en la lógica del valor de uso:

«Los países comunistas, igual que los capitalistas [...] sólo pueden realizar históricamente el regreso a la economía equivalente a un nivel superior, si *combinan la teoría sobre el valor del trabajo con el principio de la equivalencia*. Entonces, el salario equivaldrá al tiempo de trabajo invertido, independientemente de la edad, del sexo, del estado civil, del color de la piel, de la nacionalidad, del tipo de trabajo, del esfuerzo físico, de la preparación escolar, del desgaste, de la habilidad, de la experiencia profesional, de la entrega personal al trabajo; independientemente también, de la pesadez del trabajo y de los peligros que implique para la salud. En pocas palabras: el salario equivale *directa y absolutamente* al tiempo laborado. Los precios equivalen a los valores, y no contienen otra cosa que no sea la absoluta equivalencia del trabajo incorporado en los bienes. De esta manera se cierra el circuito de la economía en valores, que sustituye a la de precios. Se acabó la explotación de los hombres por sus prójimos, es decir, la apropiación de los productos del trabajo de otros, por encima del valor del trabajo propio. Cada ser humano recibe el valor completo que él agregó a los bienes o a los servicios.

»Este proceso sencillo, claramente comprensible, que cambia las bases de la economía, está sujeto a algunas condiciones. Habrá que incluir en la teoría sobre el valor del trabajo todas las actividades humanas que trasciendan el autoabastecimiento del individuo. Se trata, ante todo, de actividades que hoy día se reúnen bajo el término “servicios”: el trabajo que realizan los médicos, jueces, enfermeros, mecanógrafos, carteros, abogados, maestros, dirigentes de plantas industriales, operadores de camión, directores, barrenderos, cocineros, ministros, peluqueros, periodistas, tipógrafos; en pocas palabras, todas las actividades cuyos resultados no entran directamente a los bienes.

»Cuando hayamos analizado el tiempo invertido y, en consecuencia, el valor de cada bien, podremos reducirlo a un común denominador con los servicios mediante el cálculo del tiempo



invertido. Esta conmensurabilidad de los servicios con los trabajos de la producción (que sólo se puede lograr deduciendo ambos de la medida de valor objetiva, absoluta), pone a toda la economía bajo un principio uniforme, y su circuito puede cerrarse sobre una base equivalente: una base que siempre empieza con el individuo y concluye con él; una base que en la era de la economía global —que radica en la condición de que cada ser humano tenga la misma categoría, el mismo valor y los mismos derechos— incluye a todo individuo, independientemente del tipo de actividad que realice.

»También las actividades que hoy en día todavía tienen como fin el enriquecimiento personal, tienen que incluirse, en la medida en que la economía las necesite. En esto, el comercio se limita a la distribución de los bienes, su transporte y almacenamiento; estas actividades, como acciones necesarias en un mundo con división del trabajo, se convierten en una parte del valor y tienen que remunerarse como cualquier otro trabajo: conforme al tiempo laborado. Normas similares deben aplicarse a los dueños de empresas que no pertenecen al comercio, sino a la producción. Después de que desaparezca su ganancia, su actividad empresarial —que como cualquier otro trabajo forma parte proporcional de los bienes— debe pagarse de manera equivalente, mientras la economía tenga una estructura jerárquica y, por lo tanto, siga manteniendo una organización militar que requiera de su actividad. En la actualidad, ésta es la situación en casi todos los países.

»Más difícil es, regular el trabajo materializado o acumulado. Al socializarse los medios de producción, este porcentaje del valor que forma parte de cualquier nuevo bien, favorecería a la comunidad representada por el Estado, la cual también está obligada a renovar y modernizar los medios de producción. Si se mantuviera la propiedad privada en los medios de producción, el porcentaje del valor que resulte del trabajo materializado y que se integraría en los bienes, podría seguir siendo parte de los ingresos del empresario. Combinados con la obligación de una completa reinversión, aquí podrían conservarse algunos elementos estructurales de la economía no-equivalente en la transición a la economía equivalente. El suelo y los recursos naturales se convertirían en propiedad común, tal como fue el caso durante la mayor parte de la época de la economía local equivalente. Pero no como en aquel entonces, cuando estaban disponibles ilimitadamente para todo el mundo, como el aire y el agua, sino como un bien valioso controlado por el Estado, cuya conservación y utilización debe tener prioridad para toda la humanidad ante cualquier interés particular.

»Para poder asegurar el derecho a la vivienda y habitación para todos los hombres, la comunidad que está organizada en el Estado, tiene que ordenar el uso del suelo y de los inmuebles conforme a las necesidades generales. Todas las actividades públicas que no crean valores (como la educación, la atención médica, la previsión para el retiro, la jurisprudencia, la administración) podrían pagarse mediante los impuestos conforme al tiempo laborado. La equiparación de los trabajos de la producción con la prestación de servicios, sugiere el uso del mismo nombre para ambas actividades, para lo cual se ofrece la palabra “esfuerzo” (*Leistung*). De esta manera, todo el curso de la economía se reduce a esfuerzos individuales para satisfacer las necesidades generales de la mejor manera posible. El principio de equivalencia queda realizado en todos los niveles por medio de la equivalencia entre esfuerzo y compensación (*Gegenleistung*).

»La transición hacia la economía equivalente es facilitada y activada por la rápida computarización de la economía, administración y vida privada, ya que el entrelazamiento de la producción, la distribución, el consumo y la prestación de servicios puede garantizarse por medio de la computadora: la averiguación mundial de las necesidades (inclusive las prioridades de estas necesidades), la dirección de la producción (inclusive la construcción de nuevas plantas de producción), y la distribución de los bienes y servicios, podrían ser manejadas por computadoras desde ahora mismo. El inventor de la computadora, el profesor Konrad Zuse, llamó “socialismo computarizado” a este orden económico, cuando combina el principio de la equivalencia con la teoría sobre el valor del trabajo.

»La acumulación de la riqueza y la acumulación de la pobreza, también en su polarización, son procesos que dependen uno del otro, por lo cual sólo pueden resolverse juntos. Si todas las

mercancías en el mundo se intercambiaran con base en el tiempo laborado contenido en ellas (tal vez tendrían que pagarse sólo siete mil trescientos sacos de café por una locomotora; es decir, tantos como los obreros en Brasil cosechan durante el mismo tiempo que se requiere para construir una locomotora), esta nueva relación de precios entre los productos naturales y los productos industriales, traería consigo la necesaria igualdad de derechos económicos de los pueblos entre sí. Terminaría tanto la sobresaturación en los países industrializados, como el hambre en los países en vías de desarrollo.

»Esta elevación del nivel de vida de los pueblos pobres del mundo, por cuenta de los pueblos ricos de Europa, Norteamérica y Japón; su participación igualitaria en los frutos de la técnica moderna, como estaría relacionada con la realización mundial del principio de la equivalencia, es una consecuencia necesaria del reconocimiento del principio de la igualdad de derechos de todos los pueblos. [...] Sin embargo, como la secular explotación colonial del noventa por ciento del mundo, por parte de los europeos, ha sido la base de la industrialización europea-estadunidense, se ofrece la idea de no aplicar el porcentaje del valor del trabajo materializado por un tiempo transitorio, al intercambiar los bienes equivalentemente en la era de la economía global, sino de aportarlo como un bien común de la humanidad, sin aplicación de valor, como el suelo, las riquezas del subsuelo y los recursos naturales. Esto representaría una reparación histórica de la explotación que los pueblos no-europeos sufrieron por parte de los pueblos dominantes europeos, puesto que no es una coincidencia que la industria moderna partió de aquella Gran Bretaña que fundó su riqueza en la venta de millones de africanos a Norteamérica y después explotó a una cuarta parte del mundo como su territorio colonial. De esta manera, históricamente, los países industrializados europeos son sólo fiduciarios de la industrialización lograda por todos los pueblos del mundo, bajo inmensos sacrificios; y con el intercambio no-equivalente no hacen otra cosa que estafar a los pueblos no-europeos diariamente con la parte que les corresponde históricamente, de la riqueza que se genera hoy día.

»Y deberíamos tener presente lo siguiente: los países no-industrializados de este mundo no están subdesarrollados, sólo se desarrollaron de otra manera que los países industrializados. Por esta razón, hoy en día, rinden menos técnicamente. [...] La industrialización, que pretenden todos los países del mundo con todos los medios disponibles..., es injustificable ecológicamente. Pero, en muchos países sería innecesaria, si su existencia también estuviera asegurada sin la industrialización, dispensable en la estructura económica mundial. De esta manera se podría lograr un reparto natural del trabajo entre los Estados que ya no competirían uno con otro. De manera que, también podrían perder su sentido las revoluciones, que en nuestro siglo se están abriendo paso en forma cada vez más violenta, ya que cualquier revolución tiene como objetivo el mejoramiento de la situación de los pobres, es decir, básicamente el principio de la equivalencia. Si la revolución sólo logra la sustitución de una economía no-equivalente por otra, entonces fracasa. En este sentido, han fracasado todas las revoluciones hasta nuestra época. Desde 1917 se iniciaron una serie de revoluciones que, en principio, se distinguieron de todas las anteriores: tuvieron éxito porque lograron un acercamiento a la equivalencia. Sin embargo, los países comunistas no debieron haber parado en la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. Tenían que realizar el canje de mercancías a su valor real (suma de todo el tiempo laborado contenido en él), y tenían que efectuar la remuneración únicamente conforme a la suma del tiempo de trabajo invertido individualmente; quiere decir, que su economía tenía que hacerse equivalente. Pero ningún país podía lograr esto, si no le seguía el resto del mundo, ya que el principio de la equivalencia a largo plazo sólo puede realizarse a nivel mundial.

»En la era de la economía global, el principio de equivalencia posibilita al hombre a que deje de basar su relación con la naturaleza en el dominio y en la explotación. [...] Nuestra economía no-equivalente, orientada únicamente en la ganancia, ya está consumiendo el doble de los recursos de lo que la naturaleza puede regenerar. Este abuso sin límites, a costa de las futuras generaciones, puede conducir a la extinción de la especie humana en un futuro no muy lejano. [...]

»El desarrollo y la aplicación de la medida del valor objetiva, absoluta, traerán la era de la economía equivalente inmediatamente. Sin embargo, pueden fomentar un acercamiento de los precios y salarios a los valores, y conseguir así un cambio paulatino de la economía en el sentido de la equivalencia. Si nos ponemos a pensar que la transición mundial de la economía equivalente hacia la economía no-equivalente fue un proceso que se ha extendido por miles de años, entonces, también habrá que atribuirle una importancia histórica al más mínimo cambio en dirección a la economía equivalente.»

En una serie de entrevistas, Peters aclaró aspectos adicionales del nuevo sistema económico.

—¿Si ya no existen los estímulos materiales para los ingresos, esto no conduciría a un retroceso de la productividad?

—También la economía equivalente proporciona un real estímulo de actividad desde el punto de vista del ingreso, ya que cada individuo aumenta su derecho a recibir determinados bienes y servicios mediante su propia actividad (producción/servicio). Y como sólo podrá incrementarlo de esta manera, el estímulo al trabajo será mayor que en la economía no-equivalente, bajo cuyo régimen el derecho de obtener productos y servicios no depende de una actividad propia en la producción de bienes o prestación de servicios.

—¿Con su propuesta se eliminarían las relaciones mercantiles? ¿O el producto seguiría siendo mercancía?

—“Mercancías” son bienes destinados a la venta, quiere decir que llegaron al mundo con el surgimiento del comercio, y que desaparecerán con su fin (fin de la economía de mercado). Entonces (en la economía equivalente), los bienes sólo se producirán para cubrir las necesidades, y serán consumidos por el productor, o se canjearán al mismo valor (base de la distribución en la economía equivalente).

—¿Por qué la educación se clasifica como una actividad que no crea valores?

—En primer lugar, la educación es el desarrollo armónico de toda la capacidad de la mente y del carácter en el sentido de un acercamiento a los ideales de la humanidad. Al desarrollo de las aptitudes mentales y físicas especiales pertenecen las actividades del aprendizaje y de la enseñanza. En el mundo de la división del trabajo, el proceso del *aprendizaje* es la precondition de una actividad que crea valores; por lo cual no puede figurar entre las actividades que crean valores; la *enseñanza*, a todos los niveles, es un trabajo que crea valores, el cual forma parte de los servicios.

—¿Qué es una actividad que crea valores?

—Una actividad que crea valores es cualquier actividad que satisface necesidades vitales propias o ajenas, quiere decir que incluye, aparte de la producción de bienes, las actividades que hoy en día se denominan como “servicios”.

—Aparentemente, la forma de propiedad en los medios de producción no tiene mayor importancia para la realización del principio de equivalencia.

—Esto es correcto para una primera fase en la transición hacia la economía equivalente. Sin embargo, en la medida en que la economía equivalente venza la economía de mercado, desaparecerá la ganancia y la propiedad privada de los medios de producción perderá su base, se eliminará por sí sola.

—¿Si el valor del producto puede definirse mediante cantidades de trabajo, qué ventaja tendría definirlo monetariamente?

—En principio, no importa de qué manera se defina el valor de los bienes y servicios en la economía equivalente, quiere decir que puede determinarse mediante las respectivas circunstancias prácticas. Lo importante es, que el valor de todos los bienes y servicios exprese *únicamente* la suma del trabajo invertido.

—¿El salario se pagaría mediante una tarjeta de crédito, de la cual se descontarían los respectivos valores que el trabajador compre?

—Si los salarios y precios se compensan en forma de metal acuñado, papel impreso o mediante procesos contables digitalizados, en principio, no importa en la economía equivalente; esto lo determinará la respectiva situación técnica.

—¿Qué papel tiene el mercado?

—En la economía equivalente ya no habrá ningún mercado, porque a) el precio no resultará de la oferta y la demanda, sino del valor de los bienes producidos y del salario; b) el almacenamiento, el transporte y la distribución de los bienes producidos se convertirán en servicios, cuyo valor, al igual que el valor de todos los servicios, equivaldrá al tiempo de trabajo invertido, y de esta manera, formará parte del valor de los bienes distribuidos.

—Usted escribió hace cinco años que el intercambio equivalente presupone la existencia de una medida objetiva del valor (Wertmass) y que esta medida todavía no existía. ¿Por qué es tan difícil encontrarla, si sus bases teóricas ya fueron descritas en la teoría del valor de la economía clásica?

—El descubrimiento, la intelección de que sólo el trabajo incorporado en un producto constituye su valor real, se logró elaborar efectivamente hace doscientos años. Sin embargo, entre este descubrimiento y el desarrollo de una matriz que se pueda aplicar al cálculo de este valor en toda la economía, hay un trecho muy largo. No hay obras precedentes útiles y, por lo mismo, la medida objetiva del valor, como sucedió con el descubrimiento y la descripción del principio de equivalencia, tiene que ser elaborada necesariamente desde el principio (*ab ovo*).

—¿Cómo se explica que los creadores de la teoría del valor no hayan emprendido esta tarea, pese a que sin esta medida del valor, la teoría del valor quedaba como mera teoría sin utilidad práctica para un orden racional de la economía?

—Adam Smith y David Ricardo estuvieron convencidos de la economía de mercado, en la cual los *precios* de los productos (independientemente de sus valores) son determinados por la relación entre oferta y demanda. Dado que el *valor* no tiene importancia para la economía de mercado, no había motivo para analizar el valor de los productos individuales. Únicamente en la economía de equivalencia, que descansa sobre la coincidencia (identidad) completa de *precio* y *valor*, requerimos de manera imprescindible la medida del valor, la matriz, con la cual podemos calcular el valor de cualquier producto.

—¿La medida del valor que se está elaborando se expresará en una matriz muy complicada?

—No. Esta matriz tiene que ser entendible para la gente en general y de fácil aplicabilidad. Y para que esto sea así, hay que hacer compatibles las complejas y difícilmente observables partes del valor de los productos con una matriz sencilla, común para todos ellos. Además, la economía basada en el principio de equivalencia exige la sincronización (*Aufgehen*) completa de los movimientos de todos los valores dentro del circuito económico global. Esto es lo que hace tan difícil elaborar esta matriz.

—Constantemente se calculan, para millones de productos, precios que se modifican rápidamente. Por ende, este proceso de cálculo del precio tiene que ser fácil y rápido; ¿por qué, en cambio, es tan difícil calcular el valor de estos productos?

—En la economía de mercado los precios resultan de la oferta y demanda, es decir, sin un cálculo del precio propiamente dicho. En cuanto la determinación del precio descansa sobre un cálculo de costos, éste se basa exclusivamente en precios, no valores. En este sentido, el vendedor parte de los costos de producción de sus materias primas e insumos (*Vorprodukte*); es decir, de sus precios, no de sus valores. Les agrega costos operativos (*Betriebskosten*), donde está incluido el trabajo con su precio (igual a salario) y no con su valor, al igual que sus expectativas de ganancias. El precio que resulta, lo trata de realizar en el mercado. Pero esto sólo le es factible si se mantiene dentro de los límites de los precios de los productos que compiten con los suyos. La determinación del precio es, por ende, un complicado proceso en constante movimiento que no tiene nada que ver con la determinación del valor para todos los productos.

—Sin embargo, en el *lexicón alemán* más divulgado, se define ya el término “precio” como “el valor de un producto expresado en dinero”.

—Si esta afirmación (que usted podía leer hasta 1989 de manera casi idéntica en los manuales y las enciclopedias de la RDA) fuera correcta, entonces el principio de equivalencia estaría realizado y la economía de satisfacción de necesidades (*Bedarfsdeckungswirtschaft*) hubiera sustituido a la economía de mercado. Pero, de hecho, nos encontramos dentro de la horrible última fase de la

economía de mercado, que se caracteriza por el cada vez mayor abismo entre precio y valor. El *precio* que se forma en el mercado no tiene, por lo tanto, ninguna relación con el *valor*, que es independiente del mercado.

—Entonces, los precios no le pueden ayudar en su búsqueda de los valores. ¿En qué categorías se basará su matriz de valores?

—Exclusivamente en la cantidad de trabajo. El valor de un producto, en el cual se incorporan seis horas de trabajo, es el doble del valor de un producto, que contiene tres horas de trabajo.

—Esto parece sencillo. ¿Por qué, entonces, necesita años para integrar tan sólo las bases matemáticas de este cálculo en una matriz que sería accesible y manejable para todos? Porque su intención no es determinar el valor de cada producto particular, obra que, seguramente, trascendería la capacidad de trabajo de cualquier persona individual.

—Así es. Parece relativamente sencillo elaborar una matriz que fuese utilizable para la determinación de los valores de los productos que se supone, resultan de pocos y fácilmente discernibles pasos laborales. Por ejemplo, 50 kg de papas: si el campesino ha cosechado 240 000 kg de papas en su campo de 10 ha, y resta 30 000 kg, de las semillas de papa tomadas de la cosecha anterior, entonces sus 50 kg contienen la 1/4200 parte del tiempo de trabajo que empleó para la producción de 210 000 kg.

Todo empieza con el cultivo de la tierra (arar y fertilizar) = 90 hr. Pasar la grada = 10 hr. La plantación de las semillas de papa = 30 hr. El uso de herbicidas = 5 hr. Tres semanas después atención a las surcas = 10 hr. Al mismo tiempo se emplea insecticida = 2 hr; ambos trabajos tienen que repetirse en promedio una vez más = 12 hr. Cuatro a cinco meses después la cosecha: dos campesinos a 80 hr = 160 hr. El transporte de la cosecha a la casa/almacén = 15 hr. Sortear las papas y colocarlas en sacos: cuatro campesinos a 50 hr. = 200 hr. Finalmente la entrega al vendedor o la cooperativa = 50 hr. En total 594 hr. = 35 640 minutos, divididos por 4200 = 8.5 minutos. Este sería el valor de estos 50 kg de papas, si no contuviera otros trabajos (valores). No obstante, hay una serie de otros factores que participan de alguna manera en la constitución del valor de nuestros 50 kg de papas. El campesino ha utilizado un tractor para arar, fertilizar, plantar, distribuir insecticidas y herbicidas, etcétera. Del valor del tractor, que también existe independientemente de su precio, entran las partes correspondientes en el valor de los 50 Kg Pero el mismo valor del tractor está constituido por fracciones de los tiempos de trabajo de empleados, trabajadores y técnicos de la fábrica de tractores y de todas sus empresas suministradoras, por ejemplo, de la producción de los materiales y su transporte; una parte del tiempo de trabajo para la producción de las herramientas y máquinas usadas; una parte del tiempo de trabajo empleado en la generación de la energía consumida en la producción del tractor; una parte del tiempo de trabajo empleado en la construcción del edificio de la fábrica de tractores y de todos los materiales utilizados en ello; un tiempo de trabajo para el transporte de los tractores terminados hacia su agencia distribuidora; el tiempo de trabajo necesario para la construcción y el mantenimiento de esa agencia de distribución, donde el campesino adquirió su tractor. Y todo esto también para los dos remolques de su tractor, al igual que para la máquina cosechadora y la máquina para sortear, que arrendó por un corto plazo a la cooperativa (por lo que la cantidad de tiempo de trabajo encarnado en estos aparatos entra en una medida mucho menor a nuestras 50 kg de papas).

En todos estos cálculos de valores se puede recurrir a métodos para calcular amortizaciones, que han mostrado su utilidad en los cálculos de precios. Pero también la generación de fertilizante natural utilizado por el campesino, exigía tiempo de trabajo que está incorporado en nuestros 50 kg de papas. El fertilizante sintético que utilizó fue producido en una fábrica química y los 80 kg de este fertilizante, usados para las 10 ha., representan una parte del valor de estas papas. Este valor se determina en relación al tiempo de esta pequeña cantidad frente al tiempo que fue necesario para la producción total en esta fábrica química dentro de un tiempo determinado, y en este cálculo, al igual que el de la constitución del valor del tractor, entran cientos de factores, desde la generación de la materia prima en países ultramarinos hasta el valor del transporte (que resulta del valor del barco, de su expectativa de vida, de su consumo de energía, del tiempo de trabajo de su tripulación, etc.),

todo esto como parte relativa a los 80 kg de fertilizante sintético, que entró parcialmente en nuestros 50 kg de papas.

Muchos otros factores son parte de esto. Si el campesino usó ropa de trabajo, tiene que determinarse su valor, además del tiempo de coser, tejer e hilar, las materias primas de las fábricas textiles han entrado con sus respectivos tiempos de trabajo, al igual que los tiempos de trabajo para el saco que contiene las papas. Para los 800 kg de insecticida, que igualmente y en forma parcial se han incorporado en el valor de nuestros 50 kg de papas; se tiene que determinar de la misma manera complicada como en el caso del fertilizante sintético, las partes de estas jornadas que corresponden a los 800 kg o respectivamente 1200 kg. Dado que el campesino tiene que usar al menos cada tercer año papa-semilla diferente a la propia, tiene que integrarse también el tiempo de trabajo para el desarrollo biológico de la papa en el valor de nuestros 50 kg.

—¿Si el cálculo en un caso como 50 kg de papas requiere una cantidad extraordinaria de datos y cálculos complicados, ¿cómo puede estar seguro, que encontrará la matriz con cuya ayuda puede lograr lo que desde el descubrimiento de la teoría del valor ni siquiera se había tratado de hacer de manera tentativa?

—Sobre la base de mis resultados obtenidos hasta ahora estoy optimista. Porque usted tiene que tomar en cuenta que aquí realicé el cálculo del valor de mis 50 kg de papas desde cero. Pero los productos están limitados en su cantidad y si se hubiera calculado anteriormente el valor de un tractor, de un kg de fertilizante sintético, de la ropa para trabajar, de un saco, entonces el cálculo del valor de nuestros 50 kg de papas sería mucho más fácil.

—¿Pero no hay que agregar a los factores del valor ya mencionados, otros como: tierra, capital y ganancia?

—No. Esos factores son reminiscencias de la época de la economía de mercado, que sólo pueden formar parte del *precio*, pero que no tienen cabida en el *valor* de los productos. No estarán presentes en la economía equivalente e incrementarán durante el periodo de transición como partes del precio la diferencia entre valor y precio.

—Al final de la época de la economía mercantil, ¿el precio es mayor que el valor?

—En términos generales y en cuanto a la economía mundial como totalidad, sí. Porque la base y la dinámica fundamental de la economía mercantil consiste en el afán de hacer ganancias. Y la ganancia no es otra cosa que la diferencia entre el valor y el precio. Sin embargo, dado que la formación de los precios en el mercado mundial no sólo depende de la demanda y oferta, sino también del poder de mercado de los países ricos, embargos, restricciones, tarifas aduaneras, subsidios, etc., esas ganancias se desplazan evidentemente cada vez más hacia los países ricos. Sin embargo, con precisión podremos decir esto, cuando los valores de todos los productos generados en el mundo hayan sido calculados y comparados.

—¿En qué medida, la realización histórica de la economía de equivalentes requiere de la intervención deliberada de los pobres y explotados, desde movimientos políticos hasta procesos revolucionarios, es decir: ¿este sendero de la historia es inevitable, i.e., independiente de la conciencia y disposición de lucha de los oprimidos?

—La transición desde la economía de mercado hacia la economía de satisfacción de necesidades es un proceso históricamente condicionado e imparable, que ya está realizándose. La conciencia pública es parte de este proceso, al igual que la voluntad política, la unificación organizativa de los pobres y los que carecen de derechos, incluyendo sus actos revolucionarios.

—¿En la época de la equivalencia completa de la economía será aún necesario calcular los valores de todos los productos, cuando el precio ya no será otra cosa que el valor de un producto expresado en dinero?

Sí, el *cálculo del valor*, sobre el cual descansará entonces toda la economía, incluyendo los salarios y precios, existirá, pero no como un *cálculo de precios* independiente de aquél.

Hasta aquí los comentarios de Peters.

Una economía socialista debe ser justa, democrática y eficiente. Para lograr la justicia se han tratado históricamente dos caminos: la redistribución de la riqueza, vía el Estado (socialdemocracia,

CEPAL, keynesianismo) y la estatización de los medios de producción (socialismo histórico). La nueva economía ofrece una tercera estrategia mediante el intercambio equivalente en productos y servicios.

La precondition para la nueva estrategia es el conocimiento del valor objetivo de los productos y servicios. Los economistas burgueses sostienen que no hay tal valor (precio) objetivo porque los precios se determinan por la relación entre oferta y demanda y las preferencias subjetivas de compradores y vendedores. Y si no hay valores objetivos, no puede haber intercambio de valores objetivamente justos (iguales o equivalentes). Por lo tanto, los precios libremente acordados, por ejemplo, de la mano de obra, son el único mecanismo de justicia social posible, en la economía.

Este argumento misticador ha recibido un golpe mortal por los trabajos del matemático alemán Carsten Stahmer. Los cálculos de Stahmer sobre cincuenta y ocho áreas de producción de la economía de la RFA (1990), realizados en valores de trabajo sobre la base de tablas monetarias de insumo-producto del gobierno alemán, muestran la viabilidad operativa-matemática de la nueva economía. En aportaciones posteriores, el autor logró también la valorización objetiva del trabajo en los servicios (por ejemplo en la educación y la formación de “capital humano”) y en entidades relativas al medio ambiente. Es decir, ya disponemos de escalas de medición monetaria de los productos (precios), de valores (tiempo invertido) y de volúmenes físicos (toneladas, etc.), que son conmensurables entre sí. Este avance es un paso decisivo hacia una base operativa unitaria de la economía y es de particular importancia para la fase de transición que vivimos.

## 4.2 Democracia directa

Las grandes aportaciones a la filosofía y ciencia de la democracia formal (burguesa) datan de los siglos XVII y XVIII y están vinculadas a los nombres de Hobbes, Locke, Rousseau, Montesquieu y Jefferson, entre otros. En los dos siglos siguientes (XIX y XX) no ha habido contribuciones comparables. La razón de este estancamiento son las relaciones de explotación capitalista que hacen imposible que la democracia formal dé el salto cualitativo hacia la democracia participativa.

La democracia participativa como nueva calidad de convivencia pacífica de los ciudadanos, debe reflexionarse, por ende, desde cuatro puntos de vista: a) La imposibilidad *estructural* de participación real del ciudadano dentro de la democracia parlamentaria; b) los múltiples contenidos y mecanismos de la democracia real participativa, practicados por la humanidad durante toda su historia; c) la falta de desarrollo de la democracia formal y participativa en el socialismo realmente existente y, d) la aportación de las ciencias avanzadas al futuro democrático.

Desde un punto de vista sistémico, la propiedad “democracia” funciona como mecanismo de adaptación a los constantes procesos de cambio, que operan dentro y fuera del SDCH. Al seguir el sistema social su rumbo evolutivo, de lo sencillo a lo complejo, su propiedad “democracia” se desarrolla correspondientemente, y adquiere cada vez mayor capacidad adaptativa para la sobrevivencia. En este sentido, la aparición del Estado nacional europeo (monarquía absoluta) en el siglo XV, o de la democracia moderna a partir del siglo XVIII, no son fenómenos casuales; responden por necesidad a determinados grados de desarrollo de los componentes internos del sistema (fuerzas productivas, densidad demográfica, urbanización, clases sociales, medios de comunicación, etc.) y a la interacción con su medio ambiente natural y social.

La democracia aparece, por ende, no sólo como algo positivo y éticamente superior a formas más primitivas de organización sociopolítica, sino —en tanto consecuencia necesaria de la evolución histórica de la sociedad humana— funcionalmente superior en su capacidad de adaptación al constante cambio del entorno de la sociedad y naturaleza global. Tal coincidencia entre lo ético y, a grandes rasgos, lo práctico-funcional del comportamiento democrático de un sistema sociopolítico contemporáneo confirma que las grandes banderas de lucha política del siglo XXI sólo pueden ser la democracia participativa y la justicia social.

La democracia como una propiedad (característica) de los sistemas sociales puede concebirse en tres dimensiones: 1. La social, entendida como la calidad de vida material; 2. La formal, definida como el conjunto de determinadas reglas generales de poderes, derechos y obligaciones de las diversas entidades que componen el sistema; 3. La participativa, entendida como la decisión real de los asuntos públicos trascendentales por parte de las mayorías de la sociedad, con la debida protección de las minorías. En el lenguaje de las ciencias naturales podríamos entender las tres dimensiones como magnitudes que caracterizan la propiedad “democracia”.

En la sociedad moderna, las tres dimensiones tienen un orden jerárquico: la tercera presupone la existencia de la segunda y la segunda de una primera. Sin embargo, la relación entre las tres dimensiones es dinámica e interactiva: cada una incide sobre las otras.

El nivel de democracia alcanzado en cada momento histórico en un sistema social complejo (SDCH), puede medirse en términos cuantitativos en las tres dimensiones o magnitudes, hecho por el cual la discusión de “la democracia” deja el campo de la ciencia cualitativa y de la filosofía política, para poder ser abordada por la ciencia. La medición de los grados o magnitudes de democracia puede llevarse a cabo en las más importantes relaciones sociales del sujeto, es decir: 1. Las económicas, políticas, culturales y militares; 2. en las principales instituciones del SDCH y 3. en los niveles micro, meso y macro de la sociedad.

En este sentido, el grado de democracia de cualquier país puede ser investigado con razonable exactitud, obteniéndose una escala respectiva para todos los Estados de la sociedad global. Esta escala estaría formada en un extremo por la democracia participativa y en el otro, por la dictadura, dando lugar a una distribución de los SDCH existentes entre esos extremos. Es obvio, que en la actualidad ningún país puede ser considerado una democracia real-participativa; que en el rango de las democracias formales apenas habría alrededor de treinta Estados y en la democracia social el mismo número.

Sobre esta base de información empírica de democracia en cada país, puede determinarse también el grado de democracia *realizable* dentro de las condiciones objetivas de evolución actuales. Es decir, se puede calcular con razonables márgenes de error el grado de opresión o anti-democracia anacrónica —fuera de su tiempo histórico— en dichos sistemas.

El conocimiento preciso de la calidad de vida de los ciudadanos en los diferentes “barrios” de la aldea global, no enfrenta otro obstáculo que no sea la falta de voluntad política de las elites mundiales. Para la nueva sociedad, tal diagnóstico será imprescindible para emplear los recursos naturales y sociales del sistema global, en un programa de rápida reducción de la abismal desigualdad en el nivel de vida material de los ciudadanos de las distintas regiones y países.

El grado de democracia formal en un sistema social puede evaluarse en términos de la existencia y el funcionamiento efectivo de las siguientes instituciones, entendidas por el liberalismo político burgués como constitutivas: 1. La división de poderes (Montesquieu); 2. La constitución (Carta Magna), con una clara definición formal-democrática de los poderes, derechos y obligaciones de las entidades colectivas e individuales de la nación, el reconocimiento a la soberanía del pueblo como única fuente de legitimidad de las autoridades estatales y, por consiguiente, el derecho al tiranicidio; 3. Un sistema formal-democrático de elección de los representantes políticos de la nación, desde el nivel municipal hasta el federal, mediatizado por partidos políticos; 4. El parlamento como representante de la soberanía del poder popular; 5. Una estructura federativa del Estado; 6. La existencia de medios de comunicación que no son propiedad del Estado; 7. El libre acceso a/y usufructo de la propiedad privada y la protección de la misma; 8. El Estado de derecho, incluyendo la protección de minorías; 9. La dicotomía constitutiva entre la esfera privada y la esfera pública.

Estos mecanismos formales han sufrido en la realidad una involución o neutralización por parte de las elites dominantes que los degradan a simples teoremas declamatorios. Para la sociedad postburguesa se requiere su ampliación y profundización como parte indispensable de un manejo democrático del poder en la sociedad política y civil.

El concepto “democracia participativa” se refiere a la capacidad real de la mayoría ciudadana de decidir sobre los principales asuntos públicos de la nación. En este sentido se trata de una



ampliación cualitativa de la democracia formal, en la cual el único poder de decisión política reside en el sufragio periódico por partidos-personajes políticos. En la democracia participativa, dicha capacidad no será coyuntural y exclusiva de la esfera política, sino permanente y extensiva a todas las esferas de la vida social, desde las fábricas y los cuarteles hasta las universidades y medios de comunicación. Se trata del fin de la democracia representativa —en realidad sustitutiva— y su superación por la democracia directa o plebiscitaria. El parlamento y el sistema electoral de la partidocracia, como los conocemos hoy, son controlados por las elites económicas y no tendrán lugar en la democracia futura. Lo mismo es válido para los monopolios de la adoctrinación (televisión, radio y prensa) y de la producción. La gran empresa privada —que en términos organizativos es una tiranía privada con estructura militar— es incompatible con una democracia real y desaparecerá como tal. Y el Estado, cual organización de clase, irá por el mismo camino.

La democracia representativa fue un eslabón indispensable en la evolución hacia la democracia directa, mientras no existían los medios técnicos y culturales para la participación de las masas. Esta etapa ha pasado. Hoy, las condiciones tecnológicas y económicas permiten a los pueblos recuperar el poder real de su soberanía, usurpado durante doscientos años por las oligarquías.

### **4.3 El sujeto racional-ético-estético**

## 4.4 Institucionalidad burguesa versus participativa

### Institucionalidad de la democracia burguesa

(Sociedad global capitalista)

#### 1. Crematística nacional de mercado

- 1.1 Crematística con planificación de elite inversionista/capitalista
- 1.2 Precios subjetivos, determinados por poder
- 1.3 Intercambio desigual, explotación-enajenación

#### 2. Democracia formal

- 2.1 Democracia de forma: primer nivel de democracia posible, limitada a esfera política
- 2.2 Plutocrática
- 2.3 No representativa, sino sustitutiva de voluntad general

#### 3. Estado clasista

- 3.1 Función clasista (comité ejecutivo de intereses comunes de elite económica) determina su identidad
- 3.2 Funciones generales distorsionadas por función clasista

#### 4. Sujeto crítico-ético-estético

No puede existir en este entorno institucional; lo sustituye el sujeto liberal-posesivo

### Institucionalidad de la democracia participativa

(Sociedad global postcapitalista)

#### 1. Economía de equivalencias

- 1.1 Economía con planificación democrática, micro y macro
- 1.2 Valor objetivo, determinado por aportación laboral
- 1.3 Intercambio de equivalencias

#### 2. Democracia participativa

- 2.1 Desarrollo mas alto posible de democracia: abarca las 4 relaciones sociales humanas: economía, política, cultura y militar
- 2.2 Plebiscitaria electrónica (Internet) en decisiones trascendentes
- 2.3 Recupera democracia formal, agrega democracia social y participativa (material = de contenido)

#### 3. Estado no-clasista

- 3.1 Funciones clasistas desaparecen, con ellas identidad represiva del Estado
- 3.2 Estado se convierte en administración legitimada de funciones generales

#### 4. Sujeto crítico-ético-estético

En este entorno institucional el ciudadano se convierte en sujeto pleno de las tres dimensiones de la condición humana

## 5. La fase de transición al nuevo socialismo

### 5.1 El sistema global de dominación

La humanidad ha caído en manos de una elite delincuencial, compuesta por unos diez mil banqueros, industriales y políticos profesionales que usan los recursos del planeta y los frutos de nuestro trabajo, para sí. Monopolizan los beneficios de la energía, de la tecnología, de la ciencia, de los alimentos, de la educación y de la salud, dejando a las mayorías en la miseria y el desamparo.

De esta manera, las tres virtudes del ser humano: 1. el pensamiento crítico-racional; 2. su capacidad estética (artística) y, 3. su potencial ético (moral), no se pueden desarrollar, lo que constituye una violación de sus derechos humanos más elementales.

Para devolverle el derecho de vivir y evolucionar dignamente, la humanidad tiene que recuperar a la sociedad global y hacerla suya. El único medio que tenemos para lograr este objetivo es la Democracia Participativa (DP).

En los capítulos anteriores hemos explicado las tres instituciones básicas que conforman el entorno social en que crecerá el ciudadano de la sociedad sin clases. Es decir, hemos definido el horizonte estratégico de nuestra lucha de transformación. Lo que falta por hacer es la determinación de algunas características del programa de transformación que nos conducirá de nuestra realidad actual hasta la nueva sociedad, sin perdernos en el camino. Para eso es necesario recordar algunos hechos básicos.

Todo ser humano y toda comunidad humana tienen que resolver cuatro necesidades para poder existir:

1. La necesidad de comer; de ahí nace la economía, con sus relaciones e instituciones. La economía es, por lo tanto, la relación social, por medio de la cual se transforma la naturaleza en bienes y servicios para satisfacer las necesidades materiales del ser humano.

2. La necesidad de entenderse con los demás para poder vivir y actuar en comunidad; de ahí nace la cultura, con sus relaciones e instituciones, que integran a todos los ciudadanos en la sociedad, mediante lenguajes, valores, tradiciones, etc., compartidos.

3. La necesidad de tomar y ejecutar decisiones en nombre de la colectividad (comunidad); de ahí nace la política, con sus relaciones e instituciones, siendo la principal el Estado.

4. La necesidad de defenderse físicamente ante agresiones e imposiciones; de ahí nace, con sus relaciones e instituciones, lo militar.

La calidad de vida de las personas y de las comunidades depende de cómo se organizan esas relaciones e instituciones básicas del ser humano. Si se organizan con la participación democrática de todos, serán beneficiosas para todos.

En cambio, si se deja la organización de esas relaciones e instituciones en manos de los pequeños grupos de ricos y poderosos, estos las aprovechan en su propio beneficio y sin consideración para los demás.

Esta es, de hecho, la situación que impera hoy en la sociedad global de la democracia representativa y que explica por qué alrededor del 80 por ciento de la humanidad subsista con escasa o nula calidad de vida, mientras que el 20 por ciento (el Primer Mundo), concentra el 83 por ciento de la riqueza del planeta y tienen ingresos per capita de 25 a 30 mil dólares anuales.

La pregunta que nace de esta situación, es la siguiente: ¿Cómo logra una minoría mundial de diez mil banqueros, capitalistas industriales y comerciales y sus políticos profesionales, excluir a la

mayoría de 5.5 mil millones de seres humanos de los beneficios del trabajo, de la educación y de la tecnología actual?

Dicho de otra manera: ¿Por qué la abrumadora mayoría de los seres humanos tolera la tiranía de esa pequeña oligarquía global?

La respuesta es que la elite ha construido un sistema de dominación, explotación y enajenación que abarca las cuatro relaciones básicas del ser humano y que va desde los dos centros de poder mundiales, los Estados Unidos y la Unión Europea, hasta los pueblos y barrios más recónditos de América Latina, África y Asia.

Este sistema tiene cuatro características que son importantes para el diseño del programa de transición:

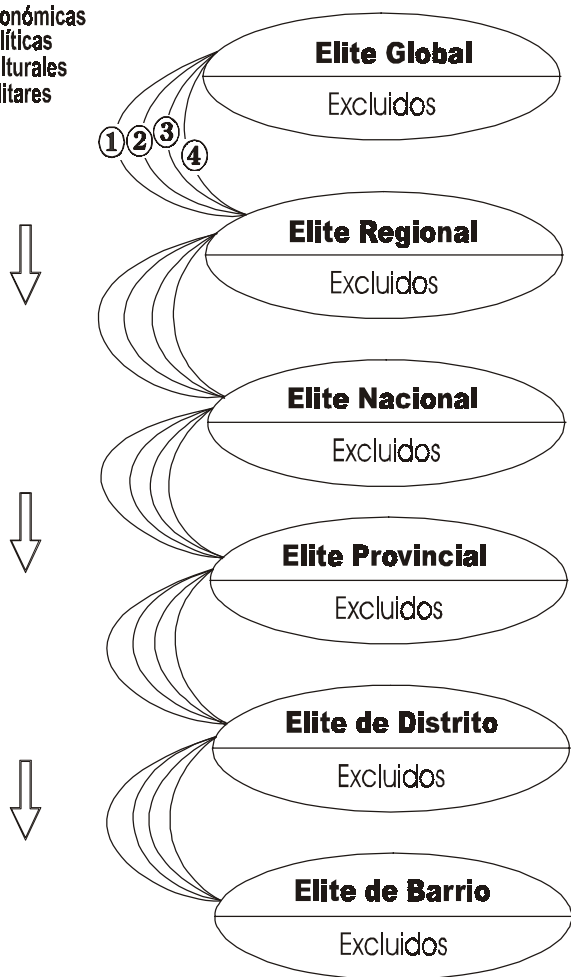
1. es vertical y antidemocrático, es decir, va desde arriba hacia abajo; 2. la elite que lo domina es la burguesía atlántica, es decir, las elites de Estados Unidos y la Unión Europea; 3. utiliza las cuatro relaciones sociales básicas para dominar y explotar. En forma gráfica, este sistema puede presentarse de la siguiente manera:

## Sistema Global de Dominación, Explotación y Enajenación de la Democracia Representativa

Proyecto Histórico del Gran Capital

Relaciones:

1. Económicas
2. Políticas
3. Culturales
4. Militares



Sistema global fig. 1.

4. La última característica del sistema consiste en su capacidad de mantener su unidad, eficiencia (operatividad) y direccionalidad —pese a las innumerables actividades y operaciones cotidianas, que realizan 6.5 mil millones de seres humanos en las cuatro relaciones sociales y en una enorme diversidad de culturas y niveles de desarrollo tecnológico en todo el planeta— a través de tres instituciones principales:

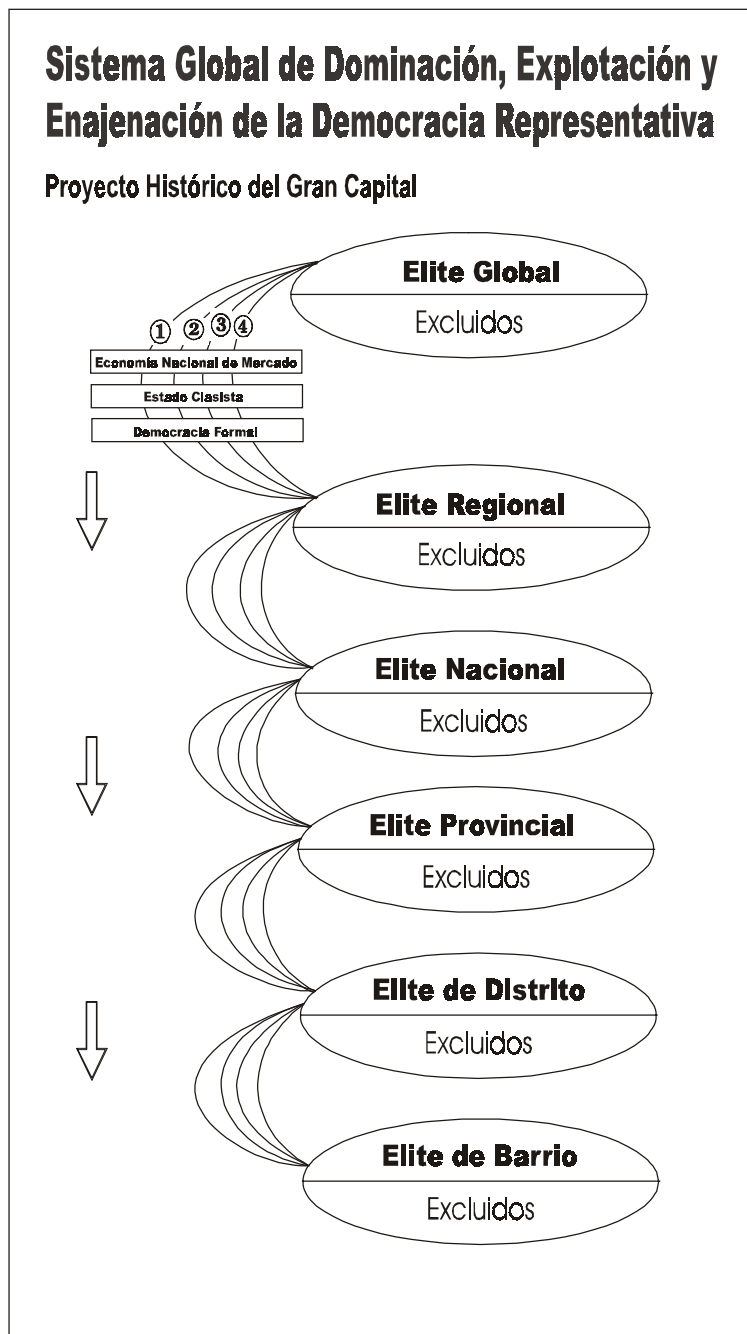
1. la economía nacional de mercado;
2. la democracia formal;
3. el Estado clasista.

Esas tres instituciones del sistema (su institucionalidad) son intocables, porque son su sostén. Son el sostén (sus pilares) que mantiene el orden burgués, porque unifica a todas las operaciones de la sociedad, lo que garantiza su estabilidad y reproducción cotidiana.

Son como un foco que concentra los múltiples “colores” (el espectro) de la luz en una sola luz blanca o como el centro de gravedad en la física, en torno al cual giran todos los acontecimientos.

El funcionamiento y la protección de las tres instituciones —la economía nacional de mercado, la democracia formal y el Estado clasista, son la esencia del Proyecto Histórico del capital— porque le proporcionan su riqueza económica y su poder de dominación.

Integrando esas tres instituciones a la gráfica anterior obtenemos la siguiente ilustración del sistema:



Sistema global fig. 2

## 5.2 El sistema global de emancipación

*Reformar* a la sociedad burguesa, significa, por lo dicho anteriormente, reformar o modificar esas instituciones. *Transformar* a la sociedad burguesa cualitativamente (revolucionarla), significa reemplazar esas instituciones de explotación, dominación y explotación por las instituciones de la democracia real.

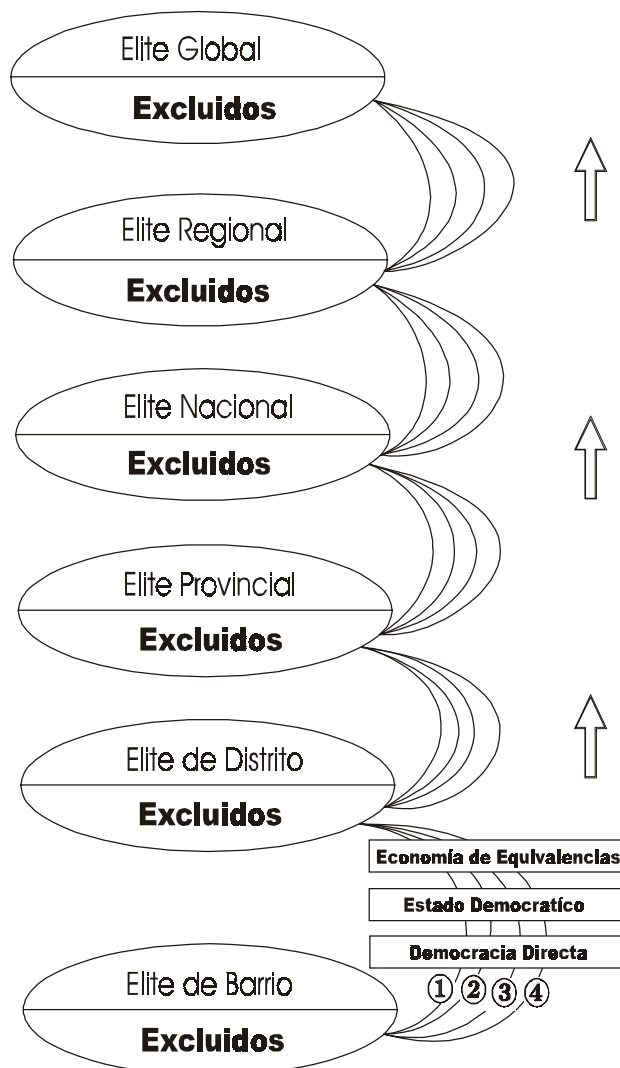
El programa de transición que es el medio para llegar a tal fin se deriva de dos elementos: a) de la realidad capitalista actual y b) de la institucionalidad de la Democracia Participativa. Este programa debe tener, por lo tanto, los siguientes elementos:

1. Debe presentar alternativas transformadoras a cada una de las cuatro relaciones de explotación, dominación y enajenación del sistema; 2. Debe integrar esas alternativas (o “contrarelaciones”) a través de las instituciones básicas de la Democracia Participativa; 3. La forma final del programa y la construcción del movimiento se hace desde abajo hacia arriba; 4. La dimensión del programa y del movimiento (las redes) van del barrio hasta la dimensión global, es decir, el programa es, al mismo tiempo, nacional, regional y global; 5. No se trata del viejo esquema de la revolución en etapas —primero la democrática y después la socialista— sino de una propuesta integrada de los factores a) y b), mencionados anteriormente; 6. Tampoco se trata de la búsqueda de la mítica burguesía nacional o de cualquier otro sujeto de liberación predeterminado, sino del reconocimiento de que los sujetos de liberación serán multclasistas, pluriétnicos y de ambos géneros.

La expresión gráfica de esas características del programa de transición se encuentra en el siguiente esquema.



## Nuevo Proyecto Histórico de las Mayorías: la Democracia Participativa



Sistema global fig. 3.

### 5.3 Los sujetos de cambio

El problema de la realización del Nuevo Proyecto Histórico es la tarea que se planteó Martín Lutero ante la Iglesia católica: ¿Cómo cambiar un sistema global totalitario, corrupto y represivo? La respuesta, obviamente, no se encuentra en estrategias de “negación” al capital. Tácticas negativas pueden tener sentido en operaciones particulares (por ejemplo, el boicot de consumidores a empresas), pero no constituyen una estrategia de transformación mundial. Tampoco parecen existir las condiciones para la revolución armada en el sentido tradicional, sobre todo en los centros del sistema donde está concentrado el poder global. La formación de una nueva Internacional Obrera constituiría, a su vez, más que una respuesta, un deseo organizativo-abstracto frente a un problema sociopolítico concreto. No puede crearse una forma (organización) mientras no haya un contenido; el principio formal no puede existir sin el principio material que (dialécticamente) es su razón de ser y le da vida. De ahí que la programática es primero; después —sobre una masa crítica de participación— se constituirán redes locales, regionales y globales de comunicación (electrónica) y apoyo.

Entonces, ¿cuándo puede convertirse la teoría en fuerza material de cambio? Marx ha dado la respuesta: cuando arraiga en las masas. Esto define el momento histórico de la lucha global. Entre el verbo y la espada, el momento es, predominantemente, del verbo.

Las fuerzas democratizadoras se encuentran en una situación semejante a la del feudalismo francés antes de 1789, cuando las elites económicas y políticas se resistían a la democratización y a los esfuerzos por crear una sociedad más justa. En los mismos documentos del Programa para el Desarrollo (PNUD), elaborados por las Naciones Unidas, se reconoce que el conocimiento científico, la tecnología y el capital existen para liberar al mundo del hambre en “menos de una generación”; pero lo que falta, diagnostica la institución, es la “voluntad política”.

Este es el gran obstáculo que tiene que superar el nuevo sujeto de democratización real, legitimado en su proyecto histórico tanto por el hecho de ser mayoría de la población mundial como por los contenidos de su programa. Este sujeto emancipador está conformado por la comunidad de víctimas del capitalismo neoliberal y de todos aquellos que son solidarios con ella. La clase obrera seguirá siendo un destacamento fundamental dentro de esta comunidad de víctimas, pero probablemente no constituirá su fuerza hegemónica. La comunidad de víctimas es multicultural, pluriétnica, policlasista, de ambos géneros y global, y abarca a todos aquellos que coincidan en la necesidad de democratizar a fondo la economía, la política, la cultura y los sistemas de coerción física de la sociedad mundial.

Como siempre en la historia, la vanguardia de un nuevo proyecto histórico se constituye a través de su práctica de lucha y la calidad teórica de su proyecto; no por autonombramiento ni por un acto de fe derivado de su posición estructural en el sistema social, tampoco como sujeto “metafísico” que actúa en nombre de la historia, de Dios, del sexo, etcétera. Así ha sido el proceso de la aristocracia, de la pequeña y gran burguesía y del proletariado europeos, cuando se volvieron vanguardias, y todo indica que esto no será diferente en la sociedad global. De hecho, la constitución orgánica de los sujetos de cambio no puede operarse de otra forma en la práctica; los sujetos potencialmente democratizadores de la sociedad global —sectores precarios, los indígenas, las mujeres, los intelectuales críticos, los cristianos progresistas, las ONGs independientes, etcétera— no aceptarán que se les imponga el liderazgo de un ente sociopolítico, cuya legitimidad no se derive de su praxis libertadora.

Este sujeto emancipador se enfrenta al sujeto mundial elitista-reaccionario, conformado por cuatro estructuras de poder principales: 1. El capital transnacional y su medio de realización económica, el mercado mundial; 2. el gran capital nacional, asociado de manera dependiente al transnacional; 3. los Estados capitalistas nacionales que constituyen el medio de realización político-militar del gran capital y, 4. el protoestado global y los protoestados regionales.

La realización del NPH se dará en tres etapas: a) la fase *final* es la sociedad sin economía de mercado, sin Estado y sin cultura excluyente; de este horizonte estratégico se derivan los

contenidos, objetivos y formas de lucha de la segunda y primera etapa; b) la fase intermedia será un tiempo de coexistencia de elementos heredados de la sociedad global burguesa y de elementos de la nueva sociedad global posburguesa que servirá para la armonización gradual entre los niveles de desarrollo tecnológico, educativo, económico, político, cultural, militar, etc., de los Estados del Primer Mundo y de los Estados neocoloniales; porque es obvio que las abismales disparidades en estos sectores que ha producido el capitalismo durante los últimos doscientos años, no permitirán la convivencia pacífica y democrática dentro de la sociedad global. La función de esta fase consiste en la evolución gradual y deliberada de las estructuras objetivas y subjetivas que harán obsoletas las estructuras y patrones de comportamientos explotadores, represivos y enajenantes que son característicos de todas las sociedades de clase del pasado.

La primera fase (“c”) de superación del capitalismo global es el tiempo que estamos viviendo; esta fase se inició, en lo político, con el renacimiento del pensamiento crítico en los años noventa y se caracteriza actualmente por el proceso de constitución de la programática de la sociedad posburguesa. La dinámica de la lucha democratizadora en esta etapa es determinada por la relación entre tres factores (variables): las estructuras y conciencias de clase; los objetivos estratégicos del NPH y la correlación de fuerzas entre los principales actores sociopolíticos contemporáneos. El objetivo de esta primera fase del programa de transición consiste en alcanzar la concientización de las mayorías en tal profundidad y amplitud, que la correlación de fuerzas a escala mundial se incline en favor de los sectores democratizantes; permitiendo, de esta manera, la neutralización creciente del sistema capitalista y de sus elites como determinantes de la lógica de desarrollo de la sociedad global.

El programa de cambio hacia la sociedad poscapitalista tendrá que mediatizar los objetivos estratégicos del NPH con las relaciones de poder existentes, de manera que las demandas inmediatas de la programática y de la lucha cotidiana reflejen los objetivos del futuro, mientras que éstos dejen de ser postulados abstractos para adquirir potencial de lucha en la realidad cotidiana. El futuro se vuelve fuerza del presente y el presente se vuelve paso hacia el futuro; realismo y utopía generan la programática y praxis emancipadora.

Dentro de este contexto pueden identificarse elementos democratizadores importantes del Nuevo Proyecto Histórico que deben plantearse ya para la disputa de la primera fase de transición hacia la nueva sociedad. En lo referente a la democratización de la economía, por ejemplo, es necesario luchar por el control de las mayorías sobre las decisiones macroeconómicas más significativas de la producción, distribución y redistribución del producto y plusproducto social. La inversión es la variable estratégica de cualquier sistema económico capitalista, no sólo en lo referente al poder político-social que otorga, sino también en cuanto al nivel de vida y seguridad social de las mayorías. Por lo tanto, las áreas de inversión prioritaria y la proporción respectiva del PIB, destinada a ellas, han de decidirse por referendo, tanto en los sectores privados como en los estatales de la economía nacional. Lo mismo es válido para el presupuesto nacional que debe ratificarse cada año por plebiscito, después de su debate público. La misma lógica debe aplicarse a los niveles de Estados federales y municipales, como, de hecho, ya se hace en más de cien municipios brasileños bajo el control del Partido de los Trabajadores. La tecnología operativa para estos ejercicios de democracia participativa no presenta mayores problemas: se resuelve con el Internet. Se coloca en cada manzana una computadora y los ciudadanos que no disponen de una propia, van a “votar” en la de uso colectivo. En las elecciones presidenciales en Brasil en 1998 ya se utilizó este sistema de “urna electrónica”.

Asimismo, la desconcentración de la riqueza social en el campo, la industria, el comercio y las finanzas —que hoy son el sostén material del poder plutocrático dominante de las elites y de los Estados— constituye una necesidad objetiva en el camino hacia la nueva democracia, tanto para mejorar el crecimiento económico, como para fomentar la justicia social y reducir la criminalidad. Lo mismo es válido para la cancelación de la deuda externa; el equilibrio en los términos de intercambio; el fin del proteccionismo de los países dominantes y la indemnización del Tercer Mundo por la secular expoliación del colonialismo. En cuanto a lo último, debe aplicarse el

principio de rehabilitación material de las víctimas del holocausto judío en Alemania, a las víctimas del esclavismo, del trabajo forzado, etc., ya sea a través del principio propuesto por Arno Peters, ya sea por medio de una comisión de la ONU que calcule los valores respectivos y fije las sumas y modalidades de la indemnización.

La disolución de la OTAN como brazo armado de las potencias neocoloniales; la abolición del feudal Consejo de Seguridad de la ONU —que no reconoce el principio de la división de poderes, porque acumula en sí los poderes legislativos, jurídicos y ejecutivos del gobierno mundial, sin legitimación ni control democrático alguno, porque ni siquiera se somete a la jurisdicción del Tribunal Internacional de Justicia de La Haya—; la votación democrática de la Asamblea General de la ONU sobre toda legislación y reglamento que atañe a la sociedad internacional, al principio, probablemente, mediante votos ponderados y, posteriormente, según el principio formal de: un Estado, un voto; la redistribución del ingreso mundial que actualmente se monopoliza, en un 83 por ciento, en manos del 20 por ciento de la población global; la democratización de la cultura, mediante el acceso equitativo de los principales sectores de la sociedad civil a los medios de comunicación; por ejemplo, la repartición de los canales de televisión entre los sectores más importantes de la sociedad, como trabajadores, empleados, empresarios, mujeres, indígenas, estudiantes, etc.; la formación de un fondo mundial de becas para científicos y artistas del Tercer Mundo, a fin de contrarrestar la “fuga de cerebros” —inducida tanto por diferencias estructurales como por políticas deliberadas— hacia el Primer Mundo; el regreso del patrimonio cultural del Tercer Mundo, expropiado por el colonialismo, a sus legítimos dueños; la remuneración adecuada del trabajo de hogar de la mujer; un ingreso básico digno para todos los miembros de la sociedad, incluyendo las personas incapacitadas para trabajar; la obligación constitucional de un referendo para decidir el inicio o el fin de una guerra —facultad usurpada hoy día por las elites—; la reorganización del Estado centralista y opresor de minorías étnicas mediante su federalización y el respeto a la autonomía de los pueblos que conviven a su interior; la promoción activa de los sectores que por discriminación étnica, sexista o histórica (mujeres, minorías étnicas, etc.) se encuentran subrepresentados en la vida pública (parlamento, gobierno, etc.) y privada (empresas); en fin, existe una serie de contenidos y objetivos del Nuevo Proyecto Histórico que puede y debe integrarse ya en los programas nacionales, regionales y globales de lucha de la primera fase de su realización.

Algunos de estos elementos programáticos podrían parecer utópicos en el sentido de representar buenos deseos, antes que demandas sociales cuyos tiempos de realización han llegado. Sin embargo, esto no es así. Tomemos, por ejemplo, el caso de la indemnización a las víctimas del colonialismo. La indemnización monetaria que pagó el Estado alemán por el asesinato de gran parte de la población judía durante el holocausto, estableció el precedente jurídico de la responsabilidad material del Estado, por crímenes contra la humanidad ejecutados bajo su jurisdicción. Esta incipiente norma jurídica se está ampliando para cubrir otras graves violaciones a los derechos humanos. El gobierno estadounidense tuvo que indemnizar recientemente a sus ciudadanos de descendencia japonesa, injustamente detenidos en campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial.

La creciente codificación jurídica internacional de este tipo de violaciones de los derechos humanos —desde la casuística hacia la norma legislativa universal— que observamos en el caso del holocausto, revela tres facetas importantes del problema en discusión: a) El constante avance del derecho internacional y de sus instituciones correspondientes, como la instalación de una corte criminal internacional (*International Criminal Court*); b) la posibilidad jurídica y política de someter los horrendos crímenes del colonialismo europeo desde el inicio de la sociedad global (siglo XV) a la sentencia de tribunales internacionales de justicia y de obtener una indemnización material adecuada por la explotación esclavista, el trabajo forzado y los genocidios; c) que la implementación de ésta, como de las demás demandas del Nuevo Proyecto Histórico, es una cuestión de poder. La justicia de esas demandas no está en duda, pero su realización requiere —

como en el caso del holocausto— la acumulación de fuerzas suficientes para reparar (cuantitativamente) las injusticias del pasado e impedir las del presente y futuro.

En cuanto a la dimensión espacial del proyecto es evidente que su campo de acción tiene que integrar orgánicamente las dimensiones mundiales, regionales y nacionales de la sociedad global contemporánea. Ningún proyecto de cambio nacional profundo puede prosperar en la actualidad, si no se conceptualiza y ejecuta como parte integral del proyecto mundial; debido a que las dependencias de las economías nacionales frente a su entorno son tan profundas que la sobrevivencia de un proyecto no-capitalista dentro del propio espacio nacional se vuelve imposible a mediano plazo. En este sentido, la vieja discusión teórica sobre la posibilidad de construir el socialismo en un sólo país ha sido resuelta por la evolución histórica de las últimas décadas. El capitalismo es un problema sistémico, no local —como el cáncer—; por ende, sólo puede ser vencido con una estrategia de defensa y superación sistémica. Por lo mismo, la praxis democratizadora del sujeto mundial de cambio sólo logrará acumular la fuerza para superar al sistema actual, si conceptualiza la lucha a nivel global y regional, para actuar a nivel nacional y local. (*Think global, act local*).

Esto no significa que la transformación tenga que hacerse simultáneamente en toda la aldea global, para que sea viable. Si analizamos los procesos evolutivos respectivos —como el protestantismo, el capitalismo o el socialismo— llegamos a la conclusión de que los cambios cualitativos en los sistemas sociales se operan dentro de una unidad del sistema mayor: la reforma protestante en la Iglesia católica mundial; la revolución de 1789 en el Estado nacional de un sistema regional (Europa central); la de 1917 en un Estado nacional del sistema capitalista global y la de 1979 (Nicaragua) dentro de un sistema regional de poder (hemisferio occidental). De hecho, la situación del Nuevo Proyecto Histórico en este sentido es semejante a la de la Revolución Francesa y también a la de la Revolución Socialista. La primera triunfó en un sólo país y fue víctima de la intervención de los Estados feudales. Sin embargo, venció frente a la contrarrevolución feudal y algunas décadas después (1830), el peligro de refeudalización había dejado de ser real. La Revolución Soviética pasó por las mismas peripecias. Al triunfo de 1917 siguió la intervención y el bloqueo capitalista. Derrotada la contrarrevolución en 1925, roto el bloqueo en los años treinta, el sistema socialista se expandió a la mitad de la humanidad, antes de sucumbir en los años noventa.

En otras palabras, el nuevo sistema se establece por lo general, en *un* sector del sistema dominante para luego expandirse gradualmente y convertirse de subsistema o nuevo orden (heterodoxia) en sistema u orden principal (normal): la nueva ortodoxia. Suponemos, que la transición del capitalismo global contemporáneo hacia la democracia mundial participativa seguirá esta misma lógica evolutiva.

Al igual que la Revolución Francesa y la soviética, el nuevo sistema tendrá que imponerse a dos grandes desafíos: a) Un entorno, probablemente hostil frente al nuevo orden democrático y, b) sostenerse y crecer dentro de la interacción con el mercado mundial todavía capitalista y con los sectores de la economía nacional o regional que aún no estén lo suficientemente desarrollados para convertirlos al nuevo sistema.

La economía de la fase de transición tendrá, por ende, necesariamente un carácter mixto. La base de operación de los sectores más avanzados de la nueva economía nacional pasará de precios-costos monetarios a valores objetivos (tiempo de trabajo), mientras que los sectores más atrasados y el mercado mundial seguirán operando sobre precios-costos.

Dos factores harán posible la coexistencia temporal de los dos tipos de economía: a) La base para el cálculo en unidades monetarias (precio-costos) en las economías de mercado es, de hecho, el cálculo en unidades de tiempo: desde el inicio del Taylorismo, en los años 30, hasta los más modernos métodos de cuantificación de tiempos de producción en la ingeniería industrial contemporánea; b) la convertibilidad de ambas escalas de medición, demostrada por Stahmer, que vuelve posible el intercambio entre los dos tipos de economía. Al desarrollarse la economía de equivalentes, la tendencia hacia la gradual expansión de las áreas bajo control del valor objetivo reducirá el peso de la economía de mercado, hasta que ésta finalmente dejará de existir.

Finalmente, no es válido el argumento de que hoy día la televisión vuelve imposible la concientización de las masas. La “televisión” del feudalismo era la Iglesia católica que garantizaba la adoctrinación y sumisión sistemática de la población. Pero pese a su férreo control mediante el terrorismo psicológico y de Estado (la inquisición), no pudo impedir el renacimiento de la razón secular y crítica que rompieron las cadenas invisibles de la ideología.

## 5.4 El valor del trabajo

La necesidad de determinar el valor objetivo de los productos, tal como estipuló la economía clásica, es *conditio sine qua non* del socialismo, cuyos postulados fundamentales son: a) la justicia social y, b) la democracia real participativa. En la economía de mercado el precio de la mercancía es, esencialmente, el *resultado del poder* de los agentes económicos. Aquél que tiene más poder, ya sea político, económico, cultural o militar, impone el precio al más débil y esto es válido para los precios de los productos, servicios y de la fuerza de trabajo.

La economía burguesa mistifica este hecho fundamental mediante tres ideologismos: 1. la “ley de oferta y demanda”, 2. la teoría de los costos marginales y, 3. la teoría del valor subjetivo.

El hecho constitutivo de la economía burguesa, de que los precios/ganancias son una función del poder, demuestra que toda la civilización del capital, desde lo político, lo cultural, lo militar y hasta lo económico está organizada de manera antidemocrática y antisocial.

La única manera de lograr una economía justa (socialista) es mediante el intercambio de esfuerzos laborales iguales (equivalentes), entendiéndose por valor la cantidad de tiempo promedio necesario para la producción del producto.

La *determinación* del valor objetivo es un problema metodológico-científico; la *implementación* del intercambio de valores iguales (equivalentes), es un problema de poder. Lo primero se resuelve con las matemáticas avanzadas y la informática; lo segundo con la Democracia Participativa.

A diferencia del carácter subjetivo de los conceptos precio y valor que usa la economía burguesa, el concepto del valor como trabajo abstracto incorporado a un producto o servicio (el tiempo gastado en su elaboración), es una magnitud objetiva. Es precisamente este carácter objetivo que le permite ser la base de una economía justa, porque el intercambio se puede basar en valores de igual magnitud, independientemente de la forma concreta que tengan los productos o servicios.

El *status* del valor como magnitud objetiva —es decir, independiente de cualquier sujeto particular— lo distingue de los valores que son meramente intersubjetivos, por ejemplo, el valor de un billete monetario. Tal problemática requiere de una breve reflexión a partir del concepto tiempo. A primera vista, el tiempo parece ser una unidad de medición intersubjetiva, semejante a la denominación de un billete bancario. Confiere la impresión de que una comunidad humana definió las unidades del tiempo y al ser aceptada tal definición como útil, este sistema se extendió alrededor del globo: se volvió intersubjetivo o independiente de los puntos de vista de un sujeto particular. Hasta aquí llega, de hecho, el *status* de una unidad de medición monetaria, como un billete bancario.

En el caso de la definición del valor por el trabajo abstracto, el *status* epistemológico del concepto pasa del nivel intersubjetivo al objetivo, porque el tiempo es la expresión de determinadas regularidades de movimiento dentro de la naturaleza; por ejemplo, un día igual a 24 horas se refiere a una vuelta completa de la tierra alrededor de su eje de rotación. Esto significa que el tiempo expresa mediante determinadas unidades de medición (días, horas, etc.) —que pueden variar— una relación objetiva dentro de una distancia, recorrida mediante una velocidad determinada. Las distancias son objetivas y los desplazamientos también; sólo su sistema de medición es intersubjetivo, porque consiste en convenciones pragmáticas, acordadas por una comunidad humana, como sucedió, por ejemplo, con el termómetro, el sismógrafo y el metro original guardado en París. En esto radica la diferencia cualitativa entre el parámetro objetivo del valor por tiempo y el subjetivo-arbitrario de la economía burguesa.

Esta reflexión demuestra que el valor del trabajo, definido como unidad cuantitativa de tiempo, es lógicamente superior al del precio, porque logra una mayor correspondencia con la realidad objetiva que el precio, y, por lo tanto significa un importante avance metodológico-teórico.

Recientemente, Arno Peters ha avanzado significativamente el problema conceptual-matemático de la *medición* del valor. Dejando atrás años de experimentación con las matrices de Leontief (input-output), el científico logró desarrollar en enero de 2002 una matriz que permite calcular el valor de cualquier producto. Este paradigma, denominado “Rosa de Peters” (*Petersche Rose*), será, probablemente, la base de todos los cálculos de valor de la economía de equivalencias. Actualmente, el nuevo paradigma está siendo sometido a prueba con datos de diversas mercancías para demostrar empíricamente su utilidad.

La matriz de Arno Peters (Rosa de Peters) es una forma mucho más didáctica de presentar el problema teórico del cálculo del valor objetivo que las matrices de Wassily Leontief (véase esquemas siguientes), aunque conduce a la misma forma matemática que éstas. Ese efecto didáctico y heurístico se logra por lo siguiente.

1.1 La organización de los insumos (variables) que determinan el valor final del producto, en un modelo redondo, permite entender enseguida que la cadena de insumos es virtualmente infinita. De este reconocimiento se derivan importantes inferencias metodológicas.

1.2 La matriz reduce esa infinidad de variables a dos, en consonancia con la economía clásica y su postulado, de que únicamente el trabajo —en su forma viva o incorporada— genera valor.

1.3 La matriz revela que el grado de precisión con el que se puede determinar cada insumo de tiempo particular, depende de que si se trata del trabajo vivo o incorporado. Los tiempos (valores) del trabajo vivo —representados en la mitad superior de la matriz— pueden calcularse con una precisión de virtualmente el cien por ciento, debido a que todos los procesos de producción de la economía moderna se basan en el vector “tiempo”.

El cálculo de los valores del trabajo incorporado (máquinas, herramientas, espacios físicos, etc.) es más complejo y requiere aproximaciones al valor real transferido a cada producto, a semejanza del proceso de cálculo de las tablas de depreciación actualmente en uso.

1.4 En la primera etapa del NPH (hoy) el proceso de medición, operacionalización e instrumentalización del valor objetivo sería, por lo tanto, una combinación de mediciones precisas y estimaciones razonadas, no-arbitrarias.

Este problema, sin embargo, es de menor importancia por tres razones: a) en los bienes duraderos, el valor preciso del trabajo vivo de una fase  $t_0$  se convierte en valor preciso del trabajo incorporado en la fase  $t_1$  y por lo tanto, la “zona de aproximaciones” en el cálculo de valores se reduce sucesivamente; b) comparado con los precios de la economía burguesa, determinados antidemocráticamente por la superioridad de poder, el valor parcialmente preciso y parcialmente aproximado de la fase de transición hacia la economía de equivalencia, constituye un salto cualitativo en el avance hacia una economía más justa, democrática y ética; c) por lo general, el grado de aproximación de un cálculo matemático a los parámetros verdaderos (objetivos) de un fenómeno empírico, es una decisión pragmática. Los niveles de confianza, de precisión, etc., necesarios para el uso práctico del conocimiento de un fenómeno, son una función de la finalidad que tenga ese conocimiento.

1.5. In abstracto, es posible calcular el valor de modo inductivo o deductivo. Pero, probablemente la inducción que suma el valor relativo de cada insumo para llegar al valor definitivo del producto final, puede ser menos funcional que la deducción; por ejemplo, el cálculo del valor de la producción de un día, mes o año de un producto, seguido por la desagregación de ese valor compuesto en valores unitarios de los productos.

1.6 Con la Rosa de Peters, se cierra una laguna estructural-institucional de la teoría de la sociedad post-capitalista, porque la institucionalidad de la nueva economía queda definida por tres sub-instituciones o subsistemas: 1. la planificación democrática, que es la ejecución de la soberanía de los ciudadanos en el campo de la economía, derecho negado por la democracia formal de la burguesía que permite sólo una incidencia *política* (marginal) del ciudadano; 2. el cálculo del valor

objetivo de los productos y servicios mediante la Rosa de Peters y las matrices de Leontief y, 3. el intercambio justo de productos y servicios conforme al principio de sus equivalencias.

## 5.5 Trabajo complejo

Los principios del valor objetivo, de la equivalencia y de la planificación democrática son indudablemente los ejes fundamentales de la economía justa del futuro. Están formulados por Arno Peters en su forma clásica o máximo desarrollo, como existirán en la democracia participativa *final*. Pero todo indica, que para la fase de transición, esos principios tendrán que ser adecuados a las condiciones del entorno que se darán en el proceso de superación de la economía de mercado. Tomando como base el principio de rigurosa equivalencia o igualdad absoluta de Peters, tendrán que introducirse, muy probablemente, en la economía mixta de transición, modificaciones que tomen en cuenta realidades de la condición humana dentro del capitalismo: la importancia de los estímulos materiales, el afán de poder, las envidias, tendencias hacia la corrupción, el narcisismo, el autoritarismo y el consumismo, entre otras.

Uno de los aspectos más importantes, pero también más complejos, de esta problemática es la relación entre la productividad del trabajador y su retribución material, es decir: ¿Cuándo una mayor productividad individual del trabajador A frente al trabajador B —con la misma cantidad de horas trabajadas— le permite a A recibir mayor gratificación que B? Para resolver este problema habrá que diferenciar entre, al menos, dos tipos de situaciones o variables que permiten o niegan una mayor retribución en caso de mayor productividad. Cuando la mayor productividad del trabajador A es un mérito personal —cuando su interés, preparación, esmero, disciplina, voluntad, etc., son la fuente de su mayor productividad— debe recibir una gratificación adicional al valor base que obtiene por la jornada. Si ha trabajado 40 horas, se le gratificaría, por ejemplo, 44 horas. En cambio, cuando la mayor productividad de A resulta de variables que no constituyen méritos propios o personales —la edad (es más joven) dispone de mejor tecnología de producción, pertenece a un grupo étnico privilegiado (favoritismo étnico) o un sexo privilegiado (favoritismo sexista)—, no se justificaría una mayor retribución que la básica; de hacerlo, se estaría castigando a una persona mayor por su productividad menor, aun cuando está fuera de su alcance remediar la causa de este castigo.

Una reflexión adicional sobre este problema debe incluir las condiciones de trabajo —dureza o mayor riesgo de peligro—: un cortador de caña o un minero deberían recibir ciertas gratificaciones extras —más vacaciones, etc.— frente a alguien que realiza un trabajo sencillo en una oficina con aire acondicionado. El argumento de Peters, de que el cálculo de tales retribuciones —por encima del valor objetivo— es necesariamente subjetivo, es indudablemente correcto; porque no hay manera de demostrar, por ejemplo, que un ingeniero civil deba ganar dos veces más que un mecánico en lugar de 1.8 ó 2.2 veces. Sin embargo, sería poco realista, tratar de saltar del *homo oeconomicus* capitalista sin mediación hacia el hombre ético de la democracia del futuro. En la obra de los clásicos, en Marx, por ejemplo, este problema está tratado en los conceptos de trabajo simple y trabajo complejo, lo que nos parece un abordaje correcto.

La segunda modificación se refiere al concepto de productividad media. Dentro de la economía de mercado, el sujeto económico cuya productividad está por debajo de la media nacional o mundial, tiende a ser eliminado, sobre todo en tiempo de crisis. Quiere decir, que los costos de producción proporcionan una guía realista respecto de los niveles de productividad alcanzados en cada momento y lugar en la economía global. Para la economía democráticamente planificada se requiere un estándar semejante —una media de productividad— que permita evaluar el desempeño de cada unidad económica —sobre todo las empresas— con cierta objetividad, para no desgastar recursos escasos. Esa productividad promedia sustituirá a lo que Marx llamó la ley del valor de la economía capitalista.





La rosa de Peters en español



Die Peters Rose

## 6. Programa de transición latinoamericana al nuevo socialismo

### 6.1 Consideraciones generales

La destrucción económica y social de medio siglo de recolonización neoliberal en América Latina ha convertido sus economías en sistemas inviables para la tarea que deberían cumplir: satisfacer las necesidades básicas de la población. Sobre este panorama de inviabilidad estructural se cierne ahora la amenaza de una recesión mundial, que reforzará las tendencias hacia la africanización. Y frente a las crecientes protestas populares en nuestros países, la respuesta de los gobiernos criollos y del nuevo gobierno reaganiano en Washington, será la represión.

Ante este panorama, las opciones políticas en América Latina son: en primer lugar, el proyecto de centroderecha o neoliberalismo, que es la recolonización terminal. Este proyecto se inició con la invasión europea de 1492. Al terminar la colonización española en 1825, la disputa sobre la estrategia de desarrollo se dirimió por las armas, en la llamada fase anárquica (1825-1870). Salvo en Paraguay, en toda América Latina se impusieron los neocoloniales —neoliberales—, este hecho se prolonga hasta el día de hoy.

El continuismo neocolonial sólo fue interrumpido en la fase que la historiografía burguesa llama demagógicamente, “el populismo”; de hecho, fue la época del máximo nacionalismo latinoamericanista burgués. Altas tasas de crecimiento económico; integración de las mayorías a la nación; Estado social fuerte y auge cultural en torno a la identidad nacional, fueron los logros del desarrollo del capitalismo de Estado, vinculado a los nombres de Lázaro Cárdenas en México, Getulio Vargas en Brasil y Juan Domingo Perón en Argentina. Los tres generales habían descifrado correctamente la lección de los alemanes y japoneses del siglo XIX: que la superación del subdesarrollo en el capitalismo neocolonial sólo es posible con un proyecto nacional de desarrollo, en el cual el Estado coordina el capital y la fuerza de trabajo y protege el proyecto frente al mercado mundial.

Con la extensión del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) hasta Argentina, el ciclo de sometimiento iniciado en 1492 se cierra definitivamente en el año 2005. El ALCA es la anexión económica de América Latina a Estados Unidos, que prepara el terreno para la anexión política, cultural y militar. Es el fin de Nuestra América como sujeto de la política mundial.

La segunda opción, el proyecto de centroizquierda, sólo es viable en el polo explotador del sistema mundial (Primer Mundo), donde se concentra el 84 por ciento de la riqueza mundial. Tanto las experiencias empíricas nacionales como la simple lógica económica del sistema global evidencian que por esta vía no habrá ningún mejoramiento en la calidad de vida de las masas.

La tercera opción, la guerrilla clásica ha dejado de ser —por múltiples razones, que van desde la urbanización en América Latina hasta la tecnología militar y la imposibilidad de un desarrollo nacional independiente— un *acceso estratégico* a una sociedad no-capitalista. El uso de las armas sigue siendo legítimo, por supuesto, en la defensa de los intereses de los pueblos, cuando los caminos institucionales democráticos están cerrados.

La cuarta opción consiste en el proyecto bolivariano cuya esencia radica en un bloque regional de poder (Patria Grande). Dos procesos empíricos han dado lugar a esta posibilidad: el Mercosur y los acontecimientos en Venezuela, Colombia y Ecuador.

De todas estas opciones, la única viable es la cuarta. Porque hoy, como en el siglo XIX, la superación del subdesarrollo en condiciones de una economía global neocolonial, sólo es posible con la estrategia de desarrollo proteccionista empleada por Alemania y Japón; después por los tigres asiáticos y en América Latina, por Cárdenas, Perón y Vargas. Esto con una diferencia vital: ya no se puede aplicar sólo a nivel nacional. El espacio mínimo para su exitosa implementación es un mercado y un Estado regional que pueda defender ante Estados Unidos y la Unión Europea el

bloque proteccionista latinoamericano que permitirá el desarrollo de sus industrias, el rescate del campo, la conservación de sus recursos naturales, el fomento de las ciencias y tecnologías de punta y la defensa de una identidad propia.

De esta realidad nace el programa de cambio que es nacional en su forma, pero regional en sus contenidos. El programa tiene que responder a los legítimos intereses de los ciudadanos nacionales, es decir, tiene que responder a las preguntas sobre las grandes necesidades del pueblo, como son el trabajo, la tierra, el techo, la educación, entre otros. A estas preguntas hay que dar una satisfacción nacional, porque la nación es el espacio inmediato de lucha del ciudadano. Pero hay que explicar, al mismo tiempo, que la solución *estructural* del problema, a nivel nacional, no es posible. Por ejemplo, para los desempleados argentinos, la demanda programática es la beca para todos los jefes de familia, que no tengan trabajo. Pero, junto con esta demanda nacional hay que explicar a la gente que la tasa de desempleo depende de la competitividad de la economía nacional y que esta competitividad, a su vez, es una función de las tecnologías de punta. Superar el desempleo estructuralmente significa, por lo tanto, desarrollar las tecnologías de punta, lo que sólo se puede hacer —por el sabotaje de las empresas transnacionales y de los Estados del grupo G-7— a través del bloque regional latinoamericano: de la Patria Grande.

Aplicando la misma lógica a las demás necesidades básicas de las poblaciones nacionales, por ejemplo, la reforma agraria y la educación, se obtienen los *contenidos* del programa de cambio, tanto en su aspecto nacional como en su ámbito regional. ¿Pero, quienes serán los sujetos que realizarán este programa? La respuesta es obvia: todos los sujetos sociales que están siendo destruidos por la nueva fase de acumulación del capital globalizado, llamada neoliberal.

Lo que se concibe comúnmente como conflicto étnico en Chiapas (México), Ecuador, Chile, etcétera, es, de hecho, el epicentro de una profunda dinámica política-económica: la destrucción del pequeño campesinado latinoamericano. La aniquilación de una clase social de 200 millones de ciudadanos latinoamericanos mediante la acumulación originaria del capital, es la causa común que une a los Zapatistas, el MST en Brasil, las luchas campesinas del Paraguay, la resistencia de los Araucanos en Chile, el levantamiento revolucionario armado en Colombia y el levantamiento indígena-popular-militar en el Ecuador, entre otros.

La destrucción de 200 millones de seres humanos del pequeño campesinado, está acompañado de la devastación de decenas de millones de miembros de la clase obrera que está siendo reducido a una mínima expresión pauperizada, de lo que fue durante el nacionalismo latinoamericanista, a raíz de la desindustrialización del nuevo neocolonialismo. Gran parte de los pequeños empresarios que se cuentan por decenas de millones, tampoco escapará de la ruina en una economía, cuyas leyes de mercado y del Estado son hechas para los más fuertes.

Las víctimas de estas clases sociales, del campesinado, de la clase trabajadora y de la pequeña burguesía, ingresarán al gran ejército de desempleados y subempleados, donde se encuentran con los afroamericanos, los indígenas, las amas de casa, los intelectuales críticos y demás actores sociales no-clasistas, que no tienen lugar en la barbarie neoliberal o que no quieren ser cómplices de una realidad injustificable.

En las actuales condiciones políticas latinoamericanas que se caracterizan por el fracaso de la centroderecha y de la centroizquierda en el poder, y la pertinaz insistencia de Washington de seguir exprimiendo la última gota de plusvalor de la Patria Grande, el proyecto bolivariano nacional y regional, es la única esperanza inmediata de cambio. El núcleo de esta Patria Grande solo puede ser el Mercosur que es el único espacio económico regional no controlado directamente por Washington, con incipientes estructuras de un proto-Estado regional. Este bloque regional, por supuesto, es un ente capitalista, tal como fue la Patria Grande planteada por el Libertador, Simón Bolívar. Y habrá ciudadanos que digan que no están dispuestos a luchar por un proyecto capitalista. Acerca de esta interrogante, que es absolutamente legítima, conviene hacer dos reflexiones.

En primer lugar, los programas de cambio nacional que se realizarán en coordinación con el bloque regional latinoamericano, son la respuesta *inmediata* a la situación latinoamericana actual. El horizonte *estratégico* de Nuestra América, como el de toda la humanidad, es la democracia

participativa o el nuevo socialismo. Al integrar este tercer nivel programático del cambio en la lucha nacional y regional, se abre el camino hacia el “reino de la libertad” y se evita estancarse en la política de la cotidianidad. (Ver esquema).

**Metodología para hacer el Programa nacional -regional  
de transición hacia la democracia participativa**

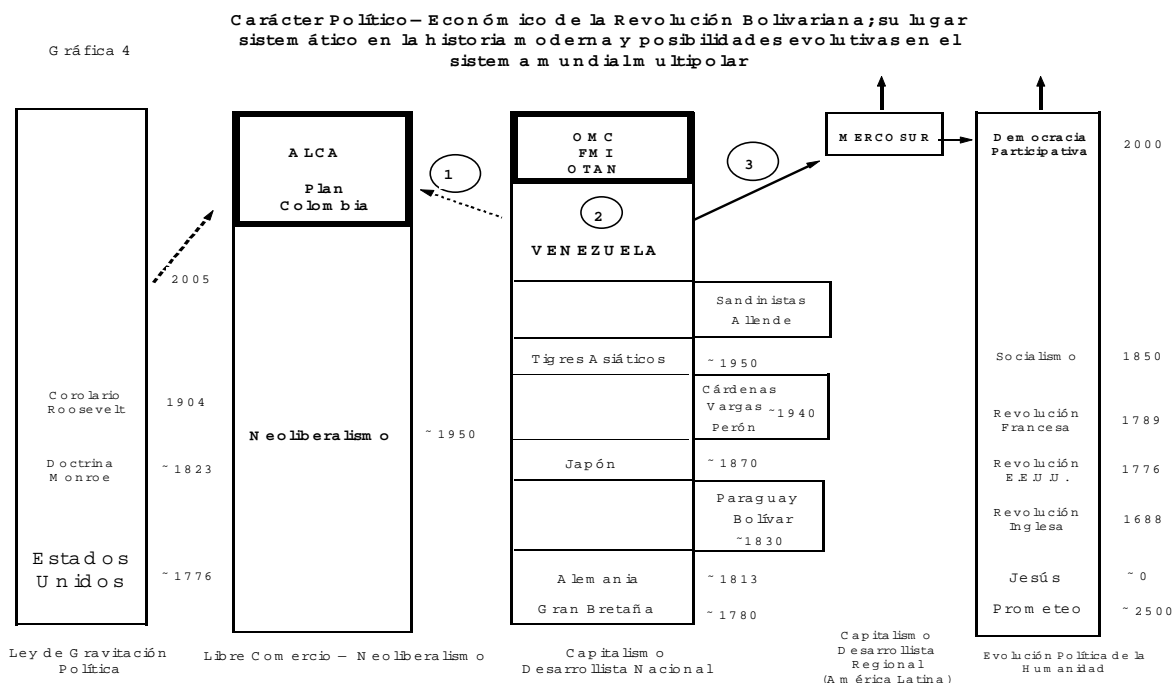
1	2	3	4
<b>Identificar Demandas Nacionales</b>	<b>Solución Parcial Inmediata</b>	<b>Solución Parcial Estructural</b>	<b>Solución Definitiva</b>
	Nacional	Regional	Post-capitalista
<b>Trabajo</b>	Beca estatal para jefes de familia desempleados	Tecnología de punta latinoamericana a través Patria Grande	Economía de equivalencias
<b>Tierra</b>	Protección estatal, fomento técnico, etc.	Protección estatal, fomento técnico, etc.	Tierra deja de ser mercancía; retribución equivalente
<b>Educación</b>	Pública, gratuita, laica, científica, patriótica, ética	Nuevo paradigma educativo-científico-cultural latinoamericano	Pública, gratuita, laica, científica, humanismo universal
<b>Seguridad</b>			
<b>Deuda Externa</b>			
<b>Dignidad</b>			
<b>Identidad</b>			

En segundo lugar, la alternativa actual para los países latinoamericanos no se define entre la implementación del capitalismo regional o del socialismo regional, sino entre la anexión neoliberal a Estados Unidos mediante el ALCA y el Plan Colombia, y la profundización de la balcanización y africanización nacionales que estamos viviendo. Porque, no solo *no* existe un programa socialista latinoamericano arraigado en las masas, sino tampoco hay sujetos sociales organizados y con capacidad operativa, para realizarlo. No existen confederaciones latinoamericanas de estudiantes que pudieran parar la vida académica de Nuestra América; de trabajadores que consiguieran paralizar la economía regional; de campesinos, que lograran bloquear las carreteras que llevan a las ciudades, de pequeños y medianos empresarios, sindicatos, partidos políticos, etcétera, que pudieran expresar su voluntad política a nivel hemisférico. Por lo tanto, plantear la implantación del socialismo regional *hoy* como alternativa a la balcanización o la anexión neoliberal a Estados Unidos, no sería más que un deseo. Porque es evidente, que un proyecto político sin programa y sin sujetos sociales, es una quimera.

Para entender las vías de desarrollo posibles que pueden tomar las naciones latinoamericanas en el emergente sistema mundial multipolar hay que comprender las cinco grandes tendencias o fuerzas evolutivas que determinan la sociedad global en su época moderna, es decir, desde 1789. La nación tomada como ejemplo de caso es Venezuela. (Ver esquema página 161).

I. *“Ley” de gravitación política.* Esa tendencia se refiere al continente americano. Fue formulada por el Secretario de Relaciones Exteriores de Estados Unidos, John Quincy Adams, en 1823. Adams, quien fue el verdadero redactor de la Doctrina Monroe, postuló que en la política, al igual que en la física, existen “leyes de gravitación” y que, por consiguiente, el cuerpo de mayor masa (fuerza) determinaba la órbita de los demás. Es decir, que dentro del “sistema solar” de los Estados (planetas) americanos, el sol es Estados Unidos (por su poder económico y militar) y que, por lo tanto, define las políticas (órbitas) de los demás Estados. Esta “ley”, que por supuesto no es ninguna *ley* en el sentido de las leyes de la física —como, por ejemplo, las leyes de la gravitación descubiertas por Isaac Newton— sino una simple pretensión imperial del expansionismo estadounidense, fue reforzada por Washington en 1904 con el llamado Corolario de Roosevelt. Para el año de 2005 pretende terminar la anexión de América Latina a través del ALCA y del Plan Colombia.

II. *Liberalismo, neoliberalismo, libre comercio.* Esta política es la política de apropiación de la riqueza de las naciones débiles por las potencias dominantes del sistema mundial, hoy día el Grupo G-7.



Aceptar esta política por parte de una nación del Tercer Mundo significa, hundirse en la miseria y en el neocolonialismo. En 250 años de capitalismo moderno no ha habido *ni un solo país* que haya logrado superar el subdesarrollo y la dependencia con esta vía económica. En la actualidad, la tendencia I y II confluyen en el binomio ALCA-Plan Colombia.

III. *Capitalismo proteccionista de Estado.* La única estrategia de desarrollo que en la historia moderna ha sido exitosa para salir del subdesarrollo neocolonial, es la tendencia III. Esta estrategia fue inventada por el país de la revolución industrial, Gran Bretaña, a finales del siglo XVIII. Los alemanes —que vieron de cerca el avance de la industria, prosperidad, ciencia y poder inglés— temieron convertirse en un país subdesarrollado y una neocolonia económica de Inglaterra y, para impedirlo, copiaron la estrategia del capitalismo proteccionista de Estado para convertirse pronto en la tercera potencia mundial.

Cincuenta años después, los japoneses, quienes corrieron el mismo peligro que los alemanes, adoptaron la estrategia inglesa-alemana y se transformaron en la segunda potencia del mundo. En este siglo, los “tigres asiáticos” siguieron el mismo ejemplo y con ello, superaron el subdesarrollo, la miseria y la dependencia.

En América Latina, la lucha entre la tendencia neocolonial (II) y la del desarrollo nacional mediante el capitalismo proteccionista del Estado (III), se dio desde el inicio de la Guerra de Independencia entre los Libertadores (Bolívar, Artigas, etc.) y los neoliberales de entonces: los oligarcas vendepatrias. Como este conflicto no se pudo dirimir mediante negociaciones, produjo largas guerras civiles en toda la Patria Grande, entre 1825 y 1865, en el periodo que la historiografía burguesa llama demagógicamente, la “fase anárquica”. En todos los países, con la excepción del Paraguay, vencieron las oligarquías neoliberales.

Los Libertadores fueron asesinados (J.A. de Sucre) o desterrados (Manuela Sáenz, Simón Bolívar, José Artigas). Este triunfo neoliberal condenó a la Patria Grande a dos siglos de ignominia y dependencia.

Después de la liquidación de los Libertadores, otros próceres quisieron emplear la vía del capitalismo proteccionista de Estado, entre ellos el Dr. Francia en Paraguay, Getulio Vargas en

Brasil, Lázaro Cárdenas en México, Juan Domingo Perón en Argentina, Jacobo Arbenz en Guatemala, Salvador Allende en Chile y los Sandinistas en Nicaragua. Todos esos intentos de emplear la vía inglesa-alemana de desarrollo en la Patria Grande, fueron destruidos, de diferente modo, por las oligarquías neoliberales y Estados Unidos. Actualmente, el Proyecto Bolivariano en Venezuela, trata de implementar esa estrategia. Y esa determinación de su vanguardia es correcta, porque en la actual fase de la sociedad global la vía III sigue siendo la única viable para salir del Tercer Mundo neocolonial. Esto, sin embargo, con una diferencia fundamental frente al pasado.

## **6.2 Estrategia del Bloque Regional de Poder (BRP)**

IV. Hoy, la estrategia del *capitalismo proteccionista de Estado* tiene que cumplir con tres criterios, para ser exitosa: 1. tiene que ser nacional-regional; 2. debe basarse internamente en cuatro polos de crecimiento y, 3. debe resolver el problema del financiamiento de la acumulación ampliada del capital.

*Ad. 1.* El sistema mundial funciona sobre grandes Bloques Regionales de Poder (BRP), cuyo modelo de acumulación es el Capitalismo Proteccionista Nacional-Regional (CPNR), cuyos elementos organizativos constitutivos son las corporaciones transnacionales (CTN) y que se apoyan en el Estado Global (EG). La tendencia de evolución de este sistema es convertir a la sociedad mundial en un Obraje Global Militarizado (OGM).

La combinación de los cuatro elementos le da a estos bloques su extraordinaria fuerza que explica porque la Unión Europea, Estados Unidos y Japón logran apropiarse del ochenta por ciento de la riqueza mundial, aún en contra de los intereses del ochenta por ciento de la humanidad. La única manera para los países latinoamericanos de poder competir en este entorno global consiste en la emulación de éstos Sistemas Regionales de Poder. Es decir, el bloque regional de poder es la precondition de cualquier avance económico latinoamericano, porque la renegociación de la deuda externa, del proteccionismo del G-7, del desarrollo de tecnologías de punta y ciencias de la excelencia latinoamericanas sólo pueden realizarse desde una base de poder regional. Sin embargo, el BPR latinoamericano ha de tener una diferencia cualitativa frente a los demás bloques mencionados: integra desde su inicio elementos claves de la Democracia Participativa o sea, del Socialismo del Siglo XXI.

*Ad. 2.* Una economía nacional moderna en América Latina sólo es viable si se sustenta sobre cuatro columnas estructurales o polos de crecimiento: 1. las pequeñas y medianas empresas (PYMES); 2. las corporaciones transnacionales nacionales (CTN); 3. las cooperativas y, 4. las empresas estratégicas del Estado. Esta verdad debe constituir el punto de partida de toda teoría y planificación económica en América Latina. Sin embargo, el tema es tabú porque contradice los intereses de Washington, de Japón y de la Unión Europea.

La función de las PYMES en una economía moderna es triple: en primer lugar, es la organización económica más significativa para el empleo de la población económicamente activa: en América Latina, alrededor del 75 por ciento del empleo proviene de ellas y, además, representan el cincuenta por ciento del Producto Interno Bruto; en segundo lugar, las pequeñas y medianas empresas (PYMES) son importantes fuentes de innovaciones tecnológicas que con frecuencia son adaptadas y mercantilizadas por las empresas transnacionales; en tercer lugar, las PYMES cubren la demanda de consumidores, cuyas necesidades no requieren una producción a gran escala y/o exigen una alta flexibilidad de adaptación al mercado;

La idea de que las pequeñas y medianas empresas sean, por definición, ineficientes, en comparación con las corporaciones transnacionales y que no pueden participar en el comercio internacional, es equivocada, como muestran los ejemplos de muchos países industrializados.

La función de las empresas transnacionales en la aldea global es igualmente evidente. Ellas son los vehículos que permiten acceder el plusproducto mundial, tal como lo fueron los galeones españoles en el siglo XVI. Quién no dispone de empresas transnacionales, está separado del surplus

mundial y, por lo tanto, tiene que vivir en la miseria. Las CTN accesan el *surplus* mundial a través de su poder económico-político y de las tecnologías de punta, las que, a su vez, se nutren de la ciencia de excelencia, de tal manera que empresas transnacionales, tecnología de punta y excelencia científica, son inseparables. La nación que no tenga CTN, tampoco necesita tecnología ni ciencia avanzada, porque está condenada al subdesarrollo.

El concepto Corporaciones Transnacionales activa justificadamente rechazo a sus prácticas antiéticas, por lo tanto quizás debería hablarse mejor de Complejos de Investigación-Producción-Comercialización (CIPC), que tengan la capacidad de enfrentar a las empresas transnacionales del Primer Mundo en cada una de las tres dimensiones mencionadas; tal como existen en Cuba, por ejemplo, en el Instituto Finlay o el Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología.

A diferencia de África, América Latina dispone de todos los elementos necesarios para desarrollar sus propios CIPC a corto plazo dentro del bloque regional de capitalismo proteccionista —Mercosur *ampliado, profundizado y democratizado*— y, de esta manera, revertir la descapitalización y el retroceso de las últimas décadas. El complejo biotecnológico-farmacéutico-médico de Cuba es comparable, en su capacidad investigativa, productiva y económica, a una de las grandes transnacionales de Occidente. Si se uniera en una o dos grandes *holdings* con la respectiva industria brasileña y argentina, podría competir exitosamente por una parte considerable del *surplus* mundial.

La empresa aeronáutica brasileña Embraer, a su vez, tiene todo el potencial para compartir en forma igual con Airbus y Boeing el mercado mundial de la aviación y, más temprano que tarde, de la industria espacial, aprovechándose al Ecuador como el lugar geográfico de mayor ventaja comparativa para el lanzamiento de cohetes al espacio. Varias líneas aéreas latinoamericanas podrían fusionarse y garantizar no sólo un mercado natural para la industria aeroespacial criolla, sino que competiría en condiciones iguales con los europeos y estadounidenses. Las gigantescas exportaciones de materia prima —petróleo, ferro, granos, madera, etc.— garantizarían, por otra parte, una o varias grandes industrias navales en el subcontinente. En el sector energético se ofrece un Complejo de Investigación-Producción-Comercialización latinoamericano, creada a través de la unión entre PdVSA de Venezuela, Petrobras de Brasil y la reestatizada YPF de Argentina. La física nuclear argentina y brasileña mantiene todavía, pese a los destructivos sabotajes de los gobiernos neoliberales, un alto nivel de competencia y podría ser el germen de un CIPC capaz de competir con las transnacionales Westinghouse y Siemens en energía nuclear. Y así, *ad infinitum*.

Ad 3. En teoría, el financiamiento de un nuevo despegue industrial-científico en la Patria Grande puede venir de las siguientes fuentes *nacionales*: 1. La deuda interna; 2. La desigual distribución de la riqueza nacional; 3. La evasión fiscal; 4. La corrupción; 5. Las ventajas comparativas de exportación y, 6. El ahorro interno. A nivel *internacional*, las fuentes principales son: 1. La deuda externa; 2. El proteccionismo del G-8; 3. Los términos de intercambio; 4. El capital expatriado; 5. El ahorro externo (prestamos). El poder necesario para accesar esos potenciales de capital varía, pero los más importantes requieren la fuerza negociadora del bloque regional latinoamericano.

La idea de que los latinoamericanos no tienen poder para salir de la africanización, a la cual están sometidos por el capitalismo neoliberal, es una idea absolutamente equivocada, pese a la constante apología que hacen de ella las clases políticas e intelectuales. El poder está delante de las narices de la elite criolla, y existe en tres formas: la deuda externa latinoamericana que ha rebasado los 900 mil millones de dólares; el poder adquisitivo y el petróleo. En cuanto a la deuda externa, el mismo director del Fondo Monetario Internacional, el alemán Horst Koehler, admitió recientemente que sí Brasil y Turquía entran en una cesación de pagos, se quiebra el sistema financiero mundial. Si se sustituye Turquía por Argentina, el efecto es el mismo. ¿Qué más poder hace falta para cambiar la situación catastrófica de la Patria Grande?

El poder adquisitivo de América Latina, del cual viven muchas corporaciones transnacionales del grupo G-8, es otra importante fuerza de negociación, como demostró el economista español Juan de Castro en investigaciones realizadas para la CEPAL y el SELA, sobre “El Poder de



Compra de América Latina como Instrumento de Negociación y Defensa”. Aumentando ambas fuerzas de negociación con el factor petróleo, la clase política latinoamericana dispone de una palanca de Arquímedes, capaz de desquiciar a toda la arquitectura financiera mundial y, por lo tanto, capaz de abolir el *status* neocolonial de América Latina y retomar la ruta de crecimiento existente antes de las décadas perdidas.

La resistencia a la política colonial inhumana del FMI y de Washington es totalmente posible, como reconocen prestigiados economistas del sistema, como Joseph Stiglitz, el número dos en el Banco Mundial durante la crisis asiática, en 1997, y Premio Nobel de Economía en 2001, o Martin Feldstein, quien escribió un artículo en el Wall Street Journal, titulado “Argentina no necesita al FMI”. En la praxis, la viabilidad de la resistencia al totalitarismo del FMI la han demostrado Malasia, Rusia, China y, sobre todo, Cuba.

Que la clase política latinoamericana no use el poder transformador que está en sus manos, se explica por su carácter de clase dominante que nació de las guerras napoleónicas sin el “ADN” de una clase dirigente, como ya recalcó El Libertador Simón Bolívar en su Carta de Jamaica, hace ciento ochenta y siete años. Pero más preocupante aún es el hecho, de que este defecto se haya pasado a los partidos políticos convencionales, a muchos intelectuales colectivos y movimientos sociales y que, en consecuencia, la condición subjetiva para salir de la creciente miseria latinoamericana no se da.

Sólo, cuando los partidos y movimientos sociales importantes de América Latina se atrevan a plantear el uso de los tres poderes para la construcción de un Bloque Regional de Poder fincado en el capitalismo de Estado proteccionista —como la Unión Europea y Estados Unidos— y con elementos integrales de la Democracia Participativa postcapitalista, habrá la posibilidad de mejorar las condiciones de vida de las mayorías en América Latina. Lo demás es quimera.

V. La quinta tendencia a tomar en cuenta es la evolución política del género humano hacia la *democracia participativa*. Debido a que representa la civilización del futuro, las estrategias III/IV latinoamericanas deben asumir como meta final avanzar hacia la sociedad postcapitalista de la Democracia Participativa, en consonancia con el resto de la humanidad. Para avanzar en esta dinámica, el programa de transformación nacional-regional (III/IV) ha de integrar, desde su inicio, demandas y elementos de la democracia participativa.

La superación del capitalismo dependiente latinoamericano a nivel nacional y hemisférico y la superación del capitalismo global exigen el desarrollo colectivo de la nueva teoría y praxis del cambio libertador, porque nadie, que tenga ética y sentido común, puede creer que el capitalismo o la democracia formal van a solucionar los grandes problemas de la humanidad.

No menos ilusorio sería pensar que las doctrinas del socialismo “realmente existente” sirvan aun como banderas de lucha y organización mundial, capaz de derrocar al capitalismo global. Esta tarea corresponde al Nuevo Proyecto Histórico de las mayorías que hace visibles los caminos de la liberación y que permite que de las entrañas del sistema se levanten los sin voz ni rostro, los sin tierra ni trabajo, para caminar sobre ellos y reconquistar el futuro perdido.

¡Bello fin de la burguesía!

¡Hermosa aurora de los pueblos!

## 7. ¿Cómo participar en el nuevo proyecto histórico?

El Nuevo Proyecto Histórico (NPH) es un proyecto de los ciudadanos del mundo para sustituir la sociedad capitalista por la democracia participativa. Este libro es, por lo tanto, una invitación para todos aquellos que quieren integrarse a tal tarea desde su vida cotidiana. Sólo si logramos movilizar las reservas intelectuales, morales y materiales de la sociedad global en favor de la civilización postcapitalista, podremos vencer a las elites que han secuestrado a la democracia real y la economía solidaria, para beneficiar sus intereses egoístas. Con el Internet y las oportunidades que ofrece el correo electrónico, tenemos, por primera vez en la historia de la humanidad, los medios tecnológicos para construir el movimiento global de abolición del capitalismo. Y, a partir del 1 de marzo del 2002, la página web interactiva, [www.puk.de/download](http://www.puk.de/download), estará al servicio de este movimiento mundial que avanzará el NPH con sus conocimientos, sus esfuerzos y sus luchas.

Desde su primera concepción interdisciplinaria e internacional, publicada en 1998 en el libro *Fin del Capitalismo Global. El Nuevo Proyecto Histórico*, el NPH ha avanzado rápidamente tanto en su maduración teórica como en su arraigo en los movimientos sociales. La obra ha sido publicada en Argentina, Brasil, Cuba, España, México, China y divulgada en varios países más. Su traducción al ruso está terminada.

*El Socialismo del siglo XXI*, a su vez, ya se editó en Argentina, Brasil, Ecuador, Centroamérica, Venezuela y México. Actualmente se está traduciendo al ruso, chino, inglés y alemán. Este libro refleja las múltiples discusiones, propuestas y avances que hemos logrado en apenas tres años, en congresos, seminarios y trabajos de investigación. Fue el diálogo con trabajadores, intelectuales, desempleados, indígenas, militares patrióticos, mujeres, sindicalistas y estudiantes lo que nos ha permitido profundizar la comprensión de la nueva institucionalidad de la sociedad postcapitalista y de la fase de transición que nos llevará hacia ella. De hecho, han sido tres las fuentes del progreso del nuevo movimiento social: a) la creciente crisis del capital y el aumento de la resistencia popular, tal como se manifiesta actualmente en la insurrección de Argentina; b) la creciente vinculación a los movimientos sociales y, c) la solución de los problemas teóricos.

El avance más importante en el campo de la teoría es la solución matemática-conceptual del problema del valor objetivo que durante dos siglos había resistido todos los intentos respectivos. El científico alemán Arno Peters logró la hazaña que nos permite afirmar que todos los problemas teóricos estratégicos de la nueva sociedad están resueltos. En la práctica anotamos con orgullo que los simpatizantes alemanes del movimiento han obtenido el apoyo de la Universidad de Goettingen que, sin costo alguno, ha puesto a nuestra disposición todas las capacidades computacionales requeridas para la cooperación de individuos y grupos del movimiento en cualquier parte de la aldea

global. Así mismo, la publicación de esta obra en el Ecuador fue hecha por el Partido Socialista; en Centroamérica por la Tendencia Revolucionaria del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional; en Venezuela por el Movimiento Bolivariano de la Alcaldía de Caracas y, ahora, en México, por el Partido del Trabajo; es decir, por sujetos sociopolíticos —no comerciales— de la sociedad civil. En Cuba hemos discutido el Nuevo Proyecto Histórico con la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) y la Sociedad Económica de Amigos del País; en Argentina acaba de constituirse en enero de este año en Buenos Aires, el Movimiento Nacional por la Democracia Participativa (MNDP) que nace de los “piqueteros” y demás luchadores sociales de base y en Venezuela se constituyó la Comisión Nacional por la Democracia Participativa (CNDP), con sede en Caracas.

Frente a los desafíos del capitalismo actual, la democracia participativa o el socialismo del siglo XXI es el único proyecto histórico nuevo. Como tal, crecerá rápidamente en tres dimensiones: a) el perfeccionamiento de su teoría; b) la elaboración de programas de gobierno nacional-regional-globales con horizonte estratégico no-capitalista y, c) la creciente asimilación por los movimientos de masas. Todos aquellos que quieren participar en esta iniciativa de los pueblos, están invitados a colaborar a través de **[www.puk.de/download](http://www.puk.de/download)**, o por medio de correo electrónico: **[gilsaldi@prodigy.net.mx](mailto:gilsaldi@prodigy.net.mx)**.